
HARLEQUIN
Bianca
HIJOS de la PASION
La inocencia de una esposa
Lynne Graham

LA INOCENCIA DE UNA ESPOSA

Lynne Graham

Argumento:

Ella le había abandonado… y su marido quería venganza Hacía mucho tiempo que Alejandro Navarro Vázquez, conde de Roda, buscaba la venganza. Su mujer le había traicionado incumpliendo un código que, a ojos de su orgullosa moral, era inquebrantable. La ruptura de su matrimonio era una losa que pesaba sobre él día y noche. Había llegado el momento de hacer justicia. Un detective privado le había informado de que Jemima tenía un hijo de dos años. Su frívola esposa había acabado teniendo un niño ilegítimo y él iba a poder tener su ansiada revancha de una vez por todas.

Capítulo 1

A LA sombra de un naranjo y a lomos de su espléndido purasangre negro, Alejandro Navarro Vázquez, conde de Roda, contempló el valle que había pertenecido a sus antepasados desde hacía más de quinientos años. Era una hermosa panorámica que abarcaba miles de hectáreas de bosques y tierra fértil. Hacía una mañana muy agradable de primavera y el cielo estaba azul, limpio y claro. El conde era el dueño de toda esa tierra, hasta donde alcanzaba la vista, pero su rostro, de rasgos apuestos y varoniles, tenía un tinte sombrío como era ya habitual desde que se había roto su matrimonio hacía casi dos años y medio.

Alejandro era un rico terrateniente, pero su familia, muy respetada en toda la comarca, había quedado partida a raíz de su irresponsable matrimonio. Había supuesto un verdadero golpe para un hombre tan fuerte y orgulloso como él.

Llevado por el corazón más que por la cabeza, se había casado con una mujer que no estaba a su altura. Había cometido un grave error por el que estaba pagando un precio muy alto. Marcos, su hermanastro, y su mujer le habían traicionado. Marcos, al que él había cuidado desde niño tras la prematura muerte de su padre, se había ido a trabajar a Nueva York, cortando toda relación con su madre y sus hermanos. Sin embargo, él estaba convencido de que, si se presentara en ese momento, probablemente lo perdonaría y le rogaría encarecidamente que volviese a casa.

Todo lo contrario que con Jemima. Para ella, no había perdón en su corazón, sólo odio y desprecio.

Notó que el teléfono móvil estaba sonando. Lo miró con gesto de contrariedad. Le molestaba que le interrumpiesen en aquellos momentos. Respondió de mala gana y arqueó las cejas al enterarse de que el detective privado que había contratado para encontrar a Jemima había ido a verle. Galopó velozmente hacia el castillo, preguntándose con impaciencia si Alonso Ortega habría conseguido finalmente dar con su ex esposa.

–Su Excelencia, le pido disculpas por venir a verlo sin avisar –dijo el hombre con sumo respeto y una expresión de triunfo en los

ojos–. Pero sabía que estaría deseando conocer cuanto antes el resultado de mis averiguaciones. He encontrado a la condesa.

–¿En Inglaterra? –preguntó Alejandro, convencido de que no podría haber ido a otro lugar.

Ortega, tras responder afirmativamente a su pregunta, pasó a comunicarle todos los pormenores de su investigación. Alejandro le estaba escuchando atentamente cuando, de pronto, su madre, la condesa viuda, entró en la sala. Doña Hortensia, con su presencia imponente y majestuosa, clavó sus penetrantes ojos negros en el detective privado, como preguntándole sin necesidad de palabras si había cumplido finalmente con el objetivo para el que le habían contratado. Al oír las noticias del hombre se dibujó una extraña sonrisa de satisfacción en su rostro.

–Aún tengo algo más que comunicarles –dijo Ortega, tratando de eludir la inquietante mirada escrutadora de su noble anfitriona–. La condesa tiene un hijo, un niño de unos dos años.

Alejandro se quedó petrificado al oír la noticia.

La puerta se abrió de nuevo y entró Beatriz, su hermana mayor, disculpándose por la interrupción. Guardó silencio en seguida ante la mirada fría y dominante que le dirigió su madre.

–Esa bruja lasciva inglesa, que en mala hora se casó con tu hermano, ha tenido un bastardo.

Algo avergonzada al oír pronunciar esas palabras delante del detective, Beatriz miró a su hermano con gesto consternado y se apresuró a ofrecer un refresco a aquel hombre para tratar de aliviar la tensión del momento. Alejandro pensó que hubiera hecho mejor quedándose sentada hablando del tiempo mientras él agarraba a Ortega por las solapas y le obligaba a soltar de una vez todo lo que sabía sin tantos rodeos.

El hombre, adivinando seguramente sus intenciones, le hizo entrega de un pequeño dossier y, saludando respetuosamente a todos, decidió abandonar la sala.

–¿Un… niño? –exclamó Beatriz asombrada, nada más salir el detective por la puerta–. ¿Pero de quién es ese niño?

Alejandro, sin inmutarse, se encogió de hombros, sin decir nada. Tenía claro que no era hijo suyo y eso suponía la mayor ignominia que había sufrido nunca. Jemima tenía una habilidad especial para hacer sufrir a un hombre física y emocionalmente.

¡Un hijo con otro hombre!

–¡Si me hubieras escuchado…! –se lamentó doña Hortensia–. En cuanto vi a esa maldita mujer, supe que no era buena. Tú eras el soltero más cotizado de España, podrías haberte casado con la que

hubieras querido.

–Pero me casé con Jemima –replicó secamente Alejandro, al que le sacaban de quicio los arranques melodramáticos de su madre.

–Sólo porque te sedujo con sus desvergonzadas malas artes. Para ella, un hombre no era suficiente. Por su culpa, mi pobre Marcos vive ahora en la otra punta del mundo. Cada vez que pienso que ha podido tener un hijo ilegítimo mientras aún llevaba nuestro nombre se me enciende la sangre…

–¡Ya está bien! –exclamó Alejandro–. De nada valen ahora las recriminaciones y los lamentos. Lo hecho, hecho está.

–No, aún no está hecho todo –dijo doña Hortensia con una mirada mezcla de astucia y malicia–. Todavía no has iniciado el proceso del divorcio, ¿verdad?

–Iré a Inglaterra a hablar con Jemima lo antes posible –dijo Alejandro con arrogancia.

–Envía al abogado de la familia. No tienes necesidad de ir tú personalmente –replicó la condesa con autoridad.

–Sí, tengo que ir yo. Jemima sigue siendo mi esposa –replicó Alejandro contradiciendo a la condesa con los modales propios de su refinada educación aristocrática, y añadió luego, a punto de perder la paciencia, al oír el aluvión de reproches de doña Hortensia–: Te tendré informada de todo sólo por cuestión de cortesía. No necesito ni tu aprobación ni tu permiso.

Alejandro se retiró a su estudio y se sirvió un brandy. Un niño. Jemima había tenido un hijo. No podía creerlo. Entre otras cosas porque no podía olvidar que su esposa había sufrido un aborto poco antes de dejarle. Ésa era la razón por la que no era posible que ese misterioso niño fuera suyo. ¿Sería de Marcos? ¿O quizá de otro hombre? Le resultaba sórdido y desagradable especular con esas posibilidades.

Echó un vistazo al informe del detective Ortega. No había gran cosa. Jemima vivía en un pueblo de Dorset, donde llevaba una floristería. Por un momento, se dejó llevar por sus recuerdos junto a ella, pero los desechó en seguida haciendo uso de su autocontrol y su sensatez habituales. Aunque, ¿dónde habían estado aquel día que conoció a Jemima Grey?

No podía poner ninguna excusa. Él había sabido de antemano la gran diferencia que había entre ellos, y sin embargo había decidido casarse con ella. Ciertamente, usando las palabras de su madre, ella le había seducido. Jemima era una mujer increíblemente sexy y él había sucumbido a sus encantos sin pensar en las consecuencias. Posiblemente, la vida le había pasado factura por sus numerosas

aventuras con mujeres fáciles. O quizá había sido también una demostración de su debilidad y falta de voluntad para controlar su ardiente deseo sexual por aquella mujer tan excitante. Afortunadamente, el paso del tiempo y la cruel decepción que había sufrido en el curso de su corto matrimonio, habían borrado por completo toda su pasión por ella.

Pero aquel absurdo matrimonio había destruido prácticamente su entorno familiar. Jemima, sin familia y sin ayuda económica de ningún tipo, seguía siendo legalmente su mujer, al igual que su hijo, al que la ley reconocía como su hijo legítimo en tanto no concluyese su proceso de divorcio. Era una situación degradante e ignominiosa. Tenía que ir a Inglaterra a resolverlo todo.

Ningún conde De Roda desde el siglo XV había actuado nunca como un cobarde eludiendo sus deberes y sus responsabilidades, por desagradables que fuesen, y él no iba a ser menos. Jemima tenía suerte de haber nacido en el siglo XXI. En otros tiempos, sus antepasados habrían encerrado a la esposa infiel en un convento o la habrían ejecutado para preservar el honor de la familia. Afortunados ellos, pensó él con amargura, que gozaban de ese privilegio para poder vengarse de las afrentas de sus mujeres.

Mientras Jemima envolvía un ramo de flores en un papel de celofán para regalo, Alfie se asomó por una esquina del mostrador de la tienda, mirando con sus grandes ojos castaños llenos de picardía.

–¡Jola! –dijo con mucho descaro a la clienta que estaba despachando su madre.

–¡Hola! ¡Qué niño tan guapo! –exclamó la mujer fijándose en Alfie, que la miraba con su sonrisa irresistible.

Jemima estaba acostumbrada a oír esos halagos, pero se preguntaba, mientras le cobraba a la mujer, a quién se parecería cuando fuese mayor. Era igual que su padre, pensó con amargura. Sin duda, había heredado sus genes, esos ojos maravillosos de color castaño oscuro, esa tez morena y esa espesa mata de pelo negro, típicamente españoles. Lo único que había sacado de ella era el pelo rizado. Sin embargo, Alfie tenía el mismo carácter cordial y optimista que ella. Sólo en raras ocasiones sacaba a relucir algún destello del temperamento sombrío y apasionado de su padre.

Jemima trató de apartar aquellos pensamientos de su mente. Miró a Alfie, que estaba jugando con unos cochecitos, y se puso a confeccionar un ramo de flores que le había encargado un cliente, siguiendo para ello una foto de una revista especializada en arte floral.

El azar le había llevado a aquella pequeña ciudad de Charlbury St Helens en un momento crítico de su vida, pero no se había arrepentido nunca de haberse establecido allí y de haber construido en aquel lugar los cimientos de su futuro.

Había llegado allí cuando estaba embarazada y lo único que había conseguido encontrar había sido un trabajo como dependienta en una tienda de flores. Había sentido la necesidad de recuperar su autoestima ganándose la vida por sí misma. Tras descubrir sus aptitudes para la floristería, se había entregado con verdadera dedicación a aquel trabajo y había invertido incluso sus horas libres en estudiar sobre esa materia para conseguir una formación cualificada. El azar había querido también que su jefe, debido a su precaria salud, hubiera decidido retirarse por entonces, y Jemima había tenido el valor y la visión necesarios para hacerse con las riendas del negocio y ampliarlo con otras actividades paralelas como regalos de empresas, bodas y actos sociales.

Se sentía tan orgullosa de su negocio que a veces le costaba creer que pudiera haber llegado tan lejos partiendo de unos orígenes tan humildes. Demasiado bien le había ido para ser hija de un delincuente violento e irresponsable, que nunca había trabajado en su vida, y de una madre alcohólica, que había muerto al estrellarse el coche robado que conducía su marido. Jemima nunca había tenido hasta entonces ninguna aspiración en la vida. Es lo que había visto en su casa. Nadie en su familia había intentado nunca mejorar de posición social.

–Ese tipo de ideas no son para gente como nosotros. Lo que Jem necesita es conseguir un trabajo para que nos ayude en la casa –solía decirle su madre al maestro cuando intentaba persuadirla de que Jem se quedase en la escuela preparándose para los exámenes de acceso al instituto.

–Eres tan torpe e inútil como tu madre –le repetía su padre casi todos los días, hasta crearle un complejo que la perseguiría durante muchos años.

Jemima trató de olvidar aquellos momentos tan amargos de su vida.

Aquel día, después de comer, salió de casa con Alfie para llevarlo al parque de juegos. Sonrió al ver cómo llamaba a sus amiguitos a voz en grito para que fueran a jugar con él. Alfie, que había heredado el nombre de su abuelo materno, era muy sociable y vital, y estaba deseando salir al aire libre después de haberse pasado la mañana encerrado en la tienda con su madre. Aunque Jemima le había preparado una pequeña zona de esparcimiento en

la parte trasera de la tienda, el niño necesitaba más libertad. Cuando era más pequeño, se había valido de su amiga Flora para que le cuidara mientras ella estaba trabajando, pero ahora que ya estaba en la edad de jugar con otros niños en el parque y ella ya no asistía a las clases de floristería por las tardes, no precisaba de sus servicios. Además, Flora había montado un pequeño negocio de hostelería que le ocupaba la mayor parte del tiempo.

Fue una agradable sorpresa cuando vio a entrar en la tienda, una hora después, a su amiga preguntándole si tenía un rato libre para tomar un café con ella. Mientras preparaban la cafetera, Jemima miró a su amiga pelirroja y creyó ver en ella un cierto signo de preocupación.

–¿Ocurre algo?

–Seguramente, no. Pensaba haber venido el fin de semana, pero tenía un compromiso previo con mi familia y decidí venir a decírtelo esta misma tarde –respondió Flora–. Parece que hay un tipo que anda merodeando por la ciudad con un coche de alquiler desde el jueves pasado y alguien le ha visto sacando unas fotos de tu tienda. Ha estado haciendo también preguntas sobre ti en la oficina de correos.

Jemima abrió como platos sus maravillosos ojos azul violeta, mientras su cara, en forma de corazón, enmarcada por un espléndido pelo rubio rizado, palideció intensamente. Apenas medía un metro sesenta y tuvo que levantar la cabeza para mirar a los ojos a su amiga, bastante más alta que ella. A pesar de ello, Jemima tenía un increíble atractivo sexual para los hombres. Todos volvían la cabeza cuando se cruzaban con ella por la calle. Los vecinos del lugar bromeaban a propósito de ello. Decían que el coro de la iglesia había estado a punto de disolverse, pero que al llegar Jemima y entrar a formar parte de él, había arrastrado con ella a un buen grupo de jóvenes que nunca antes habían demostrado el menor interés. Sin embargo, tras el desengaño sufrido en su matrimonio, los hombres no significaban nada para ella y dedicaba todo su tiempo y sus energías a su hijo y a su negocio.

–¿Qué tipo de preguntas? –exclamó Jemima, sintiendo un profundo vacío en el estómago.

–Cosas como si vivías por aquí o qué edad tenía Alfie. El hombre era joven y apuesto. Maurice, el de la oficina de correos, pensó que sería un conquistador que andaría…

–¿Era español? Flora negó con la cabeza y le hizo señas a su amiga para que estuviese pendiente del café.

–No, según Maurice, era londinense. Estaría tratando

probablemente de ver la forma de acercarse a ti.

–No recuerdo haber visto a ningún hombre joven y bien parecido por aquí en toda la semana.

–A lo mejor el hombre perdió todo su interés por ti al enterarse de que tenías un hijo –dijo Flora encogiéndose de hombros–. No te hubiera dicho nada si hubiera sabido que te iba a afectar así. ¿Por qué no agarras el teléfono y le dices a…? ¿Cómo se llamaba tu marido?

–Alejandro –respondió Jemima algo tensa–. ¿Decirle qué?

–Que quieres cortar por lo sano de una vez y que deseas el divorcio.

–Nadie puede decirle a Alejandro lo que tiene que hacer. Él siempre tiene la última palabra. Además no creo que sea nada fácil, si se ha enterado de la existencia de Alfie.

–Ve a un abogado y cuéntale todo lo que te hacía tu marido.

–Él no bebía ni me pegaba.

–No hace falta llegar a esos extremos. Hay otros muchos motivos para el divorcio, como el maltrato psicológico y el abandono. ¿Y qué me dices de la forma en que te dejó a merced de su horrible familia?

–El único problema era su madre. Su hermano y su hermana eran encantadores –contestó Jemima, tratando de ser ecuánime en sus apreciaciones–. Y no creo que sea justo decir que fuera víctima de maltrato psicológico.

Flora, cuyo carácter era tan ardiente como el color de su pelo, miró a su amiga con cara de incredulidad.

–A Alejandro le parecía mal todo lo que hacías, se pasaba todo el tiempo fuera de casa, sin hacerte el menor caso, y te dejó embarazada sin que estuvieras preparada para tener un hijo.

Jemima se sintió profundamente turbada al oír esas palabras en boca de su amiga. Se asombró de lo sincera que había sido con Flora, le había abierto su corazón al poco de conocerla. Le había contado muchas cosas de su vida con Alejandro, aunque se había callado las más íntimas. Y es que se había sentido tan despreciada en su matrimonio, que había sentido la necesidad de abrir su corazón a alguien. O al menos una parte de él.

–Simplemente no era lo bastante buena para él –dijo Jemima muy serena.

Ya de pequeña, tampoco había sido lo bastante buena para sus padres, que estaban a todas horas sacándole defectos. Su madre la había llevado una vez a un concurso de belleza juvenil, pero Jemima, demasiado tímida para sonreír en las fotos y demasiado

callada para decir algo simpático en las entrevistas, no hizo un buen papel. Tampoco había conseguido destacar en la academia de estudios donde la envió su madre, soñando que algún día pudiera ser la secretaria de algún millonario que acabase enamorándose locamente de ella. Aquel mundo de fantasía en el que vivía su madre le había servido, junto con el alcohol, como válvula de escape para sobrellevar la carga de su desgraciado matrimonio.

El padre de Jemima era diferente. Su único objetivo era conseguir dinero sin tener que moverse del sofá. A tal fin, había querido que Jemima se hiciese modelo, pero a ella le faltaban algunos centímetros para desfilar por las pasarelas y tampoco tenía las curvas necesarias para salir en las revistas. Después de la muerte de su madre, quiso que trabajara de bailarina en un club nocturno y, al negarse ella a hacer un casting medio desnuda, le pegó y la echó de casa. Pasaron algunos años antes de que ella volviera a ver su padre y fue en circunstancias que prefería olvidar. Sí, Jemima había aprendido a temprana edad que la gente siempre esperaba de ella más de lo que podía dar y, lamentablemente, su matrimonio no había sido una excepción. Por esa razón, había decidido vivir su propia vida y llevar un negocio que conseguía reafirmar su personalidad y la confianza en sí misma. Por primera vez en su vida, había superado sus propias expectativas.

Cuando conoció a Alejandro y él se enamoró de ella, le pareció que todos sus sueños se habían hecho realidad. Sonrió con amargura al recordarlo. El amor la había poseído como un tornado, subiéndola a las alturas y haciéndola creer en lo imposible, para dejarla luego caer y devolverla a la cruda realidad. Sin saber por qué, había creído realmente que podía casarse con aquel extranjero rico y bien educado, y ser feliz con él. Pero en la práctica, las desavenencias y sus diferencias de carácter y cultura habían resultado obstáculos infranqueables. A pesar de todo, su principal y único error había sido entablar una buena amistad con su cuñado, Marcos. Aunque reconocía que Alejandro había hecho todo lo posible por ayudarla a adaptarse a su nueva forma de vida en España, ella no habría conseguido superar la soledad que había sentido allí de no haber sido por la compañía de Marcos. Sí, había adorado Marcos, reconoció abstraída en sus pensamientos, recordando el dolor que había sentido, tras la ruptura de su matrimonio, cuando él no hizo el menor intento de volver a acercarse a ella.

–Todo lo contrario, eras demasiado buena. Ese marido tuyo no te merecía –le dijo Flora haciendo énfasis en cada palabra–. Pero

deberías contarle lo de Alfie en vez de esconderte como si tuvieras algo de lo que avergonzarte.

Jemima, con las mejillas encendidas, volvió la cabeza hacia a su amiga.

«Si tú supieras…», se dijo para sí.

Pero no. Decirle toda la verdad, cruda y dura, sería probablemente perder a su mejor amiga.

–Creo sinceramente que, si Alejandro se enterase de la existencia de Alfie, haría cualquier cosa por conseguir su custodia y se lo llevaría a España con él –dijo ella apenada–. Alejandro se toma muy en serio todo lo referente a la familia.

–Está bien, si piensas que puede llevarse a Alfie, me parece prudente que no le digas nada a tu marido –replicó Flora, conservando un cierto recelo en la mirada–. Pero, en todo caso, es algo que no puedes mantener en secreto toda la vida.

–Al menos, por ahora, creo que es lo mejor –dijo Jemima, dejando su taza de café en la encimera al oír la campanilla de la puerta, señal de que acababa de entrar algún cliente.

Minutos después, salió a entregar un pedido para una fiesta en una lujosa mansión de la zona residencial de la ciudad. De camino a casa, recogió a Alfie, que parecía haberse desfogado tras un par de horas jugando con sus amigos.

Tenía alquilada una casita en las afueras de la ciudad, con un jardín en el que había instalado un columpio y un corralito de arena para que jugase el niño. Aunque era pequeña, con las paredes mal pintadas y con muy pocos muebles, estaba muy orgullosa de su casa. Era la primera vez, desde la infancia, que sentía tener un verdadero hogar.

Estando allí, le parecía un cuento de hadas haber estado viviendo en un castillo. El castillo del Halcón, la fortaleza feudal construida por los antepasados de su marido, era una mezcla de estilos árabe y gótico, llena de historia y objetos de valor incalculable. Doña Hortensia, la condesa viuda, no permitía que nadie tocase, y menos aún cambiase de sitio, ninguno de los cuadros o muebles del castillo. Jemima se había sentido allí desplazada, como una extraña, teniendo que cambiarse de ropa a todas horas para las comidas, tratar con los sirvientes y atender a los invitados importantes. Cosas que no le agradaban lo más mínimo.

¿Había habido algo positivo en su matrimonio?, se preguntó. Le vino al instante la imagen de Alejandro. Aquel hombre le había parecido tan apuesto, que se había casado con él creyendo haber

ganado el premio gordo de una lotería. Pero siempre había tenido la sensación de que no estaba a su altura y que él se merecía algo mejor que ella. Eso había reforzado la idea que tenía de que todas las cosas buenas que le habían pasado en la vida habían sido sólo caprichos del destino. Bastaba como ejemplo el nacimiento no buscado de Alfie, el que su coche se hubiera ido a estropear precisamente en Charlbury St Helens cuando regresó de España, y por supuesto su matrimonio y la forma en que conoció a Alejandro.

Él la había tirado de la bicicleta en un aparcamiento. Bueno, para ser más exactos, había sido el conductor de su Mercedes, con su forma tan agresiva de conducir. Ella estaba trabajando por entonces de recepcionista en un hotel y aquél era su día libre. Había aprovechado para darse una vuelta en la bicicleta que se había comprado para poder ir a trabajar a una empresa ubicada en el extrarradio, ya que no podía desplazarse de otra forma hasta allí, pues en aquella zona los autobuses eran más bien escasos. El lujoso Mercedes se había detenido en seguida y Alejandro y su chófer habían salido para comprobar los daños causados mientras ella trataba de contener el dolor que sentía en las rodillas y en la cadera, magulladas al caer al suelo tras el golpe. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que había pasado, la bicicleta estaba ya en un taller de reparaciones y ella arrellanada en la parte de atrás del Mercedes, camino del hospital más cercano, junto al hombre más apuesto que había visto en su vida. Fue una pena que no se hubiera dado cuenta en aquel momento de lo dominante y absorbente que Alejandro podía llegar ser. Se había negado a escucharla cuando le dijo que no quería que la llevasen a ningún sitio y que no era necesario que la mirase ningún médico. Al final, la habían llevado a urgencias. Le habían hecho unas radiografías, curado y vendado. Y quizá le hubieran administrado también algún medicamento. Sería la única forma de explicar lo embobada que se sintió al ver la sonrisa deslumbrante de Alejandro a unos centímetros de ella.

Amor a primera vista, se dijo Jemima con un gesto de disgusto aquella noche mientras se revolvía inquieta en la cama sin poder dormir. Nunca había creído en esas cosas. De hecho, se había jurado a sí misma no dejar que ningún hombre ejerciera nunca sobre ella el poder que su padre había ejercido sobre su madre. Pero, a pesar de todas sus promesas y de las lecciones que había aprendido de su madre, había caído rendida ante la irresistible mirada de Alejandro Navarro Vázquez.

Sin embargo, hasta que él la sorprendió un buen día con su

propuesta de matrimonio, ella tuvo que sufrir durante meses multitud de ofensas por parte suya. No la llamaba por teléfono cuando había quedado en hacerlo, cancelaba sus citas a última hora o se veía con otras mujeres e incluso salía en las revistas fotografiado con algunas. Ella había llegado a ese matrimonio con el corazón roto y la dignidad por los suelos. Pero, pese a todo, había comprendido la situación. Alejandro era un conde, un miembro de la nobleza española, mientras que ella trabajaba, según él, en un pequeño hotel de mala muerte. Él había sabido desde el principio que ella no era de su misma clase social y eso le había molestado mucho. No obstante, seis meses después de haberse conocido, Alejandro parecía haber depuesto esa actitud.

–Sol y sombra, querida mía –le había dicho Alejandro en su idioma en una ocasión, comparando la blancura de su piel con la tez morena de su cara bronceada por el sol de España–. No puede existir una cosa sin la otra. Es lo mismo que ocurre con nosotros.

Pero no había estado muy acertado en la comparación. Ellos habían sido más bien como el aceite y el agua, imposibles de juntar.

Jemima recordó resignada todos aquellos momentos amargos con los que había tenido que aprender a vivir y, después de dar algunas vueltas más en la cama tratando de encontrar la postura más cómoda, se quedó dormida a eso de las dos de la mañana con la mente puesta en el pedido que iba a recibir al día siguiente.

Apenas había quedado espacio libre en la tienda después de haber descargado las flores frescas de la furgoneta de reparto. Jemima tenía los dedos entumecidos por la brisa fresca de aquella mañana de primavera después de haberlos tenido en contacto con el agua y los tallos húmedos de las flores. Se frotó las manos en los pantalones vaqueros tratando de evitar los temblores porque sabía que a un escalofrío seguiría otro y otro, y acabaría sintiendo cada vez más frío. La verdad era que, independientemente de que fuera invierno o verano, aquella tienda era muy fría. Era un viejo caserón con mal aislamiento. Trató de consolarse pensando que si hiciera más calor podrían estropearse las existencias. Se dirigió a la trastienda, tomó una chaqueta de lana negra que había colgada de un gancho de la pared y se la puso. Alfie estaba en el patio jugando con su triciclo mientras imitaba cómicamente con la boca el ruido de un motor. Ella sonrió al verlo, pasando por alto lo temprano que el niño se había levantado y el frío que hacía aquella mañana.

–Jemima… –dijo una voz a su espalda.

Era una voz que ella había esperado no volver a oír nunca más. Una voz bien timbrada, melódica, profunda y tan sensual que se

estremeció. Cerró los ojos con fuerza, tratando de negar la realidad, diciéndose a sí misma que algo extraño había conseguido hacer que su mente retrocediese peligrosamente al pasado, haciéndole imaginar cosas…

Haciéndole imaginar que despertaba en la cama con Alejandro a su lado, con su pelo negro alborotado, la barba de la mañana y todos sus encantos masculinos…

Alejandro, el hombre que podía despertar su deseo con una simple mirada de sus impresionantes ojos, tan profundos como la noche, y encenderlo con sólo decir su nombre.

Pero aun cuando la explosión de aquellas imágenes del pasado pareció nublar su cerebro por un instante, no fue capaz en cambio de hacerle olvidar el vacío de su cama tras quedar embarazada y la amargura al advertir que él había perdido todo su interés por ella. Como movida por un resorte invisible, se dio la vuelta.

Allí estaba él.

Alejandro Navarro Vázquez, su esposo, el que le había enseñado a amarlo y a desearlo para luego torturarla. Abrió sus ojos azul violeta como platos, como si no pudiera dar crédito a lo que estaba viendo. Era él, con su abundante pelo negro azulado peinado hacia atrás, sus prominentes pómulos de patricio romano y su arrogante nariz coronando una boca perfecta, sensual y masculina. Era un hombre muy atractivo y lo parecía aún más con aquel impecable traje oscuro y los zapatos tan brillantes que llevaba. Siempre estaba así de arreglado… salvo en la cama, recordó ella, cuando, presa de deseo, le hundía las manos en el pelo y le arañaba apasionadamente la espalda.

Quiso gritar para alejar de sí aquellos recuerdos que no la dejaban en paz y la martirizaban.

–¿Qué estás haciendo aquí? –exclamó ella casi sin aliento.

Capítulo 2

TENEMOS asuntos pendientes –contestó Alejandro en voz baja, mirándola de arriba abajo.

Jemima pareció pasar del frío al calor, como si le hubieran puesto un soplete delante. Se ruborizó porque sabía que no estaba muy presentable en aquel momento. Llevaba el pelo suelto y estaba prácticamente sin maquillar. Por no hablar de su indumentaria, unos pantalones vaqueros bastante gastados, una chaqueta de lana y unas botas viejas de tacón bajo. Se sintió incómoda y resentida por la forma tan fría y descarada como la estaba mirando. Se apoyó en el marco de la puerta, realzando con aquella postura la esbeltez de su figura y consiguiendo que destacasen sus seductoras curvas bajo la prenda de lana y los pantalones vaqueros. Echó luego la cabeza atrás y dejó que su melena rubia le cayera por los hombros como una cascada dorada.

Alejandro la contempló con el rostro contraído y un brillo especial en la mirada. Jemima comprendió entonces que él había captado su mensaje de desafío con la misma claridad que si lo hubiese pregonado por un altavoz. El ambiente se hizo muy tenso. Ella pareció perder de pronto parte de su valor y retrocedió un paso al empezar a sentir los pechos inflamados, los pezones cada vez más duros debajo del sujetador y un calor intenso y húmedo entre sus muslos. Le sorprendió que un hombre, al que ahora odiaba tanto como había amado en otro tiempo, pudiera tener aún un efecto tan poderoso sobre su cuerpo.

–Siempre tan provocadora –exclamó Alejandro, arrastrando las palabras con aspereza–. ¿Tengo yo acaso aspecto de desesperado?

Era una voz fría y tan cortante como el filo de una navaja, pero Jemima observó que él no podía apartar los ojos de su cuerpo. Tampoco ella pudo evitar entonces bajar la mirada desde aquel rostro varonil al bulto que había entre sus muslos por dentro de sus ajustados pantalones. Sintió un calor intenso en las mejillas y en otras partes de su cuerpo.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó por segunda vez.

–Quiero el divorcio. Necesito tu dirección para los trámites –replicó Alejandro muy sereno–. ¿O es que pensabas que esto iba a

seguir así? Te comportaste de un modo egoísta e irresponsable abandonando tu hogar.

Jemima estuvo tentada, al oír esas palabras, de agarrar uno de los ramos de flores y estampárselo en la cabeza.

–Tú me obligaste a ello –replicó ella con vehemencia.

–¿Perdón? –exclamó Alejandro, con las manos apoyadas en el mostrador y el cuerpo algo inclinado hacia adelante.

–Tú no escuchabas una sola palabra de lo que te decía. Habíamos llegado a un punto muerto. ¿Qué otra cosa podía hacer?

–Te dije que saldríamos adelante y conseguiríamos superarlo –le recordó Alejandro en un tono más condescendiente.

–A lo largo de todo nuestro matrimonio, no hiciste nunca nada para tratar de que las cosas fueran mejor entre nosotros. ¿Cómo podías hacerlo si ni siquiera me hablabas? ¿Hiciste acaso algo cuando te dije lo infeliz que me sentía? –preguntó Jemima con los ojos violeta echando fuego de indignación recordando que ella hubiera cambiado sin pensarlo todos los regalos que le había hecho por un poco más de atención.

Alejandro, muy enfadado, la miró con sus profundos ojos dorados que parecían despedir llamaradas de oro. Hizo ademán de acercarse a ella, pero en ese instante, sonó la campanilla de la puerta y entró en la tienda Sandy, la dependienta de Jemima. Se hizo un silencio tan tenso, que la mujer mayor los miró sorprendida pensando si ella podría tener la culpa de aquella situación.

–¿Llego tarde? ¿Esperaba que hoy viniera antes?

–No, no –respondió en seguida Jemima para tranquilizarla–. Lo que si tendrá que hacer es quedarse a cargo de la tienda durante una hora. Tengo que volver a casa a solucionar un asunto.

Salió al patio en donde estaba jugando Alfie. Volvió al poco con el niño en brazos y dijo entonces sin apenas mirar a Alejandro.

–Vivo ahí abajo, en el número cuarenta y dos, a menos de cien metros de aquí.

Pero antes de que pudiera llegar a la puerta, un joven de hombros anchos y con el pelo cortado al cero irrumpió en la tienda con una bolsa en la mano.

–¡Recién salidos del horno, Jemima! –exclamó con una sonrisa de satisfacción–. Bollos tiernos para el almuerzo.

–¡Oh, Charlie, me olvidé por completo de que ibas a venir hoy! –exclamó Jemima consternada, pues había quedado con el chico la semana anterior durante el ensayo del coro de la iglesia–. Mira, ahora tengo que salir un rato. Será mejor que te enseñe ese enchufe de la luz que no funciona.

Jemima, apoyando a Alfie en la cadera, se dirigió al otro lado del mostrador y mostró a Charlie el enchufe que había estado fallando toda la semana.

–Creo que será mejor que vuelva mañana cuando estés aquí –dijo el chico con una sonrisa.

–No, no hace falta, Charlie. Hoy es perfecto –insistió ella, mirando desde la puerta a Alejandro, que permanecía en silencio con la mirada clavada en el inoportuno electricista–. Sandy estará aquí por si necesitas algo.

Jemima salió a la calle, sintiendo a su lado la presencia de Alejandro y preguntándose extrañada por qué no le habría dicho nada sobre el niño.

–Te veré en casa –le dijo a Alejandro, bajando a Alfie al suelo, pues ya le pesaba mucho en los brazos.

–Os llevaré en el coche –replicó él.

–No, no hace falta, gracias.

Y sin más preámbulos, Jemima cruzó la calle y se alejó rápidamente con el niño dando saltitos detrás de ella. Fuera del horario de trabajo, solía usar la furgoneta para moverse por la ciudad, pero cuando la tienda estaba abierta, se necesitaba para entregar los pedidos.

No habrían andado más de veinte metros cuando un lujoso sedán negro se detuvo al llegar a su altura. Un hombre alto, muy bien trajeado, abrió la puerta y salió del coche.

–¿Vas a casa? –preguntó el hombre–. Sube, os llevaré.

–Gracias, Jeremy, pero está tan cerca, que prefiero ir andando –contestó ella.

Trataba de disimular, pero no podía dejar de pensar en Alejandro y en el divorcio que le había planteado.

¿Habría conocido a otra persona? ¿Alguna mujer hermosa, de buena familia y con dinero? Se preguntó con cuántas mujeres habría estado desde que le había dejado y sintió al pensarlo una angustia y un dolor agudo en lo más hondo de su corazón. No quería volver con Alejandro, de ningún modo, pero por alguna extraña razón, tampoco quería que estuviese con otra mujer. Pero, conociéndolo como lo conocía, era difícil creer que no hubiera estado con ninguna mujer desde entonces. Conocía mejor que nadie su insaciable deseo sexual. Al menos, así había sido hasta que a ella se le agrandaron los pechos y se le ensancharon las caderas con el embarazo, y comprobó con gran amargura que su cuerpo había pasado a tener para él el mismo atractivo que un botijo de barro.

–Venga, subid –insistió Jeremy abriendo la otra puerta del

coche–. Os estáis mojando.

Efectivamente, había empezado a llover. Tomó al niño y subió al coche. Jeremy arrancó y se dirigió a la casa de Jemima. Al llegar, vieron un elegante deportivo aparcado a la entrada. Jeremy lanzó un silbido de admiración.

–¿De quién demonios puede ser esa maravilla de coche?

–Es de un viejo amigo –respondió ella, saliendo del coche–. Gracias, Jeremy.

El hombre se bajó también y le puso la mano en el brazo con gesto amistoso.

–Ven a cenar conmigo esta noche –le propuso él mirándola fijamente con sus ojos azules–. Sin compromisos ni ataduras, sólo como amigos.

Jemima, algo turbada, dio un paso atrás, viendo allí cerca a Alejandro espiando su conversación.

–Lo siento, no puedo –respondió ella nerviosa.

–Está bien, lo seguiré intentando –dijo Jeremy dirigiéndose de nuevo al coche.

Jemima sonrió sin ganas. Sabía muy bien que Jeremy, el agente inmobiliario, divorciado y de unos treinta y tantos años, era duro de pelar y no se daba por vencido fácilmente.

La había invitado a salir con él al menos una docena de veces desde que vivía en aquella casa.

Jemima, algo nerviosa por la mirada inquisitiva de Alejandro, se apresuró a meter la llave en la cerradura de la puerta.

–¿Por qué no le dijiste que estabas casada?

–Ya lo sabe. Todo el mundo lo sabe –respondió Jemima algo irritada, mostrando al abrir la puerta la alianza que llevaba en el dedo–. Como también sabe que estoy separada de mi marido.

–No hay nada oficial sobre nuestra separación –dijo él, pasando al pequeño vestíbulo de entrada y luego a la también reducida sala de estar–. Me sorprende que aún sigas llevando la alianza.

Jemima se encogió de hombros, le quitó la chaqueta a Alfie y la colgó luego junto a su rebeca.

–Zumo –dijo Alfie, tirando a su madre de la manga.

–Se dice, por favor –le recordó Jemima.

–*Po favó* –dijo el niño muy obediente.

–¿Quieres café? –le preguntó Jemima a Alejandro de mala gana.

Alejandro se había apoyado junto a la ventana y con su estatura y la anchura de sus hombros no dejaba casi pasar la luz.

–Sí.

–*Po favó* –le dijo Alfie muy sonriente–. Se dice *po favó*.

–Gracias –dijo Alejandro en su propia lengua, arrogante como él solo, sin mirar apenas al niño.

Jemima se quedó sorprendida una vez más por su falta de interés hacia su hijo. No parecía sentir la menor curiosidad por saber quién era.

–¿No tienes ninguna pregunta que hacerme sobre él? –dijo ella mirando el pelo negro rizado del niño, que había sacado sus cochecitos de la caja de los juguetes y los estaba poniendo todos en fila.

A Alfie le gustaba que todo estuviera en su sitio. Jemima recordó entonces lo ordenado y limpio que Alejandro tenía siempre su escritorio en el castillo y se preguntó si no habría más cosas en común entre ellos que ella no había querido ver.

–Ya se encargará mi abogado en su momento de hacer todas las preguntas que considere oportunas –respondió Alejandro secamente.

–Por lo que veo no crees que sea tuyo, ¿verdad?

–Eso sería imposible –replicó él con una sonrisa irónica y despectiva.

Jemima sintió una mezcla de frustración e indignación. Por un instante, tuvo la tentación de saltar sobre él y propinarle una buena tunda de patadas y puñetazos hasta obligarle a que la escuchara. Pero ella no era una mujer violenta y pensó que si, después del tiempo que habían estado juntos, nunca la había escuchado ni había confiado en ella, probablemente ya nunca lo haría. Ésa era una de las razones por las que le había dejado. No podía seguir intentándolo una y otra vez eternamente. Era como darse de cabeza contra un muro. Por no hablar de lo imposible que se le hacía seguir con un hombre que estaba completamente convencido de que ella había tenido una aventura con su hermano.

Mientras esperaba que se hiciera el café en la cocina, se le ocurrió llamar a su amiga Flora por teléfono para ver si podía hacerse de cargo de Alfie durante una hora.

–Alejandro está aquí –le dijo escuetamente.

–Dame cinco minutos y pasaré a recoger a Alfie –respondió Flora.

Jemima sirvió una taza de café a Alejandro y se la dejó al lado. Se produjo un silencio tenso y prolongado que rompió la pronta llegada de Flora. Jemima se puso a charlar con ella mientras le ponían entre las dos el abriguito a Alfie.

–Alejandro... Flora –dijo Jemima haciendo, de forma rápida, las presentaciones.

–He oído hablar mucho de usted –dijo Flora mirando fijamente a Alejandro–. Y nada bueno.

Él dirigió a Jemima una mirada de reproche y ella se ruborizó, deseando que su amiga hubiera sido más discreta y no hubiera dejado en evidencia lo mucho que sabía de sus problemas conyugales.

Al salir Flora con el niño, se hizo de nuevo un silencio que rompió Jemima.

–Odio tener que decir esto de nuevo, pero no me dejas otra elección. Jamás me acosté con tu hermano.

–Él al menos tuvo el valor de no negarlo –dijo Alejandro con una mirada sombría.

–¡Ah, vaya! Si Marcos no lo negó, eso quiere decir que yo estoy mintiendo, ¿verdad?

–Mi hermano nunca me ha mentido, cosa que no puedo decir de ti.

–¿De qué mentiras estás hablando? –exclamó ella con los puños apretados.

–Gastaste miles y miles de euros mientras estabas conmigo, todo era poco para tus extravagancias, y sin embargo no tenías suficiente para cubrir tus propios gastos, a pesar de la asignación tan generosa que te pasaba. No me cabe duda de que mentías cuando te pedía explicaciones por tanto despilfarro.

Jemima se quedó blanca como la pared, ante aquellas acusaciones que no podía negar. Era cierto que le había dado mucho dinero, pero no se lo había gastado en ella. De hecho, había tenido serias dificultades para pagar sus facturas durante las últimas semanas de su matrimonio. Parecía como si él quisiera sacar todos los trapos sucios a relucir, y todo por una simple e ingenua mentira que le había dicho cuando se habían conocido.

–¿Le diste todo ese dinero a Marcos? –le preguntó Alejandro con aspereza–. Conozco lo manirroto que puede llegar a ser mi hermano y podría haberse acercado a ti para pedirte un préstamo.

Por un segundo, Jemima estuvo tentada de decirle una mentira para tratar de tapar la auténtica verdad de los hechos, pero agachó la cabeza avergonzada, incapaz de sostener su mirada. Aunque estaba enfadada con el hermano de Alejandro por no haber tenido el valor de salir en su defensa, seguía sintiendo hacia él un gran afecto y no quería vengarse de él desvelando toda la verdad.

–No, Marcos nunca me pidió dinero.

Alejandro se puso tenso. Su mirada era tan aguda y cortante como el filo de un cuchillo de caza.

–Supongo que seguirás en contacto con mi hermano, ¿no?

–No. No he vuelto a hablar con Marcos desde que me fui de España.

–Me sorprende mucho, con lo amigos que erais… –replicó él con marcada ironía.

Jemima tuvo que morderse la lengua para no contarle toda la verdad y acabar de una vez con todo aquello. Sabía que las consecuencias podrían ser graves y además le había prometido a Marcos que nunca lo traicionaría. Después de todo, ella había visto por sí misma, y en más de una ocasión, por qué el hermano de Alejandro estaba tan decidido a mantener aquel secreto. El egoísmo de Marcos no la liberaba de su promesa de mantener la boca cerrada. Y en cualquier caso, se dijo para sí con tristeza, lo de Marcos no había sido la única causa del fracaso de su matrimonio.

–Marcos ha estado trabajando en nuestra galería de arte de Nueva York durante estos dos últimos años –dijo Alejandro muy sereno–. Me cuesta creer que no hayáis tenido ningún contacto en todo ese tiempo. Aunque supongo que, en todo caso, estará ayudando económicamente a su hijo.

–¡Alfie no es hijo suyo, maldita sea! ¿Cómo quieres que te lo diga? –exclamó Jemima fuera de sí.

–No hace falta que grites, ni que digas palabras feas –replicó él impertérrito.

Jemima, por el contrario, estaba temblando y luchaba por dominar su temperamento, que amenazaba con jugarle una mala pasada. Tras dejar a Alejandro, había vuelto de España con los nervios destrozados, pero en los dos últimos años se había recuperado un poco.

–Alfie no es hijo de Marcos –volvió a decir, ahora más calmada.

–Tu hijo no es la única causa de discordia entre nosotros. Ni la más importante –afirmó Alejandro con una voz seca y grave y un brillo especial en la mirada.

–¿Ah, no? –exclamó Jemima molesta de que su hijo no tuviera para él ninguna importancia.

–Me asombra que sepas tan poco de los hombres –dijo él con una amarga sonrisa–. Me interesa mucho más lo que hiciste en la cama con mi hermano y por qué razón lo hiciste.

Con aquella frase, Alejandro había corrido el velo de sus modales pretendidamente educados para dejar al descubierto la realidad de sus principios. Se quedó consternada ante ese ataque tan directo y frontal. Sabía por experiencia lo impredecible y cambiante que podía ser la conducta de Alejandro, pero nunca

había llegado a saber las razones y los motivos que le llevaban a sacar aquel temperamento tan exaltado.

–¿Te acostaste con él en nuestra cama? –preguntó Alejandro, apretando las manos contra los costados con tanta fuerza, que casi se le transparentaban los huesos de los nudillos.

Algo intimidada, Jemima se apartó de él unos pasos hasta sentir la puerta del armario en la espalda. No quería suscitar una nueva discusión que sabía de antemano acabaría con los reproches de siempre y además no conduciría a ninguna parte.

–Alejandro… –murmuró ella en voz baja y con la voz más suave que pudo, para tratar de relajar el ambiente.

Él echó la cabeza atrás, muy altivo, y le dirigió una mirada tan intensa y ardiente, que por un momento cabría pensar que podrían saltar chispas de sus ojos e incendiar el aire. Ella, sin saber cómo ni por qué, se sintió atrapada en la red de su irresistible carisma sensual. Recordó los signos de excitación con los que llegaba a veces a casa a la hora de cenar, y por los que sabía de antemano que acudiría esa noche al dormitorio para transportarla a un mundo de placeres inimaginables que conseguirían por unos instantes hacerle olvidar su soledad y su desdicha.

–Te resulta violento hablar de esos detalles tan sórdidos, ¿verdad? ¿Te has parado a pensar alguna vez el tormento que ha sido para mí imaginar a mi esposa en brazos de mi hermano? –dijo Alejandro muy enfadado.

–No –admitió ella.

Porque la verdad era que nunca se había acostado con Marcos y por tanto tampoco podía imaginarse las sospechas infundadas que Alejandro había albergado y seguía albergando sobre ella. Lo único que llegó a pensar fue que quizá le había desilusionado. Ella nunca llegaría a comportarse como una verdadera condesa española.

–No, claro, ¿para qué ibas a hacerlo? –refunfuñó él–. Marcos fue una simple víctima de tu vanidad y tu egoísmo, y un medio repugnante que utilizaste para vengarte de mi familia y de mí.

–¡Eso es absurdo! –replicó Jemima casi escupiendo las palabras.

–¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué le dejabas que te tocase? No sabes la de veces que os he imaginado a los dos juntos –dijo Alejandro con amargura–. Lo que he sufrido imaginándote desnuda a su lado. Sollozando de placer en sus brazos. Gritando extasiada mientras llegabas a…

–¡Ya basta! –le suplicó Jemima, avergonzada por las imágenes escabrosas que le estaba presentando–. ¡Deja de hablar de eso de una vez!

–Eres demasiado sensible para escuchar ese tipo de cosas, ¿verdad? ¡Tú, que no eres más que una mujerzuela adúltera y mentirosa…! ¡Y deja de mirarme con esos ojos de asombro! Ya me engañaste una vez haciéndote pasar por una mujercita frágil y delicada. Ahora sé muy bien lo que eres.

Jemima se giró hacia la ventana para no mirarlo. Aquellas duras y crueles palabras habían causado un dolor muy hondo en su corazón. Nunca pensó que unos insultos pudieran afectarla hasta ese extremo. Dos años atrás, cuando él le reprochó por primera vez su supuesta infidelidad con Marcos, había estado bastante frío y sereno, comportándose como si, a pesar de todo, ella le resultara indiferente. Había creído entonces que Alejandro no sentía realmente nada por ella y que eso podría ser una buena excusa para poner fin a su desdichado matrimonio. Sólo ahora se daba cuenta de lo ingenua que había sido aceptando esa máscara superficial de un hombre tan apasionado y emocional como era él.

–Yo no soy una mujerzuela, ni he tenido nunca una aventura con tu hermano –afirmó Jemima con mucha firmeza, girándose de nuevo hacia él y mirándolo fijamente–. Y ahora creo que deberías saber que mi hijo, Alfie, es también hijo tuyo.

–Supongo que es una broma, ¿verdad? –exclamó él con una expresión de desconcierto–. Sé que sufriste un aborto antes de salir de España.

–Sí, eso pensamos todos –replicó ella–. Pero cuando llegué aquí a Inglaterra y fui a ver a un médico, me dijo que aún estaba embarazada. Sugirió la posibilidad de que inicialmente hubieran sido gemelos y hubiera perdido a uno de ellos en España, o que la hemorragia que sufrí hubiera sido un amago de aborto más que un aborto real. Fuera lo que fuese, el caso es que estaba embarazada cuando llegué a Inglaterra y cinco meses después nació Alfie.

–Eso no es posible –dijo Alejandro con un gesto de incredulidad.

Jemima se fue entonces derecha al aparador, abrió un cajón y se puso a revolver los papeles hasta que encontró la partida de nacimiento de Alfie. Odiaba tener que hacer lo que estaba haciendo, pero veía que no le quedaba otro remedio. El niño era hijo de Alejandro, y ella no podía permitir que eso se pusiera en duda. Alfie querría saber en el futuro quién era su padre. Le gustara o no, tenía que decir la verdad. Sacó el certificado del cajón y se lo mostró a Alejandro.

–Esto no tiene sentido –exclamó Alejandro, arrebatando el papel a Jemima con unos modales impropios de su esmerada educación.

–Pues si tienes una explicación mejor para decirme cómo he

podido arreglármelas para tener a Alfie en la fecha que lo tuve sin que sea tuyo, me gustaría oírla –replicó ella en tono desafiante.

Alejandro leyó el documento con todos los músculos de la cara en tensión. Luego alzó la vista. Tenía los ojos relucientes como cuchillos recién afilados y parecían igual de peligrosos que ellos.

–Lo único que demuestra esto es que debías estar embarazada cuando me dejaste y te marchaste de España, pero de eso a decir que el niño sea mío hay un abismo.

Jemima negó con la cabeza y suspiró profundamente.

–Sé que no te gusta la noticia, yo tampoco quería decírtela. Ha llovido mucho desde que nos separamos y ahora cada uno ha rehecho su vida. Pero no puedo mentirte sobre este punto. Algún día, Alfie querrá conocer a su padre.

–Si lo que acabas de decirme es verdad, si se prueba que ese niño es mío –dijo él echando fuego por los ojos–, lo único que demostraría es lo vengativa y egoísta que has sido manteniéndome en la ignorancia.

–Cuando me fui, no tenía la menor idea de que siguiese embarazada –protestó ella.

–Creo que dos años es tiempo más que suficiente para haberme informado de que podría ser su padre –replicó él con dureza–. Pediré la prueba del ADN antes de tomar ninguna decisión.

Jemima apretó la boca tratando de contener su indignación. Aquello era un nuevo insulto. Era una forma implícita de decirle que era una esposa infiel y que por eso tenía derecho a poner en duda la paternidad de su hijo.

–Haz lo que quieras –contestó ella secamente–. Yo sé quién es el padre de Alfie y eso no lo puede cambiar nadie.

–Trataré de que las pruebas se hagan cuanto antes. Nos veremos otra vez cuando estén los resultados –dijo Alejandro arrastrando las palabras, con su arrogancia de noble español.

–Me pondré en contacto con un abogado para iniciar el proceso de divorcio –replicó Jemima, decidida a no dejar que se fuera con la impresión de que él era el único que podía tomar decisiones.

Alejandro frunció el ceño y la miró con los ojos entornados en actitud desafiante.

–No tiene sentido hacer nada hasta que no tengamos los resultados del ADN.

–No opino igual –contestó Jemima devolviéndole la mirada–. Debería haber solicitado el divorcio el mismo día que te dejé.

–¿Y por qué no lo hiciste? –preguntó Alejandro arqueando una ceja.

Jemima le miró de una forma como si quisiera fulminarle con la mirada, pero no dijo nada. Se dirigió a la puerta y la abrió de golpe en un gesto inequívoco de que quería que se saliera de su casa. Estaba harta de su prepotencia y de que quisiera quedar siempre por encima de los demás, sin escuchar siquiera sus opiniones.

–Seguiremos en contacto –dijo él mientras salía por la puerta.

–Te agradecería que me avisaras la próxima vez –le dijo Jemima, entregándole una tarjeta de visita de una cajita que había sobre la mesa–. Telefonéame y dime cuándo vas a venir.

Con un gesto de pocos amigos, cerró la puerta a su paso y se quedó luego mirando, a través de las cortinas, cómo subía a su coche y se marchaba calle arriba.

No había cambiado nada, pensó con tristeza. Desgraciadamente, la conversación con Alejandro sólo había conseguido hacer revivir en ella todas las dudas e inseguridades que creía haber dejado atrás al salir de España.

Capítulo 3

JEMIMA dejó a la canguro a cargo de la casa y cerró la puerta muy despacio al salir. Los jueves por la noche, Flora y ella iban a ensayar al coro de la iglesia y pasaban un rato agradable en compañía de algunos amigos. Jemima solía esperar con impaciencia aquel día para salir a distraerse con su amiga y romper así un poco la monotonía diaria, pero últimamente no estaba de muy buen humor.

–Anímate, mujer –le dijo Flora mientras se dirigían a la pintoresca iglesia medieval que había en aquel pueblo, que hacía de Charlbury St Helens uno de los más bellos de la zona–. Esa dichosa prueba del ADN te está amargando.

–No lo puedo evitar. Me siento humillada públicamente –replicó Jemima con amargura.

–No tienes de qué preocuparte, tanto el notario como el médico están sujetos al secreto profesional –le dijo Flora tratando de tranquilizarla–. No creo que puedan comentar tu caso con nadie, sobre todo teniendo en cuenta que puede terminar en los tribunales.

Jemima, no muy convencida, pero agradeciendo las buenas intenciones de su amiga, decidió no insistir más sobre el asunto para no parecer demasiado pesada, aunque lo cierto era que veía aquella prueba del ADN como una violación de su intimidad.

El caso podría acabar efectivamente en los tribunales. Un abogado de Londres muy estirado, que actuaba en nombre de Alejandro, le había telefoneado para ponerle al corriente de los trámites. Jemima había tenido que hacer una declaración jurada ante un notario público, y había tenido que hacerse unas fotos para demostrar su identidad a fin de que su médico pudiera hacerles legalmente las pruebas a Alfie y a ella. Había sido cosa de unos segundos. Les habían tomado sólo unas muestras de la saliva, pero ella había pasado mucha vergüenza por el hecho de que tanto el notario como el médico estuviesen al tanto de las dudas que su marido tenía sobre la paternidad de su hijo. Nunca le perdonaría a Alejandro haberla obligado a someterse a ese proceso tan degradante. Y todo porque estaba ofuscado en que le había sido infiel. En cualquier caso, ella no podía haberse negado a hacerse las pruebas, se habría visto como una aceptación implícita de su delito.

Entró en la iglesia y saludó a sus compañeros de coro con una amable sonrisa.

El sentido común le decía que había hecho lo correcto. Por el bien de Alfie, su padre tenía que saber toda la verdad y no podía dejar que nadie tuviera la menor duda de su paternidad.

Tras intervenir en varios cánticos y hacer luego de solista en un pasaje con su hermosa voz de soprano, pareció alejar aquellos pensamientos tan amargos. Se sintió definitivamente más relajada cuando, acabado el ensayo, ayudó a colocar las sillas en su sitio. Fabian Burrows, uno de los médicos locales, un hombre muy atractivo de unos treinta y tantos años, le acercó la chaqueta y la ayudó a ponérsela.

–Tienes una voz maravillosa –le dijo.

–Gracias –contestó ella algo turbada por el cumplido.

El joven acompañó a Flora y a ella a la salida.

–¿Vais a tomar algo? –preguntó él, poniéndole una mano en el brazo en un gesto de cortesía para ayudarla a bajar la escalinata de la iglesia.

–Sí.

–¿Qué os parece The Red Lion? Sólo por cambiar –propuso él, mientras el resto de los miembros del coro cruzaban la calle en dirección al bar de siempre.

–Gracias, pero estoy con Flora –contestó Jemima muy serena.

–Estaría encantado de haceros compañía –dijo él.

Jemima miró a su amiga y vio un gesto extraño en su cara.

–Creo que deberíamos dejarlo para otra ocasión –replicó Flora con cierta brusquedad, señalando discretamente con la mirada hacia la acera de enfrente.

Jemima miró en la misma dirección y vio un coche deportivo aparcado y a un hombre alto y moreno con un abrigo de cachemira, apoyado en el capó, que parecía estar esperándola. La sorpresa y la indignación se reflejaron en su rostro. Le había dejado bien claro a Alejandro que le avisase con antelación cuando quisiese volver a verla. ¿Cómo se atrevía a aparecer por allí sin previo aviso?

Pero, nada más verlo y sin saber cómo, sintió una oleada de calor por todo su cuerpo, en especial por sus lugares más íntimos. Sintió el poder de su masculinidad penetrando en ella como la punta de un cuchillo. Vio en la oscuridad sus ojos dorados brillando en su cara morena de ángel negro y de repente sintió que le faltaba la respiración. Pareció olvidarse en un instante de lo enfadada que estaba con él. Seguía viéndolo como el hombre más atractivo y sexy que había conocido en su vida. Contempló su cuerpo musculoso y

atlético, apoyado en el coche, en aquella postura elegante y varonil. Quiso pasar de largo como si no le hubiera visto, pero una fuerza irresistible pareció atraerla poderosamente hacia él.

–¿Cómo averiguaste dónde estaba?

–Por la canguro –respondió Alejandro en voz baja–. Lo siento si te he estropeado la noche.

–¿Quién es éste? –preguntó Fabian con arrogancia.

–Soy sólo su marido –replicó Alejandro remarcando las palabras y con un cierto tono de amargura en la voz.

Fabian se puso muy tenso, admitiendo la derrota, y murmuró algo acerca de volver a verla la semana siguiente en el ensayo del coro. Luego se volvió hacia Flora y se ofreció a acompañarla.

–¿Cómo te atreves a decir eso y a dejarle en evidencia? –dijo Jemima, escupiendo casi las palabras, en cuanto Flora y Fabian se alejaron.

Alejandro, muy arrogante en su papel de conde de Roda, miró pensativamente a su pequeña esposa.

–Es la verdad, ¿no? Cada vez que vengo a verte, te encuentro coqueteando como una cualquiera con un hombre distinto.

–Tú no tienes derecho a controlar lo que yo haga o deje de hacer –replicó Jemima muy enfadada.

Alejandro le puso las manos en los hombros. Sus ojos brillaban como luciérnagas a la luz de la luna. Entonces, sin mediar palabra, la atrajo hacia sí y la besó con pasión. Ella no estaba preparada para una reacción así, nunca había pasado por su imaginación que él pudiera volver a tocarla de nuevo. Se quedó sorprendida e indefensa ante aquel beso inesperado y sintió que las piernas le flaqueaban mientras el calor de su boca hacía despertar en todo su cuerpo un deseo ardiente que había estado reprimiendo desde el nacimiento de Alfie.

Con un movimiento enérgico, Alejandro la tomó de la cintura y la puso de espaldas contra el coche, apretándola luego contra su cuerpo. Jemima dejó escapar un suspiro de deseo al sentir entre los muslos su dura virilidad. Comenzó a respirar de forma entrecortada y jadeante, y su corazón se puso a latir de forma desacompasada. Luego, él se acopló mejor con ella para conseguir un mayor contacto entre sus cuerpos y Jemima sintió entonces una oleada de calor húmedo entre los muslos, quemándole por dentro.

–¡Dios mío! ¡Vámonos! –exclamó Alejandro, agarrándola de la mano y abriendo con la otra, de un tirón, la puerta del coche.

Luego le puso una mano en la cabeza para ayudarla a entrar.

¿Vámonos...?, le había dicho él. Pero, ¿a dónde?, se preguntó

ella casi a punto de decirlo en voz alta. Pero no lo hizo, porque no tenía sentido formular una pregunta cuya respuesta ella sabía de antemano. Una respuesta que le dictaba su cuerpo y el deseo. Se acomodó en el asiento y se abrochó el cinturón de seguridad. Luego apoyó la cabeza en el respaldo y puso las manos entre las rodillas para que él no pudiera ver cómo le temblaban.

–No deberíamos hacer estas cosas en público –dijo Alejandro en voz baja.

Jemima se odió a sí misma por no haberse apartado de él. ¿Cómo se había atrevido a agarrarla así de esa manera? ¿Es que quería demostrar que le bastaba una sola caricia para tenerla rendida a sus pies? De haber sabido sus intenciones, le habría tratado como se merecía. Desde luego no habría aceptado irse con él. Ya no iba a ser como antes, se dijo ella, cuando vivían juntos y ella sentía un deseo irresistible de estar en sus brazos con sólo mirarlo. Porque sólo en sus brazos se sentía segura y le parecía insignificante y sin importancia todo lo demás. Pero estaba dispuesta a enterrar todos esos recuerdos en una fosa y a taparla con una gran losa, para no volver a poner en juego sus emociones y volver a sufrir más decepciones.

–Aún no me has dicho qué estás haciendo aquí –le dijo Jemima cuando el coche se detuvo frente a la puerta de su casa.

–Hablaremos de eso dentro.

Jemima tuvo que morderse la lengua para no contestarle como hubiera querido. Alejandro tenía la fea costumbre de querer decir siempre la última palabra y de pensar que siempre llevaba razón en todo. Eso era algo que la exasperaba.

Nada más entrar, fue a ver a la chica que se había quedado al cuidado de Alfie y le pagó por sus servicios. Audra vivía en la misma calle, sólo dos puertas más abajo, y aquel trabajo le venía bien.

–¿Acostumbras a dejar al niño al cuidado de una niña? –preguntó Alejandro.

–No –respondió ella secamente–. Aunque Audra te parezca una niña, tiene dieciocho años y se está preparando para enfermera.

Alejandro no se molestó en disculparse por su error. Jemima colgó la chaqueta y se quedó de pie en silencio, contrariada aún por la forma en que se había dejado besar contra la carrocería del coche.

–Es un poco tarde para una visita de cortesía –dijo ella sin mirarle siquiera.

–Quería ver a mi hijo –dijo Alejandro muy serio.

Al oír esa solemne declaración, Jemima sintió como si una ola gigante la envolviese por entero. No cabía duda, Alejandro acababa de conocer los resultados de la prueba de ADN y ahora tenía que aceptar que ella no le había engañado. Pero, a pesar de todo, seguía con su arrogancia y no se había dignado a disculparse siquiera.

–Alfie está durmiendo –le contestó ella, alzando la barbilla todo lo que pudo.

–Me da igual, le veré dormido.

Por un instante, creyó ver un atisbo de ternura en su rostro que consiguió ablandarla. Pero decidió no dejarse llevar por sus sentimientos.

–¿Por qué no me creíste cuando te dije que era hijo tuyo?

–Dejemos por el momento ese asunto. Ahora es cuando sé de verdad que es mi hijo. Lo he sabido esta misma mañana. Por eso estoy aquí..

Jemima trató de comprenderlo. Era lógico que, después de saber que Alfie era hijo suyo, estuviera más interesado que antes, cuando sospechaba que podía ser de otro hombre.

–Ven arriba –le dijo ella, tratando de tomar el control de la situación.

Alejandro entró en silencio en la habitación detrás de Jemima y contempló al niño dormido en su cuna de madera. Su pelo negro rizado y su carita sonrosada… Se le veía muy tranquilo. Jemima se acercó a él, acariciándolo con la mirada. Alejandro se apoyó en los barrotes de la cuna y miró a su hijo.

–Quiero llevármelo a casa, a España –dijo de repente con una mirada fiera y desafiante.

Aquellas palabras le cayeron como un jarro de agua fría. Jemima vio al instante un futuro negro e incierto. Retrocedió hasta la puerta y observó a Alejandro mirando a su hijo con ternura. Sí, él podía ser sensible cuando quería, pero eso era algo en lo que no se prodigaba mucho, pensó con tristeza. También la había mirado a ella de esa forma el día que supieron que estaba embarazada. Pero tenía que pensar en Alfie. Él se había convertido en el eje de su vida. No se arrepentía de haber tenido a su hijo, aunque comprendía que el divorcio podía resultar más fácil sin hijos de por medio.

«Quiero llevármelo a casa, a España».

Jemima creyó seguir oyendo una y otra vez esas palabras, mientras bajaba las escaleras. Era natural, por otra parte, que Alejandro quisiera que su familia viese a Alfie y que su hijo conociese a su vez la hacienda de su padre y la herencia de sus antepasados.

–¿Qué quieres decir con eso de que pretendes llevártelo a España? –le preguntó Jemima de repente.

Alejandro se quitó el abrigo de cachemira y lo dejó en una silla que había junto a la mesa del cuarto de estar. Con su elegante traje negro, parecía aún más alto.

–No puedo permitir que tengas la custodia plena de mi hijo –dijo Alejandro abiertamente–. No creo que puedas ofrecerle un futuro en este ambiente. Me gustaría poder decir lo contrario. No es mi intención luchar contigo por la custodia de nuestro hijo, pero no veo otra solución, es un deber y una responsabilidad que tengo como padre.

–¿Cómo… te… atreves? –exclamó Jemima con un gesto de incredulidad y de indignación en la mirada, y con el corazón desbocado como si acabase de correr una maratón–. Yo di a luz a tu precioso hijo, sola y sin el apoyo de nadie, y me he ganado la vida y lo he estado manteniendo desde entonces. Alfie es muy feliz y es un niño muy sociable. Tú no lo conoces y sin embargo te atreves a decir nada más verlo que no soy la madre adecuada para él.

–¿Sabe por casualidad que tiene un padre y una familia en España? ¿Está aprendiendo a hablar español? ¿Qué clase de vida puedes ofrecerle? No, no eres una persona responsable.

–¿Con qué derecho te atreves a decirme eso? –dijo Jemima apretando los puños.

–Mira cómo te comportaste en nuestro matrimonio, tus deudas, tus aventuras con mi hermano...

–¡Te lo digo por última vez! ¡Nunca tuve una aventura con tu hermano!

–No sabes afrontar los problemas, te limitas a huir de ellos –sentenció Alejandro como si fuera un juez–. ¿Cómo podrías educar así a nuestro hijo?

–No tengo por qué soportar tus críticas un minuto más. Estamos separados –afirmó Jemima con la voz quebrada–. Por favor, sal de aquí.

–Es imposible hablar contigo –dijo él con tono de frustración, tomando el abrigo de la silla.

–¿Llamas hablar a amenazarme con llevarte a mi hijo? ¿Cómo esperabas que respondiera a una amenaza así?

–Una amenaza es algo que no tiene por qué cumplirse necesariamente, pero ten por seguro que haré todo lo posible para conseguir la custodia de mi hijo –dijo Alejandro no dispuesto a dar su brazo a torcer.

Jemima respiró hondo un par de veces para tratar de controlar

sus emociones.

–¿Qué puedo hacer o decir para convencerte de que soy una buena madre? –le dijo, mirándole a los ojos.

Ya con el abrigo puesto, Alejandro se encogió de hombros como si le estuviera haciendo una pregunta que no tuviera respuesta.

Jemima pensó lo que podría pasar en esa confrontación con su marido, y divisó un panorama bastante desalentador. Si la batalla por la custodia llegaba a los tribunales, Alejandro contrataría a los mejores abogados y nadie se atrevería a competir con ellos en defensa de sus intereses. El hecho mismo de que hubiera mantenido en secreto la existencia de Alfie durante esos dos años obraría en su contra. Y, sin duda, el juez tendría muy en cuenta el hecho de que Alfie podría ser un día un miembro influyente de la aristocracia española, dueño de una extensa propiedad de terrenos y de una gran cadena de empresas de ámbito internacional. Todos esos hechos y la capacidad del padre para preparar a su hijo para esas responsabilidades era algo que no podía ignorarse.

–No me puedes hacer esto –protestó Jemima–. Yo quiero a Alfie y él también me quiere a mí y me necesita.

–Quizá ya es hora de que comience a ejercer de padre –repuso Alejandro abriendo la puerta de la calle–. Un divorcio no deja muchas alternativas. Tendremos que llegar a un acuerdo.

Jemima se acercó a él y volvió a cerrar la puerta de golpe. Luego lo miró fijamente con sus ojos violeta, que parecían dos amatistas en medio de aquel rostro en forma de corazón.

–¡Tenemos que discutir esto ahora!

–Madre mía, eres una veleta, cambias de dirección con el viento –replicó Alejandro con una mirada sardónica–. Me dijiste hace nada que me fuera...

–Puede que me precipitara –dijo ella conteniéndose–. No me esperaba que ya hubieras hecho planes para Alfie. Y además estaba enfadada contigo por lo de antes. ¿Por qué me besaste?

Alejandro dio un paso hacia adelante acorralándola entre la puerta de madera y su poderoso cuerpo.

–Porque te deseaba, corazón mío.

Ella se emocionó y se quedó sin aliento al oír esas palabras tan dulces. Sintió un río de lava al rojo vivo corriendo por su cuerpo y los pezones inflamados como flores de fuego. No se sentía con fuerzas para luchar contra el deseo tan apremiante que se desataba en lo más íntimo de su feminidad. Inclinó la cabeza hacia atrás para recrearse mejor con la visión de aquellos labios tan sensuales y aquellos ojos dorados que la miraban con ardor.

–Dime que me quede esta noche contigo –dijo él, apoyando la espalda contra la puerta y haciéndole percibir la promesa de su poderosa erección a través de la entrepierna de sus ajustados pantalones.

Jemima respiró hondo tratando de llevar a los pulmones el oxígeno que parecía faltarle y aplacar así en cierto modo la excitación sexual que la recomía por dentro.

–¿Quieres quedarte? –susurró ella, en un hilo de voz, casi entregada.

–¿Lo deseas tú también?

–No –respondió Jemima en un arranque de voluntad, intentando resistirse al deseo que había estado reprimiendo durante tanto tiempo.

–Mentirosa –respondió él sin vacilar, haciendo gala de la confianza absoluta que tenía en su poder de seducción.

Ella, temblando, logró dar un paso atrás apartándose de él y sintiendo un infierno por dentro con el que sabía tendría que emplear todas sus fuerzas si quería vencerlo.

–Vete –repitió ella de nuevo con decisión.

–Llámame cuando recobres el sentido común –replicó Alejandro, dejando su tarjeta de visita en la pequeña consola que había en la entrada.

Se marchó cerrando la puerta tras de sí y dejando a Jemima sumida en un mar de confusión y de sentimientos encontrados. Estaba furiosa consigo misma por no haber sido capaz de resolver la situación. El sexo se había interpuesto en su camino y sólo había contribuido a complicar aún más las cosas entre ellos. Pero sabía que debía concentrar todas sus fuerzas en defender a Alfie contra las amenazas de Alejandro. Él había querido pasar allí la noche y acostarse con ella una vez más, como en los viejos tiempos. Sintió la sangre corriendo por sus venas. Había estado a punto de entregarse a él, de rendirse a su poderosa atracción sexual.

Trató de poner en orden sus pensamientos. No, Alejandro no había cambiado. Si le hubiese dejado pasar la noche con ella, eso no habría significado nada para él, ni habría mejorado la situación. Él seguía creyendo que se había acostado con Marcos y la odiaba por ello.

Tomó la tarjeta de visita y la arrojó con desdén a la mesa en un arranque de indignación. Alejandro había vuelto a decir, como siempre, la última palabra.

Sin embargo, tres años antes, cuando estaban saliendo juntos, a ella le había gustado la forma en que él se hacía cargo de todo y

miraba por ella, haciéndola sentirse protegida y segura. Con la perspectiva del tiempo transcurrido, se maravilló de la madurez y sensatez que había ganado a su lado. Por supuesto, ella era virgen cuando se conocieron. Nunca había tenido relación con otro hombre. Quizá por eso lo había idealizado demasiado y había creído que había algo especial entre ellos. Ni siquiera había sabido lo mujeriego que era hasta que un día una camarera del hotel donde trabajaba se acercó a ella, le enseñó una foto de un periódico y le dijo: «¿No es éste ese español con el que sale usted?».

Sí, en efecto, era Alejandro. Era una foto tomada en Londres, en una fiesta, en la que se le veía con una rubia espectacular que lucía un sugestivo vestido de noche. El comentario de la foto ponía de relieve su fama de conquistador y de ir siempre acompañado de mujeres hermosas. Ella se había resistido a creérselo a pesar de que Alejandro ya le había demostrado repetidas veces no ser precisamente un novio ejemplar, cancelando más de una cita a última hora sin dignarse siquiera a avisarla por teléfono. Él no se disculpaba nunca y, cuando ella le pedía explicaciones, le respondía con una encomiable sinceridad: «No estoy interesado en tener una relación seria. No quiero atarme de por vida».

Sintiéndose herida y humillada, pero contenta de no haber accedido todavía a acostarse con él, Jemima había puesto freno a sus sentimientos hacia él y había vuelto a salir de nuevo con su pandilla de amigos. Poco después, conoció a un contable de la ciudad, deseoso de ofrecerle una relación estable. Pero cuando Alejandro se enteró de que se estaba viendo con otro hombre, tuvo una fuerte discusión con ella. Él podía salir con las mujeres que quisiera, pero en cambio no soportaba que ella pudiera salir con otro hombre. Estuvieron algunas semanas sin hablarse. Ella sintió mucho la separación, pero pensó que era la única opción que le quedaba.

Sin embargo, apenas un mes más tarde, Alejandro había ido a verla y le había prometido no volver a estar con más mujeres que con ella. Jemima se había llevado una gran alegría. Localmente enamorada de él, su relación entró desde ese momento en una fase mucho más intensa e íntima, convirtiéndose en un apasionado romance. Él había alquilado una casa no muy lejos del hotel donde ella trabajaba y se pasaban juntos allí todo el tiempo que tenían libre. Nunca había sido tan feliz como durante aquellas semanas tan románticas que él había compartido con ella.

Sin embargo, Alejandro tenía su vida, sus negocios y su familia en España, y eso los mantenía separados mucho más tiempo del que

ellos hubieran querido. Así que, el mismo día en que ella cumplía veinte años, Alejandro le pidió que se casase con él. No le dijo que la amaba. Eso nunca llegó a decírselo. Se había limitado a decir que no podía seguir pasando tanto tiempo en Inglaterra con ella. Había planteado el matrimonio como una solución más conveniente para verse más a menudo y con mayor comodidad.

Él no la había llevado nunca a conocer a su familia. Sin duda, sabía que no daría su aprobación a su boda con una mujer inglesa que tenía tan poco que ofrecerle. A las pocas semanas de su proposición, se casaron en una iglesia de Londres en presencia de sólo un par de testigos. Ella no podía imaginarse lo que su vida en España podría llegar a ser. De hecho, exagerando un poco, podría habérsela comparado en aquel momento con un cordero camino del matadero.

Trató de borrar de su memoria todos aquellos tristes recuerdos que tanto dolor y frustración despertaban en ella. Levantó la cabeza, altiva, dispuesta a enfrentarse con la vida. Aquella muchacha ignorante, insegura y enamoradiza estaba muerta y enterrada. La Jemima actual era una mujer segura de sí y dueña de su propio destino. Con todo eso bien presente, descolgó el teléfono y llamó a Alejandro.

–Tenemos que vernos para hablar de Alfie –le dijo ella en tono acuciante.

–¿No podías habérmelo dicho antes cuando estaba contigo? –respondió Alejandro secamente.

–Yo no soy como tú. No lo tengo todo planeado de antemano.

–Está bien, ven con Alfie a mi apartamento de Londres mañana por la tarde.

–Sé que quieres volver a ver otra vez a Alfie, pero creo que es mejor no llevarlo. Es muy probable que acabemos discutiendo.

Después de llegar al acuerdo de que no fuera el niño con ella, Jemima colgó el teléfono y se quedó pensando qué as tendría que sacarse de la manga para convencerle de que su hijo no estaría en ningún sitio mejor que con ella, allí en Inglaterra.

Capítulo 4

EL apartamento de Londres no era el mismo que ella recordaba. El de ahora era más grande y estaba en un sitio más céntrico. Era muy elegante y tenía un estilo moderno y sencillo, mientras que el de antes estaba muy recargado, todo lleno de antigüedades y pesados cortinajes, propio de una familia acostumbrada a vivir en un castillo.

Un criado la acompañó a una gran sala. De las paredes colgaban unos cuadros muy llamativos de arte moderno. De nuevo se veía en ello la mano de una familia que era dueña de una famosa cadena de galerías de arte.

Al pasar frente a una ventana, vio reflejada su imagen en el cristal. Se miró detenidamente, llegando a la conclusión de que, a pesar de que se había puesto lo mejor que tenía en su armario, tenía un aspecto bastante informal y juvenil con aquellas botas altas de cuero negras, la falda corta negra y el suéter rojo. Ella no necesitaba tener ropa muy elegante para el estilo de vida que llevaba y prefería invertir el dinero en la tienda o ahorrarlo. Después de la infancia tan humilde que había tenido, se sentía satisfecha y feliz con la pequeña cuenta corriente que tenía en el banco.

Alejandro entró en seguida en la sala y se acercó a ella. Llevaba un elegante traje negro de raya diplomática y una camisa azul que realzaban sus anchos hombros, su estrecha cintura y sus piernas largas y musculosas. Tenía un poco de barba a esa hora de la tarde que le confería un aire sombrío pero varonil, y que le trajo viejos recuerdos de roces y besos en dulces despertares junto a él por la mañana. Llevaba el pelo todavía húmedo y un poco alborotado de la ducha. Alejandro era sin duda el hombre más atractivo que había visto en su vida. Sintió el corazón dando brincos en el pecho como una colegiala.

–¿Se ha quedado tu amiga cuidando de Alfie? –le preguntó él.

–Sí, pero estará en el parque de juegos con los otros niños. Es lo que suele hacer por las tardes.

Ella rechazó la bebida que le ofreció y se quedó mirándolo mientras él se servía un café solo bien cargado que perfumó toda la sala con su aroma inconfundible. De nuevo la asaltaron recuerdos

que hubiera preferido olvidar. Él le había enseñado a moler el café y a preparar lo que él llamaba un café como Dios manda. Había aprendido muchas cosas a su lado. Había comprobado que él sabía cocinar mejor que ella y desde el primer momento se había sentido cautivada por sus conocimientos y su elegancia en todas las situaciones. Recordó los dulces momentos antes de su matrimonio, cuando las cosas aún no se habían torcido entre ellos, cuando él la tomaba en brazos y la llevaba a la cama, y ella se sentía como transportada a otros mundos. Pero cuando su vida sexual prácticamente desapareció, no quedó ningún lazo de unión en su relación y su matrimonio comenzó a dejar de tener sentido. Él había perdido todo su interés por ella.

–No pude dormir anoche –dijo Jemima–. Estuve dando vueltas a lo que dijiste sobre Alfie.

–Le pusiste de nombre Alfonso por mi padre. Ha sido todo un detalle por tu parte.

–Le puse el nombre por mi abuelo Alfred –replicó ella, recordando a su querido abuelo, un humilde labrador, que quizá había sido el único miembro respetable de su familia y que había trabajado honradamente para ganarse la vida–. Por eso lo llamo Alfie, porque era así como llamaban a mi abuelo.

Alejandro la miró fijamente con sus impresionantes ojos dorados que parecían de oro bajo aquellas pestañas de tinta china.

–No podemos compartir la custodia de nuestro hijo viviendo en países diferentes –dijo él.

Jemima se alisó la falda a la altura de las caderas.

–Otras personas se las arreglan para…

–Quiero que mi hijo se eduque en España.

–Bueno, uno no puede tener siempre todo lo que quiere –afirmó Jemima muy serena. Alejandro dejó su taza vacía en la mesa y se acercó unos pasos a ella.

–Yo también estuve anoche pensando sobre esto y sólo veo dos posibilidades. Una, que regreses a España y lo intentemos de nuevo. La otra, que vayamos a juicio por la custodia de Alfie.

Jemima sintió el impulso de decirle todo tipo de cosas, pero prefirió callárselas. ¿Volver a vivir con él como antes? Eso era algo que jamás hubiera pensado.

–Volver contigo a España me parece una idea descabellada –dijo ella finalmente.

–Yo no lo veo así. Ante todo hay que pensar en nuestro hijo.

Jemima respiró profundamente tratando de calmarse y reflexionar sobre la situación. Comprendía que la mayoría de los

niños se sentirían más felices viviendo con el padre y la madre que no con sólo uno de ellos, pero tampoco era el fin del mundo.

–Si nosotros dos no somos felices juntos, ¿cómo puede serlo Alfie? No acierto a entender por qué planteas siquiera esa posibilidad.

–¿Tan ciega estás? –exclamó él mirándola fijamente–. Aún te deseo. Si no, no te lo habría dicho.

Un calor intenso subió por las mejillas de Jemima en forma de manchas de color escarlata. No esperaba oír una declaración así.

–¿Quieres decir que estás dispuesto a perdonarme?

–No, no llego a tanto –respondió él con una amarga sonrisa–. Lo que trato de decirte es que, si vuelves conmigo, haré todo lo posible por olvidar tus errores del pasado.

Jemima respiró hondo, herida en su orgullo, y sintió el pecho henchido de odio y resentimiento.

–Afortunadamente para mí, no tengo el menor deseo de volver a ser tu esposa. Quizá hayas podido creer que fue un gran honor para mí el que te casaras conmigo, pero lo cierto es que mi vida a tu lado fue un verdadero infierno.

Alejandro le dirigió una mirada fría como el hielo, cargada de rencor. Sin duda, creía que le había hecho una oferta muy generosa, brindándole la oportunidad de redimir sus infidelidades pasadas. Jemima pensó incluso que muchas mujeres, en su lugar, le habrían besado la mano agradecidas. Después de todo, era un hombre rico y atractivo. E increíblemente bueno en la cama. Pero no podía olvidar tampoco sus malos recuerdos... En el fondo, veía difícil que Alejandro pudiera cambiar. Era duro e inflexible como las piedras de su castillo. Él creía que lo había traicionado y ella sabía que, en su arrogancia y orgullo, era incapaz de perdonar y ver la otra cara de la historia. Él pensaba que ella era una mujerzuela y seguiría creyéndolo aunque viviesen juntos veinte años más.

–He rehecho mi vida y ahora soy feliz en mi pequeña ciudad –afirmó Jemima, tratando de aparentar una seguridad que no tenía–. Fui muy desgraciada en España y tú tampoco parecías muy feliz con una esposa como yo. ¿Por qué quieres volver a revivir el pasado?

–Porque tengo un hijo –respondió Alejandro–. Y porque las cosas podrían resultar mejor esta vez.

–¿Cómo? –exclamó Jemima, deseosa de conocer sus planes, aunque no tuviera intención de acatarlos.

–Ahora sé cómo eres. Ya no me haría falsas ilusiones. Nuestro matrimonio no sería más que un acuerdo de conveniencia por el bien de Alfie. Todo lo que te pediría sería que procurases guardar

las formas y que...

–Me acostase contigo cuando quisieras, ¿verdad? –preguntó Jemima, sintiéndose menospreciada.

–Agradece que sigas pareciéndome tan atractiva como antes, corazón mío. De lo contrario, no me habría dignado a hacerte esta propuesta.

Ella vio un fuego en sus ojos dorados que le hizo sentir de repente un calor intenso dentro de lo más íntimo de su cuerpo. Y le dio rabia reaccionar de esa manera después de todo lo que le había dicho. Pero su cuerpo parecía no obedecer al cerebro ni al sentido común, sino tan sólo a la atracción que Alejandro suscitaba en ella. Era algo casi magnético, aunque ella sabía que sólo podría acarrearle más problemas. Pensó entonces que quizá a él le pasase lo mismo y estuviese tratando también de controlar su deseo hacia ella.

–Parece como si te disgustase el hecho de me sigas encontrando atractiva– replicó Jemima.

–Bueno, nadie valora lo que tiene hasta que lo pierde. Además, este acuerdo creo que me dará la oportunidad de estar más encima de ti y dedicarte más tiempo que en el pasado. Quizá así consiga que te integres en la familia mejor que la otra vez.

Jemima no pudo resistir la tentación de interpretar las palabras de Alejandro por el lado sexual e imaginarse lo que querría decir con eso de estar encima de ella más tiempo que la vez pasada. Era consciente de lo vulnerable e indefensa que se sentía cuando estaba a su lado. Había tratado repetidas veces de vencer esa debilidad mostrándose fría y distante con él, pero siempre había fracasado, tal vez por falta de habilidad o por no haber elegido el momento oportuno. Como cuando lo intentó una vez después de que él ya hubiera perdido su interés por ella, tras quedarse embarazada. Demasiado tarde. Había cerrado la puerta del establo después de haberse escapado el caballo. Durante las últimas semanas de su matrimonio, Alejandro la había ignorado como si no hubiera existido.

–No puedo volver a España –le dijo de nuevo–. He trabajado mucho para levantar mi negocio y no quiero perderlo.

–Estoy dispuesto a sufragar, durante varios meses, los gastos de la tienda y el sueldo de una persona que se quede a su cargo. Eso te daría tiempo para buscar una solución a largo plazo.

Jemima se quedó sorprendida por aquella repentina oferta tan razonable, pero trató de resistirse.

–Creo que no podría volver a vivir contigo.

–Bueno, eso es algo que sólo tú puedes decidir –replicó él, encogiéndose de hombros con un gesto de arrogancia y altivez propias de su orgullo español–. Pero ten en cuenta que me he pasado dos años sin ver a mi hijo y no quiero perder un día más sin estar con él. Mi abogado está esperando que le comunique si deseo seguir adelante o no con la demanda sobre la custodia de Alfie.

–¡No pensarás que vaya a tomar una decisión tan importante aquí mismo! –exclamó ella.

–¿Por qué no? –replicó él arqueando una de sus cejas de ébano–. Creo que ya he sido bastante paciente y comprensivo. A ti en cambio no te importó privarme de mi hijo durante dos años. No creo que te quitara el sueño saber que, a muchos kilómetros de ti, había un hombre ignorante de que tenía un hijo.

Jemima se puso casi tan colorada como el suéter que llevaba al oír esa acusación, que por otra parte era cierta. Había celebrado el haberse marchado de España, aunque se pasó muchas noches llorando por el fracaso de su matrimonio, echándole a él toda la culpa de la ruptura. Ahora, con la perspectiva del tiempo transcurrido, reconocía que ella también había cometido algunos errores que habían contribuido a ese desenlace. No había sido lo suficientemente sincera como para compartir con él algunos secretos y había gastado mucho dinero. Pero eso no significaba que estuviera dispuesta a volver a reanudar su matrimonio. Ella quería mucho a su hijo y entendía por tanto la injusticia que había cometido con Alejandro privándole, durante dos años, de la satisfacción de conocer a su hijo.

–Podría quedarme en España un par de semanas –propuso ella como alternativa.

–Eso es muy poco tiempo. No solucionaría nada.

–No puedo comprometerme a volver a estar contigo el resto de mi vida. Sería algo terrible. ¡Hasta a los condenados por crímenes horrendos se les acortan las penas por buena conducta! –exclamó Jemima sin encontrar un argumento mejor–. Tal vez podría considerar la posibilidad de quedarme en España por un período de prueba, digamos de... tres meses.

–¿Y qué lograríamos con eso? –dijo él, frunciendo el ceño con una sonrisa burlona.

–Bueno, para entonces, sabríamos si nuestra relación podría tener un futuro y en caso contrario yo podría regresar a Inglaterra y seguir con mi vida de ahora –replicó ella con mucha convicción–. No te estoy asegurando nada, antes tendrías que firmarme un documento ante notario donde te comprometas a no tratar de

reclamar la custodia de Alfie mientras estemos en España. Eso sería aprovecharte de una situación de ventaja.

–La misma situación de ventaja que tú tendrías como ciudadana inglesa si reclamases la custodia de Alfie en un juzgado británico –afirmó Alejandro secamente.

–No creo sinceramente que podamos vivir juntos de nuevo –protestó ella con la mirada baja, paseándose por la habitación de arriba abajo con los brazos cruzados.

–¡Nunca ha habido un divorcio en mi familia!

–No creo que eso sea motivo de orgullo. Ya no estamos en la Edad Media. El que uno haya cometido un error no quiere decir que tenga que estar pagándolo toda la vida.

–¿Crees que sería bueno para nuestro hijo tener que crecer y educarse en el seno de una familia rota?

–Por mucho que lo deseemos, no podemos hacer que todo sea perfecto para Alfie.

–No, pero es nuestra responsabilidad buscar lo mejor para él, aunque eso conlleve sacrificios personales. Eso es, al menos, lo que yo pienso –dijo Alejandro.

–¡Cómo no! Tú siempre sintiéndote superior a los demás. Yo también quiero lo mejor para Alfie.

–Sin embargo, no te importó tratar de educarle sin un padre –dijo Alejandro en tono de crítica–. Si realmente deseas lo mejor para nuestro hijo, vuelve a España.

Aquello era un sucio chantaje, se mirase por donde se mirase. Un chantaje emocional y un chantaje moral. Él sabía el botón que había que pulsar para hacer que se sintiera culpable. Pero, si no había conseguido ser feliz con él dos años antes cuando le había dado lo mejor de sí misma, ¿qué podía esperar ahora? Aunque, pensándolo mejor, ¿había llegado ella a darle de verdad alguna vez lo mejor de sí misma? Visto de otra manera, ¿sería tan perjudicial para ella volver a intentarlo? Si la relación no funcionaba, sería desde luego un nuevo motivo de sufrimiento, pero al menos tendría la satisfacción de haberlo intentado.

Animada por ese último pensamiento, Jemima alzó la cabeza y miró a aquel hombre alto, guapo y moreno, que era su marido.

–Muy bien. Volveré a España, pero sólo me comprometo a estar allí tres meses –dijo ella, con voz temblorosa, consciente de la concesión que estaba haciendo.

Alejandro la miró impasible, sin mostrar sorpresa ni satisfacción.

–Está bien, será como tú quieras.

Jemima lo miró, repentinamente asustada, al darse cuenta de

que acaba de plegarse a sus planes. La había convencido para ir con Alfie a España como él quería. Había utilizado su amor de madre para que se sacrificara por el bien de su hijo. La había mirado con sus ardientes ojos dorados y le había dicho que la deseaba. Eso le había llegado al alma. Y también al cuerpo, a lo más sensible de ella. Y se había rendido.

–¿Has comido? –le preguntó Alejandro.

Jemima dio un paso atrás.

–No, pero no tengo hambre. Creo que debería volver a la tienda.

–Sí, lo comprendo, debes tener un montón de cosas pendientes. Me encargaré de contratar, en una agencia de empleo, a un gerente que se encargue de llevar la tienda durante tu ausencia. No quiero que esto se prolongue demasiado. Estoy deseando poder estar con mi hijo.

–Si piensas quedarte este fin de semana, podrías ir a verlo mañana sábado.

Alejandro asintió con la cabeza.

–¿Cuándo estarás preparada para volver a España?

–En cuanto consiga poner en orden las cosas de la tienda –contestó ella, dirigiéndose a la puerta para marcharse.

–Espera, te llevaré a casa –dijo él acercándose a ella.

–No, no te molestes. Estoy acostumbrada a ir en tren…

–Entonces, te llevaré a la estación, corazón mío.

Aquella amabilidad repentina caló muy hondo en la sensibilidad de Jemima. Por primera vez, después de mucho tiempo, había una persona que se preocupaba de ella.

Le acompañó hasta el aparcamiento donde tenía el coche. Entraron. Ella se abrochó el cinturón de seguridad mientras Alejandro la miraba sin perder detalle. Ahora la tenía a su merced, no podía retroceder ni escapar. Le pasó un brazo por el hombro, puso la mano en su mejilla, la atrajo hacia él y la besó. Ella sintió una corriente eléctrica por todo su cuerpo como si hubiese metido, sin darse cuenta, los dedos en un enchufe. Hundió los dedos en su pelo negro y sedoso y abrió los labios, entregada a su caricia. Creyó revivir los momentos gloriosos del pasado que creía ya olvidados, como si aquellos dos años en aquella ciudad hubieran sido sólo un largo sueño del que ahora estuviera despertando.

–¡Dios mío! ¡Cómo te deseo! –le dijo él con los ojos encendidos como antorchas, mirando a Jemima jadeante y con las mejillas arrebatadas–. Si te quedas, te prometo que gozarás conmigo.

Jemima apartó la mirada para poder resistirse a la tentación de aquellos ojos magnéticos que parecían atraerla a un fosa profunda

de deseo y placer.

–Nos veremos el sábado –dijo ella escuetamente.

De camino a casa, en el tren, estuvo recordando todo lo sucedido. La forma en que la había convencido. El deseo que había despertado en ella. No lograba comprenderlo. ¿La habría hipnotizado?

Sandy la recogió en la estación con la furgoneta de la tienda y la llevo a casa de Flora.

Veinte minutos después, Jemima estaba sentada en la mesa de la cocina de su amiga. Alfie estaba medio dormido en su regazo. Estaba rendido tras haberse pasado buena parte de la tarde jugando en el parque de juegos con sus amiguitos.

Flora miró a su amiga con gesto de incredulidad.

–No me lo puedo creer, dime que no es verdad... No, no hace falta que me digas cómo te ha ido, puede leerlo en tu cara. No lo entiendo, tenía la impresión de que odiabas a tu ex.

Jemima trató de explicar a su amiga por qué había tomado aquella decisión tan inexplicable.

–Alejandro me propuso que nos diéramos otra oportunidad por el bien de Alfie. No me pareció una idea tan descabellada. Cuando me fui de España, no sabía que seguía embarazada, de lo contrario probablemente no me habría ido.

–Cuando te conocí, eras un manojo de nervios y tenías la autoestima por los suelos. Yo no soy quien para criticar a tu marido, pero eso es lo que hizo de ti cuando estuviste con él en España.

–Es cierto que tuvimos muchos problemas en nuestro matrimonio, pero él no tuvo la culpa de todo. Además, Marcos está ahora en Nueva York y eso es… un problema menos –añadió con gesto de resignación recordando los últimos y estresantes meses que había pasado en España, los más angustiosos de su vida.

–Así que vas a darle otra oportunidad… –dijo Flora ahora en tono más conciliador–. Muy bien. Si es eso lo que quieres realmente… Deseo que todo te salga como esperas. Pero si no, quiero que sepas que dejas aquí a una amiga que estará dispuesta a ayudarte en todo.

Capítulo 5

HALSTON Manor era una zona, a pocos kilómetros de la ciudad, que tenía un parque recreativo para niños abierto al público casi todos los días del año. Siempre estaba muy concurrido.

Jemima, sentada en un banco, desde el que vigilaba a Alfie, vio llegar a Alejandro en su espectacular Mercedes. Había elegido aquel sitio muy cuidadosamente. Era un lugar al aire libre donde Alfie podría jugar libremente y ellos hablar sin interrupciones. Además, a él no se le ocurriría tomarse allí ninguna libertad con ella.

Alejandro se había vestido de manera informal, algo poco habitual en él. Llevaba unos pantalones vaqueros, una chaqueta oscura gruesa y un suéter negro. Tenía el pelo revuelto del aire que hacía. Todas las mujeres que había por allí se le quedaron mirando. Realmente llamaba la atención por su estatura, sus ojos, sus facciones tan varoniles y la radiante sonrisa con que se acercó a ella. Jemima, algo avergonzada, trató de no mirarlo. Estaba temblando. Como hacía un poco de frío, se metió las manos en los bolsillos de su chaquetón rojo y concentró toda su atención en Alfie, que estaba subiendo, muy entusiasmado, la escalera de un tobogán.

–Tiene todo el aire de la familia, no cabe duda –dijo Alejandro al llegar, con una sonrisa de orgullo y satisfacción–. Es un Vázquez de pura cepa, aunque tiene el pelo rizado como tú y se parece también algo a ti en los ojos y en la boca.

–Le he hablado de ti –replicó ella muy serena.

–¿Y cómo se lo ha tomado?

–Parece muy entusiasmado con la idea de tener un padre. Aunque no entiende realmente lo que es un padre ni lo que hace.

Como si tratara de dar respuesta a las dudas de su hijo, Alejandro se dirigió corriendo hacia el tobogán al ver que un niño, algo mayor que Alfie, estaba empujándolo para subir primero. Jemima vio cómo Alejandro agarraba a su hijo, cuando casi estaba a punto de caerse, y lo subía en volandas ante las risas del niño. Luego le montó en el tobogán y Alfie se deslizó por él a toda velocidad para que su padre viera lo valiente que era. Alejandro le aplaudió muy sonriente.

Jemima miró a los dos, extasiada, sin quitar ojo. Eran como dos

gotas de agua, el mismo pelo negro, el mismo color de cara y hasta el mismo brillo en sus sonrisas. Alfie la llamó para que fuese con ellos a los columpios. Ella se acercó, con rostro tenso y mirada cautelosa. No comprendía cómo, con lo mal que se habían llevado, podía haber tenido un hijo con Alejandro. Alfie se montó en un columpio y ella lo empujó. Después de un par de vaivenes, el niño quiso lucirse de nuevo con su padre y saltó en marcha, cayéndose al suelo y haciéndose un poco de daño en las rodillas. Se echó a llorar, aunque quizá más de emoción que de dolor.

Alejandro lo levantó del suelo como si fuera una pluma y lo montó en un caballito de madera que había en una plataforma. El niño dejó de llorar instantáneamente y lo miró sonriente. Jemima se quedó sorprendida de ver la mano que Alejandro tenía con los niños. Vio cómo se agachaba para limpiarle la cara a Alfie con su pañuelo, y cómo un instante después el niño abría las manitas y se abrazaba a su padre muy cariñoso. Luego vio también la expresión de Alejandro. Había un brillo especial en sus ojos y se veía que trataba a duras penas de contener su emoción.

Alfie se fue corriendo luego hacia su madre.

–Patitos... patitos –dijo, agarrándola de la mano–. ¡Papá! ¡Papá! –exclamó luego, llamando a su padre en español, como si lo hubiera estado haciendo toda su vida.

–Sí, vamos –dijo Jemima a Alejandro–. Tenemos que ir a dar de comer a los patos.

Alfie se puso delante de sus padres y se fue corriendo al lago.

–Es un niño encantador –dijo Alejandro–. Lo has educado muy bien estos años.

–Gracias –replicó ella, sorprendida por sus palabras.

–Sólo un niño feliz es capaz de aceptar así a un extraño.

Más relajada por esa muestra de aprobación, Jemima se apoyó en un árbol y contempló cómo Alfie echaba trozos de pan a los patos del lago mientras preguntaba a Alejandro cosas sobre ellos. La mayor parte de las cosas que Alfie decía no se le entendían o no tenían mucho sentido. Alfie era muy pequeño y tenía un vocabulario muy limitado, pero Alejandro se las arreglaba para mantener la conversación. Cuando Alfie acabó de echar todo el pan, Alejandro le tomó la mano y se puso a contarle una historia sobre el lago del castillo del Halcón y los patos que vivían en él.

–La agencia de empleo se puso en contacto ayer conmigo y me prometió mandarme un par de currículums a mediados de semana –le dijo Jemima.

–¡Estupendo! –exclamó Alejandro, mirándola fijamente con sus

ojos dorados coronados por aquellas pestañas tan negras y espesas que tenía, provocando en ella una gran excitación que se vio sin embargo cortada de raíz cuando él añadió bruscamente, cambiando de asunto–: Hay una cosa que he querido siempre preguntarte, ¿qué te daba Marcos que yo no te daba?

Jemima se apartó de él como si hubiera visto a un loco con un cuchillo en la mano. Luego, una vez recuperada la confianza en sí misma, alzó la cabeza, y lo miró desafiante.

–Hablaba conmigo, me llevaba a ver cosas, me presentaba a sus amigos... Le interesaba lo que yo decía y le gustaba mi compañía. Cosas que no podía decir de ti.

Alejandro sonrió irónicamente como burlándose de todas aquellas supuestas virtudes de su hermano.

–En primer lugar, Marcos te utilizaba para fastidiarme. Es un farsante. Tú lo descubriste por ti misma, ¿no es así? ¿O no es cierto que me dijiste que no había vuelto a ponerse en contacto contigo desde que te marchaste de España?

Jemima tuvo que reconocer, muy a pesar suyo, que en eso, Alejandro, tenía razón. Marcos le había fallado cuando más le había necesitado.

Pero prefirió no responder a la pregunta y se limitó, durante el resto de la tarde, a hablar con Alfie o a contestar a Alejandro con monosílabos cuando se vio obligada a hacerlo.

Un mes después, volaron a España. Un empleado de la finca de los condes de Roda fue a recoger a Jemima y a Alfie al aeropuerto con un todoterreno. Jemima esperaba que hubiera ido Alejandro a recibirlos, pero tampoco se extrañó mucho de no verlo. Ya sabía cómo era. Siempre estaba muy ocupado, tenía muchas cosas que hacer, y atender a su esposa no estaba entre sus prioridades.

Se sintió disgustada por ese recuerdo. Acababa de dejar atrás su hogar y su tienda, de los que estaba tan orgullosa. Un gerente se había hecho cargo de la tienda. Había llevado la mayor parte de sus cosas a un almacén para que pudieran alquilar su casa durante su ausencia. Pero todo el trabajo y esfuerzo que había puesto en la floristería y en hacerse una clientela, así como en la decoración de su casa, parecían ahora estériles y sin sentido. Bueno, después de todo, el acuerdo era sólo por tres meses, pensó. Le iba a costar caro haberse sometido al chantaje de Alejandro, pero a cambio podía seguir estando con su hijo. Eso era lo más importante.

El castillo del Halcón estaba en lo alto de una colina rocosa, dominando un valle exuberante en la comarca de Las Alpujarras de Granada, el último reducto de los árabes en España. Una serie de

pueblecitos con casas blancas de techos planos y empinadas carreteras adornaban las laderas de las montañas, mientras que en el llano florecían los olivos, los naranjos, los almendros y los viñedos. Los Vázquez habían gobernado aquel recóndito valle, como señores feudales, durante siglos y todos los vecinos del lugar saludaban con respeto a Alejandro, el actual conde de Roda, en recuerdo del poder y el ingente patrimonio que la familia seguía ostentando.

Sin embargo los Vázquez habían comprendido que el beneficio que sacaban arrendando las tierras a los campesinos era ahora insuficiente para mantener el estilo de vida al que estaban acostumbrados desde hacía tiempo. Por ello, el padre de Alejandro había abierto una galería de arte en Madrid y, pocos años después, el propio Alejandro, con su sagaz visión para los negocios, había convertido en una famosa cadena de galerías repartidas por todo el mundo y que les reportaba grandes beneficios. Había adquirido igualmente una red de hoteles y varias empresas financieras. No era de extrañar que, entre el vasto imperio de sus negocios y la administración de las fincas familiares, no tuviese apenas tiempo libre.

Siempre había tratado de mantenerse al margen de los medios de comunicación locales y extranjeros, aunque no le había sido nada fácil. No sólo era un hombre muy fotogénico y poseía uno de los títulos nobiliarios de más rancio abolengo de España, sino que además había disfrutado, antes de su matrimonio, de una intensa vida amorosa de gran interés para las revistas del corazón. Por ello, y a pesar de sus esfuerzos por pasar desapercibido, tanto su boda como su posterior separación habían gozado de una gran cobertura por parte de todas las revistas y periódicos locales.

Por eso, Jemima pensó que debería haber previsto la situación que se encontró nada más salir del aeropuerto. Le vino a la memoria la nube de reporteros y cámaras de televisión que la habían estado esperando, dos años atrás, en ese mismo aeropuerto para conseguir las imágenes de su salida de España. Pero había pasado mucho tiempo desde entonces. Había llevado una vida muy tranquila, alejada de todo aquello, y la irrupción de los paparazis en su vida privada la tomó completamente por sorpresa.

Le habría gustado saber también cómo demonios había conseguido enterarse la prensa de la aparente reconciliación con su marido y de que habían tenido un hijo. Tenía buenas razones para mostrarse precavida con los medios de comunicación. Sabía el daño que podían causar algunas fotos. Rezaba para que no se repitiese de

nuevo lo de la vez pasada.

Procuró aparcar sus preocupaciones y calmar los nervios, dedicándose a disfrutar de la belleza del pintoresco paisaje por el que discurría el todoterreno a través de un angosto camino entre bosques de robles y castaños. El coche se detuvo finalmente en la entrada de un patio rodeado de naranjos y macetas gigantes que llevaban el escudo de armas de los Vázquez.

Alfie miró, casi asustado, aquella fortaleza almenada del siglo XIII, toda de piedra y con unas esbeltas torres a cada lado.

Jemima llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta de color naranja sin mangas. Dejó a Alfie en el vehículo y se bajó. Se acercó a la gran puerta de roble tachonada y dio un par de aldabonazos.

María, el ama de llaves, una mujer de mediana edad, abrió la puerta a los pocos segundos, pero Jemima se echó a un lado para dejar paso a la imponente figura de pelo gris que apareció detrás de María. Era una señora mayor pero muy alta y corpulenta. La miró muy envarada con unos ojos negros que parecían echar fuego de indignación.

–¿Cómo te atreves a volver a mi casa? –le espetó doña Hortensia, bloqueando la entrada. Beatriz, su hija, apareció en seguida tratando de calmar la situación.

–Jemima, ¡qué alegría volver a verte! Mamá, por favor, por favor… –dijo juntando las palmas de las manos en un gesto de súplica–. Debemos respetar la voluntad de Alejandro.

Se la veía avergonzada por la escena tan desagradable que su madre estaba protagonizando, pero a la vez indecisa, con su lealtad dividida sin saber qué partido tomar.

El conductor sacó las maletas mientras Beatriz miraba al niño, que seguía dentro del vehículo.

–¿Es ése Alfie, Jemima? ¿Puedo ir a verlo?

Sin esperar la mirada de aprobación de su madre, Beatriz corrió al coche. El conductor tomó el equipaje y, con la gorra en la mano, pasó al lado de doña Hortensia haciéndole una reverencia.

–Buenas tardes, doña Hortensia –dijo Jemima, haciendo de tripas corazón, pasando detrás del conductor, con su bolsa de viaje colgada del hombro.

Estaba decidida a no responder a las provocaciones de su suegra. Se sentía mucho más segura y capaz que dos años antes y no se iba a dejar intimidar tan fácilmente como entonces.

Con una cara radiante de satisfacción, Beatriz volvió llevando a Alfie de la mano.

–Mamá, míralo –dijo ella entusiasmada.

Doña Hortensia miró hacia abajo. Allí estaba su pequeño nieto. Por un instante, la dureza de su expresión pareció suavizarse, pero al instante volvió a mirar a su nuera con gesto sombrío.

–Este niño, el hijo y heredero de Alejandro, es lo único bueno que has hecho en tu matrimonio.

Jemima se mordió la lengua para no contestarle como se merecía. ¿Qué podría decirle, después de todo? La madre de Alejandro nunca la había aceptado. Su hijo se había casado con una mujer corriente, una trabajadora y extranjera, por más señas, en lugar de con una rica heredera de la aristocracia española como ella soñaba, y doña Hortensia era demasiado obstinada, arrogante y llena de prejuicios como para cambiar de actitud. La vez anterior, se había encargado de hacerle la vida imposible en el castillo, pero ya no estaba dispuesta a interpretar el papel de víctima.

Beatriz acompañó a Jemima por la escalera de madera labrada tratando de ser lo más amable posible con ella. Las paredes del vestíbulo y de las escaleras estaban llenas de viejos retratos al óleo de los antepasados de la familia con gestos muy lúgubres y sombríos. Al lado de ellos, pensó Jemima con ironía, Alejandro, con toda su seriedad, era un dechado de alegría y buen humor.

–Alejandro ha contratado a una niñera para que te ayude con Alfie –le dijo Beatriz.

–Tu hermano siempre pensando en todo –replicó Jemima, tras pensarse la respuesta.

–Plácida es una chica muy despierta, es hija de uno de nuestros arrendatarios.

–Estoy segura de que será perfecta para cuidar de Alfie –dijo Jemima tratando de ser amable.

–Éste es el cuarto que he escogido para Alfie –dijo Beatriz muy ufana, abriendo las puertas de par en par, para que viera la habitación que había arreglado para el niño, en la que podía verse una cuna, una cama de niño y un montón de juguetes–. Claro que si te gusta más otra…

–No, ésta está bien. ¿Te has encargado tú de los juguetes?

–No, ha sido cosa de mi hermano –dijo Beatriz echándose a reír–. ¿Te puedes creer que fue a comprarlos él mismo?

–Si no me lo hubieras dicho, nunca lo habría creído –admitió Jemima.

Sabía lo poco que le gustaba a Alejandro ir de compras. Valoró positivamente las molestias que se había tomado por su hijo, aunque ella hubiera preferido que en vez de comprarle aquellos

juguetes tan caros, hubiera ido él en persona a recibirlo. Aunque, por otra parte, a ella la habían recibido con todos los honores el primer día que había llegado a aquel castillo como esposa de Alejandro, y sin embargo después…

Alfie, entretanto, se dirigió muy contento a donde estaban los juguetes y se puso a rodar por la habitación un cochecito de carreras. Su tía lo observó, extasiada.

–Debes de estar muy orgullosa de él, ¿verdad?

Jemima sintió pena por Beatriz. Tenía treinta y cinco años, pero seguía pegada a las faldas de su madre que, a lo largo de los años, no había visto en ninguno de sus pretendientes un marido digno para ella. Obediente y sumisa, la hermana mayor de Alejandro llevaba una vida sedentaria y tranquila de solterona, más propia de una mujer mayor.

Poco después, se presentó Plácida, una joven menuda de pelo negro. Tras una charla amena y distendida, Jemima dejó a Alfie con Plácida y Beatriz, y salió de la habitación. Cruzó el pasillo y entró en la lujosa suite de la torre, en la que había vivido con Alejandro hasta que su embarazo los había separado. Le resultó casi irreconocible, habían cambiado todos los muebles y una combinación de colores pálidos salmón y mostaza dominaba la estancia. Ya no tenía aquel aspecto lúgubre y oscuro que tanto había odiado, pero que era tan del gusto de doña Hortensia porque, según ella decía, todas las paredes habían sido pintadas a mano por un artista hacía muchos años y tenían que seguir así hasta la eternidad. Una criada estaba sacando su ropa de las maletas y poniéndola cuidadosamente en el vestidor.

La asaltó de nuevo la sospecha que había tenido desde el principio. La ausencia de Alejandro en el aeropuerto era la prueba de que nada había cambiado desde que lo dejara dos años atrás. Y había quedado también patente su arraigada costumbre de imponer su autoridad en todos los asuntos y sobre todas las personas a su alrededor. Haber contratado los servicios de Plácida demostraba que no pensaba contar con ella para nada. Pero no estaba dispuesta a ocupar un lugar secundario en la vida de su hijo.

Cuando la sirvienta se marchó, Jemima aprovechó para ducharse y luego fue al vestidor para ponerse ropa limpia. Se sorprendió al ver los estantes repletos de vestidos de marcas de moda y los cajones igualmente llenos de ropa interior, todo de su talla. A su lado, la ropa que ella había llevado en la maleta parecía de un rastrillo. Alejandro, que odiaba entrar en una tienda, incluso para adquirir su propia ropa, se había tomado la molestia de

comprar todo eso para ella. Tal generosidad era muy propia de él, pero a ella le hacía sentirse incómoda. ¿No confiaba en que ella se vistiera por sí misma con la elegancia necesaria?

En contra de lo que era habitual en ella, desechó la idea de bajar a cenar con su altiva suegra vestida de cualquiera manera y sucumbió a la tentación de ponerse uno de aquellos vestidos nuevos. Eligió un vestido azul zafiro muy elegante, se puso unas sandalias y se fue a ver cómo estaba su hijo. Alfie estaba muy contento, jugando en el baño bajo la atenta mirada de Plácida. Jemima habló con ella, usando un español algo oxidado, y se enteró por la chica de que Alfie ya había cenado. Decidió volver entonces a su habitación.

Mientras se estaba peinando, se abrió la puerta y apareció Alejandro quitándose la corbata según entraba. Se sorprendió de no verlo con su elegancia y pulcritud habituales. A la luz de un sol a punto de ocultarse ya por el horizonte, pudo verlo con el traje medio arrugado y polvoriento, el pelo revuelto y la cara ya con un poco de barba a esa hora de la tarde, que le daban un aspecto más oscuro a sus facciones, ya de por sí, bastante morenas. Pero, con todo, tenía un aspecto espectacular, muy masculino y terriblemente sexy. El calor que comenzó a sentir por dentro daba buena prueba de ello.

–Le dije a María que cenaríamos los dos solos esta noche en la habitación de al lado. Déjame diez minutos para darme una ducha –dijo Alejandro despreocupadamente.

Pero sus penetrantes ojos dorados no se perdieron detalle de la melena rubia y rizada que enmarcaba su rostro ovalado, ni de las curvas seductoras que se adivinaban bajo la delicada tela de su vestido. Fue una mirada que recorrió todo su cuerpo de forma tan ardiente y sensual, que ella se sorprendió de que no empezara a echar humo y que por el contrario contribuyera sólo a alimentar su resentimiento.

–¿Por qué me miras de ese modo? –le dijo Jemima, indignada por la confianza que se había tomado con ella, preparando, sin consultarla, aquella cena romántica para dos.

Iba a necesitar mucho más que un simple detalle para conseguir que ella se convertirse en la esposa obediente y sumisa que él, sin duda, deseaba.

–Lo sabes muy bien –respondió él, quitándose la chaqueta y desabrochándose luego la camisa.

Jemima trató de mantener la calma. No necesitaba una bola de cristal para saber que no era un signo de inteligencia en una mujer

quejarse a su marido por prestarle más atención. ¿Por qué iba a darle el gusto de manifestarle su decepción por no haber ido a esperarla al aeropuerto cuando él ni siquiera se había molestado en llamarla por teléfono para disculparse? Después de todo, ya sabía cómo era y parecía difícil que pudiera cambiar.

–¡Soy una imbécil! –exclamó ella de repente, sin poder contener sus sentimientos por más tiempo–. Llegué a pensar que esta vez sería diferente... que harías un esfuerzo para que las cosas funcionaran.

–¿De qué estás hablando? –dijo Alejandro, quitándose la camisa y dejando al descubierto un pecho musculoso, salpicado de un sedoso pelo negro rizado, y un vientre duro y plano con unos abdominales de ensueño.

Jemima se giró de nuevo hacia él. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad y se sintió como bloqueada, como si fuera incapaz de articular palabra, hipnotizada por el atractivo físico del hombre que tenía frente a ella.

–Llegué aquí hace un par de horas. ¿Cómo crees que me sentí cuando tuve que soportar el recibimiento hostil de tu madre sin estar tú presente? No se te ocurrió pensar, por una vez en tu vida, que deberías haber estado al lado de tu mujer en un momento así, ¿verdad?

–Dejé un mensaje a mi madre para ti. ¿No lo recibiste?

–Tu madre me odia a muerte. ¿Eres tan ingenuo como para pensar que se tomaría la molestia de dármelo?

–Si no lo recibiste, te pido disculpas –dijo él, despojándose del resto de la ropa y entrando desnudo en el cuarto de baño como un escultural dios griego.

Aquella respuesta ambigua le sacó de quicio a Jemima.

–No creas que con esa flema aristocrática vas a avasallarme ni vas a conseguir que me calle –replicó ella.

–No creo que haya nadie en el mundo capaz de hacerte callar –dijo él con toda intención, abriendo el grifo de la ducha y dando por zanjada de momento la discusión, dado que previsiblemente sería incapaz de oírla con el ruido del agua.

Pero Jemima estaba tan furiosa, que no podía callarse. Y para colmo, la parsimonia con que Alejandro se había desnudado delante de ella antes de entrar en la ducha había terminado de desquiciarla.

–¡Te odio cuando me tratas así! –le dijo ella casi gritando.

Mientras Alejandro se duchaba, Jemima se puso a dar vueltas por la habitación recordando lo desgraciada que había sido en aquel castillo. Por nada del mundo estaba dispuesta a pasar otra vez por

la misma experiencia. Y sin embargo, ¿no había aceptado volver con Alejandro por el bien de Alfie?, ¿cómo podría beneficiarse su hijo de todo aquello cuando su madre sentía deseos de matar a su padre a sangre fría?

Cesó de repente el ruido del agua y apareció, al poco, Alejandro con una toalla blanca alrededor de la cintura, con el pelo húmedo echado hacia atrás y con el cuerpo salpicado aún de gotas de agua.

–No, no me odias. Sé muy bien que no –dijo él secamente.

–No sé de dónde sacas esa conclusión. Cuando rompimos nuestra relación, no podía soportarte.

Alejandro se acercó a ella y ella retrocedió unos pasos.

–Pero, ¿por qué? –dijo él muy tranquilo haciendo una pregunta que sabía iba a responder él mismo–. ¿Porque me di cuenta de que estabas con Marcos? ¿Porque te pedí que me explicaras lo que hacías con todo el dinero que te daba? Cualquier hombre habría hecho lo mismo con su esposa.

–En primer lugar, te dejé porque no tenías confianza en mí y no te creías nada de lo que te decía. Pero tenía un montón de buenas razones –afirmó Jemima desafiante con sus ojos brillantes como estrellas.

–Tengo hambre. Quiero vestirme y comer. No tengo ganas ahora de escenas melodramáticas.

Jemima sintió una oleada de rabia que la hizo crecerse ante él.

–Alejandro… Nunca hay un momento adecuado para hablar contigo. Pero te sugiero que, por una vez, pienses en lo que pudiste hacer para contribuir a la ruptura de nuestro matrimonio y dejes de echarme a mí la culpa de todo.

–Dejemos el pasado atrás. Olvidémonos de él.

–¿Cómo te atreves a decir eso cuando me estás echando en cara a todas horas las cosas que hice? –exclamó Jemima furiosa.

–Está bien, di lo que tengas que decir, pero por favor sé breve, tengo un hambre de lobo.

–Tú me obligaste a vivir bajo el mismo techo que tu madre.

–El castillo es muy grande.

–Doña Hortensia me aborrece y me hizo la vida imposible la otra vez que estuve aquí, sin que tú movieras un dedo en mi favor.

–Creo que exageras. ¿Qué entiendes tú por hacerte la vida imposible? –replicó Alejandro con un tono de incredulidad.

–Cada vez que le pedía algo a una persona del servicio, se iba corriendo a pedir la aprobación de tu madre, porque ella había dejado claro al personal que ella era la única dueña y señora de la casa. Casi nunca podía hacer lo que quería porque ella se encargaba

de dar las órdenes contrarias a las mías. Fue muy humillante para mí. Criticaba todo lo que yo hacía y, cuando tú no estabas, se negaba a dirigirme la palabra durante las comidas y me insultaba descaradamente delante de los invitados. Pregunta a tu hermana si no me crees. Beatriz odia las confrontaciones familiares, pero sé que no te mentirá si se lo preguntas con tacto.

–Lo comprobaré –dijo él con mucha serenidad.

–Así que sigues sin fiarte de mí, ¿verdad? –exclamó Jemima con los puños apretados.

–Bueno, ya que veo que estoy condenado a morirme de hambre esta noche, dime, ¿de qué más se me acusa? –replicó Alejandro con una sonrisa irónica.

–Tú tuviste la culpa de que me quedara embarazada de Alfie –afirmó ella, mirándolo con ojos acusadores, indignada por su prepotencia.

–Tú quieres mucho a nuestro hijo. No puedes guardarme rencor por eso.

–Lo hice cuando descubrí que estaba embarazada. No tuviste cuidado entonces. Ni te preocupaste de usar preservativos y yo pagué las consecuencias –dijo ella con los ojos encendidos, recordando ruborizada la erótica escena de amor que protagonizaron en la ducha y que tuvo como resultado aquel embarazo no planificado–. Acabábamos de casarnos hacía unos meses y yo era aún muy joven para ser madre. No me sentía preparada para tener un bebé, y lo que tuve que soportar en esta casa durante el embarazo, aguantando además tus desprecios, no contribuyó precisamente a ayudarme a sobrellevarlo. Todo lo contrario, me hizo sentirme más atrapada que nunca, pero claro a ti eso no te preocupaba lo más mínimo, ¿verdad?

–No, no es cierto, pero tú no me dijiste nada en aquel momento. Claro que me di cuenta de que no estabas contenta, pero supuse que era por los dolores del embarazo. Bueno, a partir de ahora ya no tendrás que preocuparte de nada. Olvida las malos momentos y mira hacia el futuro.

–Muy bonito. Así que borrón y cuenta nueva, ¿verdad? ¡Y mientras, echándome a mí en cara todos mis errores! –exclamó Jemima llena de resentimiento.

–Alfie no es un error, Jemima. Es lo mejor que nos ha pasado –respondió Alejandro con una voz emocionada, muy rara en él, y con una mirada tan expresiva, que parecía casi hablar por sí misma.

–Yo no quería decir eso –replicó ella a punto de echarse a llorar.

–Entonces, dime, ¿qué querías decir?

–¿Lo ves?, siempre pensando lo peor de mí –replicó Jemima sin poder reprimir las lágrimas.

–No, no es verdad –dijo Alejandro agarrándola por los hombros y estrechándola contra su pecho–. Pero me cuesta entender cómo puedes querer tanto a Alfie y aborrecer de ese modo la forma en que te quedaste embarazada de él. Sigues echándome la culpa por un descuido que tuve, pero quizá deberías pensar también en tu propia responsabilidad.

Jemima lo miró a los ojos y sintió como una especie de letargo apoderándose de ella. Escuchó el rumor de la sangre corriendo por sus venas y el acelerado latido de su corazón. Y luego percibió, en la boca del estómago, aquel deseo ardiente y electrizante que sólo él era capaz de encender. Alejandro inclinó suavemente la cabeza a un lado y la besó. Su lengua se movió dentro de la boca de ella con sorprendente habilidad y luego se entretuvo en saborear y mordisquear su carnoso labio inferior hasta que ella lanzó un largo gemido de placer.

La besó hasta que su corazón empezó a desbocarse y comenzó a quedarse sin aliento. Jemima sintió la mano de él bajándole la cremallera de atrás de su vestido y luego soltándole los tirantes de los hombros hasta que el vestido cayó al suelo junto a sus pies. La levantó como una pluma y se dirigió con ella en brazos hacia la cama, mientras ella se quitaba las sandalias con la punta de los pies y las dejaba caer al suelo. Jemima se sentía atraída poderosamente por su fuerza y su seguridad en sí mismo. Sabía que no podía engañarse fingiendo que estaba siendo seducida en contra de su voluntad. Igual que sabía que tampoco sería capaz de decirse a sí misma que la había sorprendido en un momento de debilidad. Porque la realidad era que ella accedía gustosa a dejarse llevar a la cama, movida por un deseo sexual irrefrenable que sentía en lo más íntimo de su ser.

–No deberíamos –le susurró ella en voz baja, acariciándole la mejilla con la mano y luego los labios con la yema del dedo pulgar.

–Se acabaron los juegos de antes, corazón mío –afirmó Alejandro en tono de reprobación.

Jemima se quedó desconcertada por ese comentario. Apartó la mano de su mejilla y lo miró fijamente.

–¿Qué estás tratando de decir...?

Capítulo 6

SI no hay compromiso, no hay sexo –exclamó Alejandro–. Ésa era tu política de antes. Usabas el arma clásica de las mujeres.

–¡Eso no era un juego ni un arma! –protestó Jemima, herida en su amor propio de que él pudiera pensar una cosa así de ella.

Lo que de verdad había pasado era que ella, al darse cuenta del amor tan profundo que sentía por Alejandro, había intentado protegerse de la única manera que había encontrado. Negarse a tener relaciones sexuales con él, sabiendo que se acostaba con otras mujeres, le había parecido una postura lógica y de sentido común, más que una forma de manipulación.

–¿Por qué lo niegas? –exclamó Alejandro, bajando la cabeza hacia ella y raspando suavemente con la barbilla toda la línea de su cuello y repitiendo luego el itinerario con la boca, a lo largo de todos esos lugares que él había convertido en zonas erógenas a través de sus insistentes caricias–. Fue muy efectivo. Conseguiste que acabara deseándote a ti y sólo a ti. Sí, te deseaba tanto, que la idea de tenerte me parecía como ganar el premio gordo. Y tengo que admitirlo, al final, fue aún mejor de lo que esperaba.

–Pero no fue un juego –replicó ella, ruborizada–. Al menos para mí. Recuerda que era una mujer sin experiencia.

–Y yo te lo agradecí sobradamente casándome contigo –le recordó Alejandro.

Jemima acababa de tener una visión inquietante de cómo él había visto aquellos meses previos a su matrimonio. Parecía evidente que todo su interés por ella había girado en torno a su obsesión por poseerla, y esa idea había avivado su deseo hasta el punto de pedirla en matrimonio. Con esa base tan poco sólida, no era de extrañar que su relación hubiera fracasado.

El deseo físico era sólo algo pasajero y fugaz, se dijo ella, incluso ahora, cuando él la tomó por las caderas apretando su cuerpo contra el suyo en un movimiento que hizo brotar una oleada de placer en cada palmo de su piel.

Alejandro bajó la cabeza para recorrer con la boca las pálidas lomas de sus pechos aún revestidos por un pequeño encaje de seda turquesa. Soltó el cierre del sostén y miró con deleite aquellos senos

suaves y turgentes que parecían hechos a la medida de sus manos. Ella soltó un gemido de placer cuando él agarró las puntas de sus pezones entre los dedos pulgar e índice y se puso a frotarlos hasta que aquellas puntas rosáceas se pusieron duras y rígidas. Entonces ella se rindió a él, sin reservas ni inhibiciones.

–Me encantan tus pechos –susurró él–. Son de una exuberancia sorprendente en ese cuerpo tan menudo.

Jemima arqueó la espalda para ofrecer un contacto más íntimo con su cuerpo. Él, echado sobre ella, volvió a contemplar las delicadas aureolas rosadas que acababa de estimular con los dedos y volvió a acariciar sus pezones de nuevo, ahora con los labios y la lengua. Como si ella tuviera un nervio que comunicase de forma directa sus pechos con las ingles, sintió de forma instantánea un calor húmedo muy intenso entre los muslos. Un dedo furtivo se infiltró entonces por entre la tela de las braguitas y ella se estremeció. Dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó un gemido de placer. Lo deseaba tanto, que sufría en la espera.

–¿Tienes idea de cuántas veces he soñado con este momento en las últimas semanas? –le dijo Alejandro con la mirada encendida mientras le quitaba las braguitas y le separaba las piernas con la rodilla.

Jemima estaba temblando. Se debatía en una lucha interior. Su reflexión anterior, sobre que el deseo físico era sólo algo pasajero, parecía frenar su libido, y yacer desnuda para deleite de él la hacía sentir cierto complejo de aquellas partes de su cuerpo de las que no se sentía muy satisfecha. Siempre había pensado que tenía las piernas demasiado cortas y que sus pechos y sus caderas eran demasiado grandes para su estatura. Cuando ella trató de apartarse de él, Alejandro la besó con pasión haciéndola olvidar todos sus temores.

–Por favor… –dijo ella con voz temblorosa, impaciente, apremiándolo.

–No, antes quiero disfrutar de ti… Espera –dijo Alejandro, con la voz entrecortada jugando con los delicados pliegues nacarados de entre sus muslos.

–No me mires –le pidió ella, debatiéndose entre la excitación que sentía y su deseo de mantener el control de la situación.

Él la tocó entonces con suma delicadeza, sabiendo el lugar exacto donde hacerlo, la presión justa y el ritmo adecuado. Ella gritó de satisfacción y cerró los ojos. Le acarició la cara interna de los muslos con la lengua, subiendo luego hasta su lugar más íntimo y sensible, recreándose en él, lamiéndolo una y otra vez con la

punta de la lengua hasta llevarla al clímax. Jemima se vio sumida en una vorágine de voluptuosidad que la transportó a unas alturas de vértigo, dejándola exhausta, sin energías y estremeciéndose entre espasmos y sollozos de placer.

Entonces, él se apartó justo cuando ella más deseaba sentirlo. El mundo parecía estar a miles de kilómetros de aquella burbuja de placer y bienestar en que ella se sentía inmersa.

Oyó el ruido de un cajón al abrirse y luego el de una mano rasgando un sobre. Unos segundos después, Alejandro estaba de nuevo a su lado y comprendió que, tras la conversación que habían tenido antes, no quería correr el riesgo de volver a dejarla embarazada.

Notó en seguida que Alejandro estaba muy excitado y su erección volvió a despertar en ella un deseo tan ardiente y apremiante, que creyó no ser capaz de poder esperar hasta consumar el acto final entre los dos. El orgasmo anterior no había satisfecho plenamente el deseo profundo de sentirlo dentro de ella. Sintió su miembro poderoso, largo y duro, penetrándola lenta pero profundamente. Comenzó a jadear al ritmo de su empuje, y pareció perder la visión de la realidad mientras un fuego líquido le recorría todo el cuerpo.

Era como estar atrapada en el ojo de un huracán. Un especie de tormenta salvaje parecía avivar su, ya de por sí, creciente excitación, pidiendo desesperadamente su culminación final. Alejandro marcó entonces un ritmo frenético. Estaba desenfrenado. Su ritmo cardíaco parecía seguir el compás de sus rápidas acometidas. Jadeando, ella acompañó con su cuerpo los movimientos de él, sintiendo un placer cada vez mayor y más intenso. Ya cerca del final de aquel trepidante viaje de placer, ella lanzó un alarido casi salvaje y comenzó a retorcerse cuando las convulsiones del segundo clímax se adueñaron de ella. La intensidad del orgasmo le hizo casi perder el conocimiento. Tardó en recuperarse unos cuantos segundos.

–Dios mío. Ha sido algo increíble –exclamó Alejandro, aún abrazado a ella–. ¡Y pensar que tenía miedo de no ser capaz de hacerlo contigo por lo de Marcos! Pero rezumas tanto erotismo, que uno tendría que ser de piedra para resistirse –Jemima se puso tensa al escuchar aquella forma particular de ver las cosas y trató de contestarle, pero un dedo largo y moreno selló sus labios–. He tenido un día muy duro, querida, no tengo ganas de discutir.

Frustrada por no poder expresar su opinión sobre su obstinada falta de confianza en ella, se apartó de él y se dio la vuelta en la

cama mirando hacia el otro lado. Sus ojos brillaban de indignación bajo su pelo rubio revuelto y su carne seguía aún trémula y algo escocida por las caricias de él aún sin afeitar, pero en el fondo de su alma sentía como si un pozo que había permanecido vacío durante aquellos dos años, que había estado lejos de él, se acabase de llenar de felicidad y placer. Sus relaciones sexuales siempre habían sido explosivas. Pero tendría que pasar mucho tiempo para poder olvidar la vergüenza de haberle descubierto tan abiertamente el deseo que despertaban en ella sus caricias.

Alejandro volvió la cabeza y la miró desde la profundidad de sus espectaculares ojos dorados casi tapados por sus espesas pestañas de ébano.

–No podemos llevar un matrimonio feliz si no aceptamos todo lo que sucedió entre nosotros en el pasado.

Ella hizo un gesto de desdén. Él no sólo seguía sin confiar en ella, sino que además ahora se negaba a escucharla. ¿Qué clase de reconciliación podía esperar en el futuro si seguía creyendo en su infidelidad de forma tan obstinada?

–Una ducha y luego a cenar –dijo Alejandro apartando las sábanas de la cama. Sus palabras sonaron como una orden en el silencio reinante en la habitación.

La agarró de la mano y tiró de ella para ayudarla a bajarse de la cama por el mismo lado en que él estaba.

–¿Dónde estuviste hoy? ¿Qué es eso tan importante que tenías que hacer para no poder ir a recibirnos a tu hijo y a mí al aeropuerto? –preguntó ella bruscamente mientras él la llevaba de la mano hacia el cuarto de baño.

–Pepe, uno de los trabajadores de la viña, tuvo un accidente con el tractor. Resultó gravemente herido –respondió Alejandro, con un rictus de tristeza–. Me quedé en el hospital acompañando a su esposa. El único hijo que tienen vive en el extranjero y el resto de sus familiares son todos muy mayores. Pepe no sobrevivió. Después, llevé a su esposa a casa y presenté mis condolencias al resto de la familia...

Jemima se quedó consternada al oírlo.

–Sí, me imagino lo terrible que debe haber sido. Lo siento. Si lo hubiera sabido, no te habría dicho nada.

–Pero no lo sabías, así que tenías derecho a quejarte.

La velocidad con que dio por zanjada la cuestión le dio a entender que no quería discutir más sobre el asunto. Sí, no exageraba cuando le había dicho que había tenido un día muy duro.

Alejandro entró en la espaciosa ducha de cerámica. Abrió el

grifo dejando que el agua corriera por su musculoso cuerpo bronceado. Se echó un poco hacia atrás y se apoyó en la pared unos segundos cerrando los ojos. Ella se dio cuenta de lo cansado que estaba. Se sintió culpable. Era algo habitual cuando estaba con él. Alejandro siempre la hacía sentirse así. Pero pensó que la culpa era también de él por no contarle las cosas y no ser más sincero con ella. La esposa de Pepe y su familia habrían encontrado, sin embargo, un gran consuelo y apoyo en él. Tener a un hombre fuerte y seguro de sí mismo al lado era siempre de mucha ayuda.

Sabiendo eso, ella se había preguntado a menudo por qué él no se había ocupado más de ella cuando lo necesitaba. Sería una insensatez, por su parte, tratar de olvidar que él había vuelto con ella sólo para poder vivir con su hijo en España.

No se molestó en cambiarse de nuevo. Se volvió a poner el vestido azul de raso y se reunió con Alejandro en la sala anexa al dormitorio, donde se iba a servir la cena. Él llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta negra. Con esa ropa más informal, parecía más joven y accesible. Y tan atractivo e irresistible como siempre. Había un gran jarrón de margaritas blancas adornando la mesa redonda que le trajo a la memoria aquella vez en que doña Hortensia había retirado con malos modos un arreglo floral muy parecido que ella había colocado como centro de mesa. En aquellos días, era muy ingenua y susceptible. Carecía de la madurez necesaria para haber sido una verdadera esposa, y menos aún una madre responsable, y había cometido más de un error, tomando decisiones equivocadas en las situaciones difíciles.

Alejandro contempló a su esposa con atención desde el otro lado de la mesa. Aun sin maquillar, y con el pelo rizado algo revuelto, estaba radiante con aquel color tan peculiar de sus ojos, su piel inmaculada y ese aspecto de fragilidad que emanaba. Habían hecho el amor y había sido algo maravilloso. Sin embargo, no estaba plenamente convencido de haberla llevado hasta donde hubiera deseado. Frunció el ceño al recordar la condición que ella había impuesto de estar allí con él sólo por tres meses. Era, sin duda, su polo opuesto. Era impulsiva, caprichosa y, a su modo de ver, una manirrota. Resultaba casi imposible predecir lo que iba a hacer en cada momento.

Una vez más, se debatía en una lucha interna consigo mismo, como siempre le había ocurrido en su relación con ella. ¿Cómo podía haber renunciado tan fácilmente a sus principios por una esposa infiel? Una esposa infiel que ni siquiera tenía la dignidad de reconocer su culpa. Una mujer ambiciosa que, si había conseguido

salir adelante en Inglaterra, sin su ayuda económica, había sido sin duda porque ya se había cuidado bien de sacarle varios miles de euros antes de abandonarle. ¿De qué otra manera si no? Era algo denigrante para un hombre como él, acostumbrado a sentirse adulado y acosado por las mujeres.

Pero, ¿con qué derecho podía hablar de moral? Él había utilizado a su hijo como un arma para chantajearla y que volviese a España. Sin embargo, sorprendentemente, no se sentía en absoluto culpable de ello. Todo lo había hecho por el bien de su hijo. Para tratar con una mujer como ella, se requería hacer uso de algunas medidas extraordinarias.

Tomó un sorbo de vino y lo saboreó en el paladar. Era de una buena añada.

Siguió, entre tanto, dando vueltas en la cabeza a sus pensamientos. Jemima colmaba sus deseos sexuales, pero no era una buena esposa para él. Un hombre debía aspirar a tener una mujer decente y responsable, no a una infiel, mentirosa y derrochadora. Pero cuando recordó aquel día, en aquella pequeña ciudad inglesa, y a aquel hombre babeando por ella, su libido de macho dominante y su instinto de posesión se dispararon hasta límites inimaginables. Se había pasado noches enteras en vela, dándose duchas de agua fría, sólo pensando en la posibilidad de que algún hombre pudiese acostarse con ella, ocupando en la cama el lugar que sólo a él le correspondía.

Jemima era suya. Tenía esa debilidad. Pero, ella no podía hacerle daño, porque no la amaba. Nunca había estado enamorado de ella, cosa de la que se sentía orgulloso. Los hombres enamorados se portaban de manera estúpida e irracional con las mujeres, mientras que un hombre al que sólo le movía el placer sabía en todo momento lo que tenía que hacer.

Llevaban ya algunos minutos sin dirigirse la palabra. Jemima decidió romper aquel tenso silencio.

–Cuando llegamos esta mañana al aeropuerto, había una nube de periodistas y cámaras de televisión. Parecían estar esperándonos.

Alejandro frunció el ceño disgustado.

–Alguien tuvo que avisarlos. ¿Cómo si no podrían haberse enterado?

–Desde luego yo no…

–¿Seguro? –exclamó él sin la menor delicadeza.

–¿Y por qué iba yo a avisar a los paparazis? –preguntó ella con ojos de sorpresa.

–Muy sencillo, por dinero o para ganarte la atención de la

prensa –respondió Alejandro, dejando bruscamente la servilleta en la mesa y levantándose de la silla–. Sea por lo que sea, te prevengo: no me gusta esa clase de publicidad.

–¿A dónde vas? –le dijo ella, tratando de olvidar la acusación de que había sido objeto.

–A mi cama. Me pasaré antes por el cuarto de Alfie, a ver cómo está. Buenas noches, querida.

Un leve rubor subió por las mejillas de Jemima al oír esas palabras. Apretó los puños bajo la mesa, pero se abstuvo de decir nada. Después de haber estado haciendo el amor apasionadamente hacía apenas una hora, se iba a dormir a otra habitación. Sintió aquello como una bofetada. Era una demostración más de que no había que fiarse de las apariencias. Siempre solían resultar engañosas. Ni los vestidos elegantes que le había comprado, ni la cena sin la presencia de su suegra, significaban que se hubiera producido entre ellos una verdadera reconciliación.

–Yo no le dije a los paparazis que íbamos a volver a estar juntos –afirmó Jemima en voz alta.

–Alguien tuvo que decírselo –replicó él arrogante, clavando sus ojos en ella.

–Por cierto, antes de haber contratado a esa niñera, me habría gustado que lo hubieras hablado conmigo –dijo ella bruscamente, pensando que también sería conveniente tratar ese asunto.

–Ya hablaremos de eso mañana –dijo Alejandro saliendo de la sala, dejándola sentada en su sitio con el postre aún sin probar.

Minutos después, llegó la criada con un carrito para retirar los platos y Jemima se fue a ver a su hijo. Lo encontró en la cuna, profundamente dormido. Por un momento, envidió la sensación de paz y felicidad que se reflejaba en su carita. El niño no había extrañado ni la habitación, ni la cuna, ni ninguna de las caras desconocidas que había visto a su alrededor. No veía ninguna razón para quedarse allí despierta vigilándolo. Alfie se había adaptado perfectamente a las circunstancias. Después de todo, ¿por qué no iba a hacerlo? Ella no podía comparar la infancia que su hijo había tenido con la que ella había sufrido y que había marcado toda su vida llenándola de miedos e inseguridades. Alfie lo había tenido todo y nunca le había faltado el amor de su madre. No sabía lo que era la violencia ni las disputas familiares.

Jemima se sintió orgullosa de haber podido hacer por su hijo mucho más de lo que sus padres habían hecho por ella.

De vuelta en el dormitorio, se sentó en la cama, tomó el mando a distancia de la televisión y puso un canal de música. Luego colocó

las dos almohadas una encima de otra y se tumbó reclinando la cabeza sobre ellas.

Había perdido la noción del tiempo cuando un sonido la despertó. Vio que la lámpara de la mesita de noche estaba aún encendida. Se incorporó y se apartó el pelo de la cara, sorprendida al ver entrar a Alejandro dirigiéndose muy decidido al mando de la televisión para apagarla.

–Debo haberme quedado dormida –murmuró ella somnolienta, preguntándose si la música lo habría despertado, porque estaba descalzo y llevaba puesto sólo los pantalones vaqueros.

Tenía el botón de arriba desabrochado.

Un surco de vello negro y sedoso corría desde su pecho hasta el vientre, desapareciendo a la altura del pubis. Jemima se sintió excitada de repente.

Alejandro la miró de un modo inquietante con sus ojos dorados echando chispas.

–Hoy voy a dormir aquí –dijo él muy serio.

Jemima miró el reloj digital que había al otro lado de la cama. Eran casi las tres de la mañana. Entonces vio sorprendida cómo él comenzaba a bajarse los pantalones. Alejandro tenía una erección descomunal. Era evidente que no podía evitarla. Jemima, al verlo, sintió como si algo muy íntimo dentro de ella se estuviese derritiendo por el calor. Ella era el objeto de su deseo. Él no podía ocultarlo y eso a ella le gustaba. La idea de las habitaciones separadas había fracasado a las primeras de cambio.

–Debería sentirme demasiado cansado para esto, querida –dijo Alejandro metiéndose en la cama con ella–. Pero no me puedo dormir de lo mucho que te deseo.

Jemima se reclinó muy ceremoniosamente hacia atrás como si fuera Cleopatra, mostrándole su cuerpo medio desnudo. Luego le dirigió una mirada sensual de invitación. Él fundió entonces su boca con la suya en un beso erótico y salvaje que ella sintió como una flecha de fuego penetrando profundamente en su cuerpo. Jemima agarró entonces su miembro. Él emitió un gemido gutural cuando ella comenzó a acariciar su sexo, duro y firme como el acero, con los movimientos suaves de ida y vuelta de su mano de seda. Él, embriagado de deseo, le quitó el camisón, buscando con las manos las blancas colinas de sus pechos y luego la carne húmeda e inflamada de entre sus muslos. Todos los sentidos parecían estar en alerta máxima, dispuestos a ascender a las cimas más altas del deseo.

–Por Dios, no puedo esperar más –dijo Alejandro casi sin aliento.

Entró dentro de ella. Jemima sintió su miembro duro e implacable, abriéndose paso suavemente por entre su carne caliente y húmeda, dilatando progresivamente su estrechez y embriagándola de un placer irresistible. Él comenzó entonces a acariciar insistentemente sus inflamados pezones con los dedos y la lengua hasta que ella sintió una excitación rayando el delirio y estremeciendo todo su cuerpo. Ante los gemidos precursores del clímax, él impuso entonces un ritmo frenético a sus acometidas, hasta que el deseo y el fuego se combinaron en una ardiente explosión. Ella alcanzó un orgasmo de ensueño, mientras los espasmos convulsivos del placer hicieron estremecer todo su cuerpo con una agitación que fue poco a poco remitiendo hasta que al fin quedo inmóvil abrazada a él, exhausta y casi sin fuerzas para moverse.

Alejandro le dio un beso en la mejilla antes de alargar la mano para apagar la luz.

–Nadie es capaz de darme tanto placer como tú.

Al oír ese supuesto cumplido, Jemima volvió a sentir los mismos recelos que unas horas antes. Nada había cambiado. Ella no era para Alejandro más que un mero objeto sexual. Él nunca la había amado y sin embargo, a pesar de no ser la esposa que él realmente quería, se había casado con ella. Era algo que nunca había comprendido. Aun así, estaba acostumbrada, y hasta resignada, a no ser del agrado de las personas a las que amaba. Su madre la habría querido de veras si ella hubiera sido el niño que tanto había deseado tener para agradar a su esposo. Su padre, en cambio, nunca la había querido, ni siquiera lo había intentado. Había tenido luego algunos amigos, pero nada serio hasta conocer a Alejandro. Se había enamorado tan locamente de él, que el simple recuerdo de haberlo amado y luego perdido tenía el poder de hacer revivir sus heridas.

Permaneció despierta en la oscuridad de la habitación, sintiéndose segura por la presencia de Alejandro junto a ella. Era consciente de que era sólo el sexo lo que le retenía allí pero, al fin y al cabo, eso era mejor que nada. Podía dejarlo otra vez sin sentir ya ningún dolor, se dijo para sí. Ya no lo amaba. Había superado aquel sentimiento estúpido. Una vez había llegado a creer que el afecto que le demostraba Marcos podría haber hecho que Alejandro llegara a apreciarla y respetarla más. Pero en vez de eso, él se había limitado a suponer que la buena amistad que le unía con Marcos estaba basada simplemente en el sexo. Como si ésa fuera la única razón por la que un hombre pudiera estar con ella.

Reprimiendo un suspiro de decepción por su triste pasado, Jemima se dejó vencer por el sueño.

Capítulo 7

JEMIMA se despertó al oír el tintineo de una taza y el sonido de unas cortinas deslizándose bruscamente. La luz del sol bañó la cama con su brillante lluvia de rayos dorados y cálidos. Se incorporó, desperezándose con un suspiro. Recordó entonces lo sucedido a altas horas de la noche. No era de extrañar que después se hubiera quedado dormida como un tronco y que ni siquiera se hubiera despertado al levantarse Alejandro.

Miró al reloj sin dar crédito a la hora que marcaba, pero se convenció al mirar por la ventana. El sol estaba en su apogeo. Era algo más de mediodía. La criada dejó la bandeja en una mesita y luego puso la bata de Jemima a los pies de la cama, preguntándole si quería almorzar en la sala de al lado o al aire libre en la azotea. Ella, completamente desnuda bajo las sábanas, miró con gesto de impotencia el camisón que Alejandro había dejado tirado en el suelo, en medio de la habitación.

–Gracias. Creo que comeré fuera –dijo.

La criada salió de la habitación para llevar la bandeja a la azotea y ella aprovechó para ponerse la bata y unas zapatillas. Después, subió las escaleras de caracol que llevaban al que una vez había sido su lugar favorito del castillo, a salvo de intrusos y miradas indiscretas. En la azotea, sintió en su cuerpo el calor del sol, la brisa reconfortante de la mañana, y disfrutó del paisaje maravilloso que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Podía ver incluso las crestas blancas de Sierra Nevada.

Mucho más abajo de aquellas altas cumbres, en el mismo jardín, creyó oír la risa de un niño. Se asomó por entre las almenas y divisó a Alfie jugando a la pelota en la hierba. Estaba con Plácida. No había estado mucho tiempo con su hijo desde que habían llegado al castillo, así que decidió pasar con Alfie el resto del día.

Se sentó a la mesa y comenzó a comer con apetito. Estaba todo delicioso y tenía bastante hambre. Cuando terminó, bajó de nuevo las escaleras con la bandeja y se dirigió a la habitación. Sacó de la maleta unos pantalones blancos cortos y una camiseta verde. Lo dejó todo sobre la cama, que ya había hecho la criada, y fue a darse una ducha.

Estaba bajando por la escalera principal, con el pelo aún mojado cuando oyó una voz femenina discutiendo acaloradamente. Era una voz muy peculiar. Si hubiera tenido que describirla, habría dicho que era una voz chillona. El alboroto venía del salón principal, en la planta baja. Había dos sirvientas apostadas en el vestíbulo, junto a la puerta que daba a las cocinas, espiando la conversación. Beatriz salió de repente de la sala, con la cara desencajada, y las mujeres se metieron corriendo a toda prisa en la cocina.

–¿Qué está pasando? –preguntó Jemima sin andarse con rodeos.

–Mamá está muy enfadada con Alejandro –contestó Beatriz.

–¡Oh…! –se limitó a decir ella, pensando que lo más prudente era no meterse en los asuntos de la familia–. Voy a salir al jardín a ver a Alfie.

La hermana de Alejandro decidió acompañarla tratando sin duda de alejarse de aquella discusión tan desagradable.

–Alejandro le ha pedido a doña Hortensia que se vaya a otra casa de la finca –dijo Beatriz.

–¡Dios mío! ¿Así tan de repente? –exclamó Jemima sorprendida por la noticia.

–Ya le han hecho el equipaje –replicó Beatriz–. Mamá está consternada. Nunca había visto a Alejandro tan enfadado. De momento va a alojarse en un hotel hasta que la casa esté lista para ella.

–Ha tenido que haber una discusión tremenda –dijo Jemima, no queriendo parecer hipócrita lamentando la marcha de doña Hortensia del castillo, pero muy sorprendida por los hechos.

–Voy a echar mucho de menos a mi sobrino –dijo la hermana de Alejandro con gesto de tristeza.

–Pero, ¡tú no tienes por qué irte! –exclamó Jemima.

–Mamá esperará que me vaya con ella para hacerle compañía.

–Yo no quiero que te vayas y estoy segura de que Alejandro tampoco –afirmó Jemima, que sabía el afecto que Alejandro sentía por su hermana y lo mucho que lamentaba la vida que llevaba en aquel castillo bajo el control de su madre–. Ésta ha sido y será siempre tu casa, Beatriz.

–¿Estás segura de que a Alejandro y a ti nos os importaría que me quedara?

–Todo lo contrario. Estaré encantada de poder gozar de tu compañía, especialmente cuando Alejandro esté de viaje de negocios.

–Mi madrastra nunca me perdonaría que la dejara sola… No estoy segura de tener el valor suficiente para enfrentarme a ella y

contradecirla.

Jemima abrió los ojos sorprendida al escuchar esas palabras.

–¿Lo he entendido mal o has llamado a doña Hortensia «madrastra»?

–¿No lo sabías? –exclamó Beatriz, con la mente abstraída pensando sin duda en la nueva vida que la esperaba–. Aunque siempre la hemos llamado «mamá», nuestra verdadera madre murió cuando yo sólo tenía tres años y Alejandro era un recién nacido.

Jemima trató de contener el aluvión de preguntas que pugnaban por salir de sus labios. Alejandro nunca le había dicho nada sobre ese aspecto tan importante de su vida. Eso explicaba por qué había visto siempre a doña Hortensia tan fría con él y sin embargo tan cariñosa con su hermano menor, Marcos.

–Pero entonces, ¿Marcos…?

–Marcos nació cuatro años después de que doña Hortensia se casara con nuestro padre –afirmó Beatriz en voz baja–. Mamá se molestó mucho con el testamento de nuestro padre. Él dejó la propiedad a Alejandro para que así no fuera posible una partición y posterior venta.

Alfie echó a correr hacia su madre en cuanto la vio llegar. Jemima lo estrechó entre sus brazos muy sonriente y le dijo a la niñera que se tomase un descanso. Beatriz se puso a jugar a la pelota con su sobrino mientras Jemima la miraba con cara de satisfacción, alegrándose de que al fin hubiera tenido el valor de romper con el control asfixiante que ejercía su madrastra sobre ella en aquel castillo.

Casi una hora más tarde, Alejandro apareció por el jardín. Llevaba unos pantalones de algodón de color caqui y una camisa de manga corta. Estaba espléndido. Cuando la miró con sus seductores ojos dorados bajo aquellas pestañas negras y largas, Jemima sintió un rubor en sus mejillas recordando los momentos de intimidad vividos durante la noche. Alfie sonrió a su padre y se puso a jugar con él a la pelota. Beatriz entonces se disculpó, diciendo que tenía que ir a ver si doña Hortensia necesitaba algo de ella.

Jemima se quedó sola mirando cómo jugaban el padre y el hijo. Cuando se cansaron de correr tras la pelota, Alejandro propuso llevar a Alfie a ver el lago en uno de los vehículos de la finca.

–No sabía que doña Hortensia fuera en realidad tu madrastra. Beatriz acaba de decírmelo.

–Es la única madre que recuerdo. Mi verdadera madre murió de una eclampsia a las pocas horas de nacer yo.

–Debió ser una gran pérdida para todos vosotros –dijo Jemima.

–Mi padre volvió a casarse pocos meses después de su muerte. Hortensia fue el gran amor de su vida. Besaba por donde ella pisaba, le daba todos los caprichos. Estuvo a punto de perder la hacienda por complacerla.

–¿Fue un matrimonio feliz?

–Él sí fue feliz, pero no creo que ella llegara a serlo nunca, a pesar de todo lo que tenía. Cuando mi padre se estaba muriendo, quiso dejarla con el futuro asegurado y me rogó que siempre la tratara como a una madre. Fue su último deseo. Yo le di mi palabra y he mantenido mi promesa desde entonces. Hasta hoy mismo, no había pensado que pudiera haberme portado injustamente contigo por tratar de ser condescendiente con ella.

–¿Qué es lo que ha pasado hoy? –preguntó Jemima.

–Si me hubieras contado cómo te trataba mi madrastra cuando viniste aquí después de casarnos, habría hablado con ella y habría dejado las cosas en su sitio. Deberías haber sido más sincera conmigo –dijo Alejandro en tono de consejo más que de reproche–. Ésta era tu casa y, como esposa mía, tenías derecho a disponer del castillo, del personal de servicio y...

–No estoy segura de que hubiera podido hacer frente a esa responsabilidad en aquellos días –le interrumpió Jemima en tono cordial, recordando que lo único que ella había querido entonces había sido que él se sintiera feliz junto a ella y no crearle más problemas familiares.

–Nunca tuviste la oportunidad de comprobarlo. Si no hubiera sido por las trabas que te puso Hortensia, llevada por el rencor, estoy seguro de que habrías desempeñado tu puesto a la perfección. Eres una mujer muy inteligente.

–¿Te dijo todo eso tu hermana? –le preguntó Jemima, extrañada de que Beatriz, que era incapaz de hablar mal de nadie, le hubiera dicho tal cosa.

Tenían ya el lago a la vista. Brillaba como un espejo en el fondo del valle, en medio de aquella arboleda de olivos de plata. Una expresión de preocupación oscureció el semblante de Alejandro.

–No fue necesario. La manera en que mi madrastra me habló de ti esta mañana fue más que suficiente para darme cuenta del rencor que te tenía. No me dejó otra solución que pedirle que se marchara del castillo.

–¿Te arrepientes de la decisión?

–De ningún modo –replicó Alejandro con una sonrisa amarga–. A Beatriz y a mí no nos quedó otro remedio que tratarla como si fuera nuestra madre, pero ella nunca se portó como tal con

nosotros. Nunca nos quiso. Nos mandó a un internado en cuanto pudo. Y cuando nació Marcos, resentida conmigo por ser el primogénito de la familia, trató de distanciarme de mi padre.

–Veo que te portaste con ella mejor de lo que se merecía –dijo Jemima.

–En cambio, no puedo perdonarme el haber dejado que te tratase como lo hizo cuando viniste conmigo la primera vez –le dijo mirándola a los ojos y tomándole la mano con un gesto de ternura que le llegó a Jemima en lo más hondo del alma–. Espero que puedas olvidar todo aquello y aprendas a amar este lugar y a su gente tanto como yo, querida.

Jemima vio complacida el cambio que parecía estar operándose en él. Agradecía el paso que estaba dando para hacer que su matrimonio funcionase mejor que la vez anterior, aunque quizá pesase mucho en aquella decisión el que ahora tuvieran un hijo al que educar. La luz que vio brillar en sus maravillosos ojos de oro parecía rivalizar con la del sol que lucía esa tarde en los campos de Las Alpujarras. Y creyó leer en ellos su voluntad de hacerla feliz en España. Era sólo un comienzo, pero un comienzo mucho mejor que el que habían tenido al casarse.

Una figura delgada y menuda con un traje sastre subió al estrado. Su falda de seda verde esmeralda resaltaba su tez pálida y su espléndida melena rubia tirando a pelirroja.

Jemima, con el corazón acelerado por los nervios, dejó una hoja bien a la vista sobre el atril, con las notas que había apuntado cuidadosamente por si se le olvidaba lo que tenía que decir. Era la primera vez que hablaba en público y estaba muy nerviosa. Por eso había preparado un discurso corto y conciso, y lo había ensayado varias veces con Beatriz.

Sintió un sudor frío cuando el presidente del acto hizo un gesto afirmativo dándole la palabra. Jemima comenzó hablando de la necesidad de disponer de un centro de acogida para las mujeres víctimas de la violencia de género. Los beneficios recaudados en aquel acto benéfico irían destinados a construir un centro donde las mujeres y los niños pudieran vivir a salvo de sus maltratadores y rehacer sus vidas.

Con el rabillo del ojo, miraba a Alejandro y a Beatriz, que estaban en una mesa, al fondo de la sala, observándola muy atentamente. Beatriz le sonreía para darle ánimos, pero la expresión inmutable de Alejandro no permitía adivinar lo que estaba pensando. Había aplazado un viaje de negocios para poder estar con ella en aquella velada, cosa que ella le había agradecido

encarecidamente.

Acabado su discurso, regresó a la mesa con ellos, satisfecha de haber conseguido finalmente controlar sus nervios. Había aceptado participar activamente en aquel acto, a instancias de Beatriz, que llevaba mucho tiempo colaborando en aquellas actividades benéficas.

–Has estado maravillosa, esposa mía –le dijo Alejandro con un gesto entusiasta de aprobación, nada más llegar, apretándole la mano cariñosamente.

Le había llamado «esposa mía» con un tono de orgullo y afecto que pareció cerrar milagrosamente por un instante todas las heridas abiertas en el pasado.

Durante los últimos dos meses, había visto en él un Alejandro diferente al melancólico y huraño de antes. Parecían haber quedado atrás los problemas del pasado, pero a veces pensaba que sólo habían quedado latentes, encerrados en un cofre bajo llave, y que aquello era sólo una tregua, más que una solución definitiva a largo plazo. Su supuesta relación con Marcos y todo el dinero que, según él, ella había derrochado, eran los temas claves que seguían siendo tabú en su relación y de los que Alejandro ya no quería hablar.

Por otro lado, llevaba con Alejandro una vida social de la que ella nunca había disfrutado en el pasado, cuando él se pasaba todo el día trabajando, dedicado a sus negocios, y apenas salían juntos. Precisamente, había sido esa soledad la que la había impulsado a buscar en la amistad de Marcos el remedio a su aislamiento. Pero después de dos años, Alejandro parecía haber aprendido a encontrar el tiempo libre para estar con Alfie y con ella. Les había enseñado el valle de punta a punta y les había presentado a todos los arrendatarios y empleados de sus tierras, de modo que, por primera vez en mucho tiempo, Jemima tuvo la sensación de que la finca y el castillo eran también su hogar.

Un día que se abrieron las puertas del castillo al público para que todos pudieran visitarlo, le brindó a Jemima la oportunidad de confeccionar algunos arreglos florales para la ocasión. Los familiares, amigos y parientes, que asistieron esa noche a la cena de la fiesta, se quedaron gratamente impresionados por la belleza de las flores, y Jemima recibió varias ofertas para actuar como asesora floral en las fiestas y acontecimientos locales. Tras colaborar en un par de ocasiones, Jemima se replanteó si debía o no embarcarse en aquella actividad que prometía ser un buen negocio. Ya no estaba sujeta a las impertinencias de doña Hortensia ni a sus humillaciones. Se sentía a gusto atendiendo a los invitados y había

descubierto que para desenvolverse en aquel ambiente le bastaba con ser ella misma.

Poco a poco, Alfie se iba haciendo mayor. Cada vez era más activo y se ganaba el interés y la atención de la gente. Parecía un chico diferente del de Charlbury St Helens. Tantos halagos y atenciones parecían haberle vuelto también más exigente y cabezota. Eran habituales sus rabietas y pataletas y su respuesta favorita era «no». Había visto divertida cómo Alejandro, tan seguro y resolutivo en otras ocasiones, había tenido que armarse de valor para calmar a su hijo cuando el niño, en cierta ocasión, agarró una rabieta tal, que se tiró al suelo y se puso a llorar y a patalear. Estaba convencida de que esa nueva faceta de Alfie le venía de familia. De la de él, claro. Para Alejandro, aquel tipo de cosas eran una nueva experiencia. Él apenas había tenido relación con su padre, ni había disfrutado de niño de los momentos de los que él estaba disfrutando ahora con su hijo.

Estaba demostrando ser un padre ejemplar. Alfie lo adoraba y salía corriendo a abrazarlo en cuanto lo veía llegar o escuchaba sus pasos o su voz. Jemima estaba impresionada por el esfuerzo que Alejandro ponía en conocer mejor al niño y saber lo que le gustaba. Viéndolos juntos, se alegraba de haber tomado la decisión de volver a España.

Jemima se sentía mucho más feliz de lo que en principio podía haberse imaginado. Sin embargo, a veces tenía la impresión de estar flotando en un mar aparentemente tranquilo ajena a la resaca y a las rocas ocultas que podían aparecer en cualquier momento.

Un día, Alejandro la llevó de excursión por la montaña. Estuvieron en un pequeño pueblo casi abandonado donde comieron de maravilla en un restaurante de comida casera.

–¿Te trajo Marcos aquí alguna vez? –le preguntó él mientras entraban en el coche para regresar.

–No. Si hubiera estado aquí alguna vez, te lo habría dicho –respondió ella con frialdad.

Alejandro la miró con cierto recelo y ella dedujo por su mirada que, aunque el asunto de su supuesta infidelidad parecía estar enterrado, existía aún un gran riesgo de que pudiera ser desenterrado a la menor oportunidad. Él no había olvidado ni perdonado su traición imaginaria. Durante varios segundos cargados de tensión, ella le devolvió una mirada cargada de resentimiento y de rencor, pensando que aquel viejo asunto podría quebrar su incipiente reconciliación. Trató sin embargo de controlar sus emociones.

–No debería habértelo preguntado –replicó Alejandro muy serio.

–Me sorprende que lo hayas hecho. Marcos era de gustos más urbanos. Prefería los clubes y la cultura al campo –le recordó ella, con la mirada fija en un punto lejano del paisaje y lamentando en seguida haber pronunciado esas palabras en vez de haberse quedado callada.

–Y a ti siempre te gustó bailar –dijo Alejandro, en tono de broma pero con un tono incisivo.

–¿Me has llevado tú alguna vez desde que nos casamos? –replicó Jemima desafiante.

Alejandro la miró detenidamente, algo molesto por su irónico reproche. Luego la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente en la boca, como castigo. Ella levantó instintivamente la mano para acariciarle la mejilla y se apretó contra su cuerpo. Los resquemores previos habían dado paso a un ardiente deseo. Sintió sus pechos inflamados pugnando por salir de su encierro y un calor húmedo entre sus muslos. Al ver la apasionada respuesta de ella, Alejandro dijo algunas palabras malsonantes en voz baja, luego se incorporó en su asiento y puso el coche en marcha.

–No deberías empezar nada que no puedas terminar –susurró ella sin poder contenerse, lamentando verse privada de aquel momento que había parecido tan prometedor.

Alejandro se echó a reír y la miró de forma provocadora dibujando en sus labios una sonrisa burlona llena de sensualidad.

–Yo siempre termino lo que empiezo, cariño.

–No lo dudo, pero tardaremos más de una hora en llegar a casa –le dijo Jemima.

Pero sólo unos minutos después, Alejandro giró el volante del Ferrari para desviarse de la carretera y se detuvo a la entrada de un hostal. Ella se volvió hacia él con ojos de sorpresa.

–No me lo puedo creer. ¿Estás de broma?

–Sólo un acróbata de circo sería capaz de hacer el amor en un coche como éste –contestó Alejandro bajándose del Ferrari y dirigiéndose al otro lado para abrirle la puerta a Jemima y ayudarla a salir.

–¡Pero si no tenemos equipaje! –se lamentó ella algo avergonzada.

Él, por toda respuesta, se acercó al mostrador con la cabeza muy alta y le pidió al recepcionista la mejor habitación que hubiera.

–Alejandro, ¿no te das cuenta de que, con lo conocido que eres en esta región, todo el mundo se va a enterar de que hemos estado aquí? –le dijo ella con tono de preocupación en cuanto el mozo del

hostal cerró la puerta de su habitación y los dejó solos.

Pese a sus reservas, Jemima estaba muy emocionada e incluso excitada por la audacia que había demostrado.

–Después del vino que tomamos en la comida, me estaba quedando algo dormido al volante y pensé que, antes que correr el riesgo de tener un accidente, sería más sensato descansar un poco en algún sitio –respondió Alejandro con su habitual sonrisa burlona.

–Ya. La famosa siesta española, de la que tanto se ha escrito pero que tan poco veo practicar en estos días –dijo ella, siguiendo la broma.

–Te prometo, querida, que hoy vas a conocer y disfrutar de verdad de nuestra siesta –replicó él con tono sugestivo y prometedor.

Entonces él la besó, y ella sintió renacer su deseo con más ardor aún que antes. Él le fue quitando la ropa entre besos apasionados mientras ella le desabrochaba la camisa y el cinturón, al principio con mucho cuidado y luego de forma febril y descontrolada, al percibir la plenitud de su erección. Ella se puso de rodillas frente a él y utilizó la boca y la lengua con fruición hasta que él comenzó a jadear y a hundir las manos en su pelo apretando su cabeza contra él para sentir su miembro más profundamente dentro de su boca.

Luego, la ayudó a levantarse y se acostó con ella entre las sábanas frescas y limpias de la cama que parecían estar esperándoles. No eran necesarios más juegos. Entró dentro de ella, con una penetración larga, lenta y profunda. Ella se estremeció al sentir la intensidad de su respuesta sexual. Una intensidad que fue creciendo más y más, al compás de los movimientos de Alejandro, hasta alcanzar el clímax. Su cuerpo se convulsionó con los espasmos del placer mientras sus piernas se abrazaron como tenazas a la espalda de él, en un intento último de sentirle más dentro de ella.

–Puedes dormir ahora un rato, si quieres –susurró Jemima, estirándose voluptuosa.

–Tengo una idea mucho mejor –dijo él, sonriendo, abrazándose a ella y robándole otro beso.

Jemima sonrió también. Se sentía relajada y muy a gusto allí, cerca de él, contemplando su sonrisa carismática. Sin embargo, sin saber por qué, una idea la asaltó de repente. El acuerdo al que habían llegado era por un plazo de tres meses. Y estaba a punto de cumplirse. No podía imaginarse viviendo y trabajando de nuevo en Inglaterra y mucho menos alejada de él. No podía enfrentarse a la perspectiva de tal separación.

El corto tiempo que llevaba con él en España había sido

suficiente para romper las barreras que había levantado contra él. Cuando estaba fuera, contaba con ansiedad las horas que faltaban para volver a estar con él y poder tenerle cerca. Podía parecer extraño, pero se estaba enamorando otra vez de él.

–¿Te pasa algo? –le preguntó Alejandro viendo la tensión reflejada en su mirada.

–Nada –replicó ella, apretándose contra él de nuevo y ofreciéndole sus labios y toda ella para tratar de olvidar sus temores.

Alejandro, como hombre apasionado que era, no rechazó la invitación. Ya no hubo más preguntas incómodas, sólo sexo. Estuvieron haciendo el amor hasta que finalmente cayeron extenuados en la cama y se durmieron.

Después de cenar en el hostal, regresaron al castillo a altas horas de la noche. Nada más llegar, María, el ama de llaves, le dijo a Jemima que un caballero inglés le había telefoneado dos veces a lo largo del día, pero que no había querido dejar su nombre ni su número de teléfono.

Jemima se quedó extrañada preguntándose quién podría ser, ya que todas sus amistades de Inglaterra eran femeninas.

–¿Está segura de que era un hombre? –le preguntó a María y luego añadió, al verla asentir con la cabeza–: En todo caso, si es algo importante, ya me volverá a llamar.

Mientras ella hablaba con el ama de casa, Beatriz había salido del salón y conversaba con su hermano. Su cuñada no lucía su sonrisa habitual y Alejandro parecía también preocupado.

–¿Ha pasado algo mientras estábamos fuera? –preguntó Jemima cuando Beatriz se fue.

Él la miró fijamente con una expresión dura e indescifrable. En aquella estancia de madera y piedra, con las sombras que proyectaban las luces en las paredes, Alejandro, con sus facciones broncíneas, parecía un hombre del Renacimiento tallado en piedra.

–Marcos va a venir unos días de visita. Creo que se quedará con su madre.

Una vez soltada la bomba, Alejandro dijo algo sobre un trabajo que tenía que hacer y, antes de que ella pudiera decir nada, desapareció por la puerta dejando a Jemima allí sola en aquel vestíbulo de piedra en el que aún se escuchaba el eco de sus palabras.

Capítulo 8

MARCOS había vuelto! Parecía una sospechosa casualidad que el hermano de Alejandro hubiera decidido ir a ver a su familia después de tanto tiempo, justo al poco de haber vuelto ella a España. Se revolvió inquieta en la cama, dando vueltas a todos los pensamientos que le impedían conciliar el sueño. Se preguntó dónde estaría Alejandro y sí seguiría trabajando en su estudio.

Alejandro no había recibido precisamente con alegría la llegada de su hermano. Y ella se sentía culpable. Recordaba lo unidos que habían estado siempre los hermanos, y cómo se fueron distanciando poco a poco desde que ella llegó al castillo. Con la perspectiva del tiempo transcurrido, se dio cuenta, sin embargo, que los sentimientos de Marcos por su hermano mayor habían sido siempre poco claros. Idolatrado y mimado desde niño por sus padres, Marcos nunca había conseguido, a pesar de todo, estar a la altura de su hermano mayor. Alejandro le había eclipsado siempre, tanto en el aspecto físico como en el intelectual y había puesto el listón a una altura tal, que Marcos nunca había sido capaz de superar. Alejandro había triunfado también en los negocios, mundo en el que Marcos había fracasado, habiendo tenido que conformarse con un puesto de trabajo en una de las galerías de arte del imperio de su hermano.

Pero, a pesar de eso, Jemima había congeniado con él desde el primer día que se conocieron. Quizá la razón habría que buscarla también en que, por entonces, Alejandro era un verdadero adicto al trabajo y ella se pasaba la mayor parte del día sola y aburrida. En medio de aquel ambiente tan rígido y sofocante que imponía doña Hortensia en el castillo, Marcos le había parecido un soplo de aire fresco. Por aquella época, ella había estado ciega a la realidad. No se le había pasado siquiera por la imaginación que Marcos pudiera tener un lado oscuro, muy diferente del que ella conocía.

¿Cómo podía haber traicionado su amistad con ella cuando le había dicho mil veces lo mucho que significaba para él? ¿Cómo podía haber dejado que Alejandro creyese que ella se había acostado con él sin decirle la verdad? ¿Cómo podía haber sido tan cruel e insensible con su hermano y con ella? ¿Por qué había hecho

esas cosas? No podía comprenderlo, y necesitaba conocer la respuesta a esas preguntas. Lo único que sabía era que Marcos se había ido a Nueva York y había emprendido allí una nueva vida, indiferente al caos y a la desgracia que había dejado tras de sí.

Pero mientras seguía allí, en la cama, rumiando aquellos hechos del pasado, una ira feroz comenzó a desatarse en su interior. ¿Por qué tenía que sentirse culpable por las mentiras de otra persona? ¿Por qué tenía que sentirse culpable de que su marido no creyese en su palabra? Marcos era el que había mentido, al menos por omisión, y como resultado, Alejandro estaba convencido de que su esposa le había sido infiel, desoyendo sus explicaciones. Entonces, ¿por qué se sentía aún como si hubiera hecho algo malo? ¿Por qué estaba cargando con una culpa de la que era inocente cuando en realidad era la víctima de las mentiras de Marcos y de la desconfianza de su marido?

Se bajó de la cama muy decidida, se puso su bata de seda de color aguamarina y bajó las escaleras en busca de Alejandro. No tenía ningún sentido seguir actuando como si ella fuese culpable. Recordó la cara que había puesto Alejandro esa tarde al pronunciar delante de ella el nombre de su hermano. Estaba claro que no estaba dispuesto a perdonar.

Alejandro no estaba trabajando en su estudio. Estaba afuera en la terraza. Su perfil, clásico y duro como el acero, se recortaba sobre la columna de piedra en la que estaba apoyado. Estaba mirando el cielo. Hacía una noche espléndida, y estaba plagado de estrellas que brillaban rutilantes en la negrura del firmamento. Jemima se detuvo en el umbral un instante. La luz eléctrica del estudio mezclada con la de la luna, daba un tinte especial a su melena rubia y al violeta de sus ojos.

–Pensé que estarías ya dormida –dijo Alejandro al verla, con un tono frío e inexpresivo.

–No podía –respondió ella–. No me gusta sentirme culpable de algo que no he hecho.

–No hurguemos en esa herida, corazón mío.

–Decidiste creer a Marcos en vez de a mí –dijo ella muy altiva y con una expresión de rencor y resentimiento–. Y con ello le diste el poder de atormentarte.

Alejandro se giró de forma rápida e inesperada con los ojos echando chispas de furia.

–¡Qué demonios! A mí nadie me atormenta –exclamó con el cuerpo en tensión como una pantera al acecho, a punto de saltar sobre su presa.

–Muy bien, a lo mejor tú no, pero yo sí me siento atormentada por esta historia –dijo Jemima, dispuesta a llegar al fondo de la cuestión–. Es como un gran abismo que se vuelve a abrir de nuevo entre nosotros.

–¿Y te sorprende? –exclamó él, arqueando una ceja con ironía.

Jemima sintió que las mejillas le ardían de vergüenza. Estaba enfadada e indignada, dolida y asustada, al mismo tiempo. Como en el filo de la navaja. Tuvo miedo de acercarse a él, como había sido su intención. Por primera vez desde su vuelta a España, temió que él la rechazase.

–Alejandro, recapacita, por el bien de nuestro matrimonio –susurró ella angustiada.

–Vuelve a la cama antes que nos digamos cosas de las que luego tengamos que arrepentirnos –le dijo Alejandro mirándola fijamente.

Jemima vio el rencor reflejado en su mirada. No era quizá el mejor momento para tratar de aclarar las cosas, pero seguir ocultándolas no haría más que agravar el problema.

–No pienso salir huyendo otra vez. Deseo estar a tu lado.

–A lo mejor, soy yo ahora el que no quiere estar contigo –replicó él impasible.

Esa afirmación golpeó a Jemima como un mazazo. El rechazo explícito que encerraban esas palabras la dejó por unos instantes aturdida y confusa. Él le había dicho una vez que, cuando se sentía acorralada, reaccionaba como una gata salvaje dispuesta a arañar y morder.

–¿Por qué no quieres estar conmigo? –le dijo ella desafiante, acercándose a él descalza, a través del frío suelo de granito desgastado por el paso de los años.

–A veces te comportas como una niña –le dijo él mirándola con sus preciosos ojos dorados brillando a la luz de la luna, pero que en aquel momento parecían más un arma letal, cargada de una munición de odio y rencor–. Si yo pudiera olvidarlo todo y dejar de pensar en ello, ya lo habría hecho hace tiempo.

Las imágenes de todos los momentos felices vividos en las últimas semanas pasaron por la mente de Jemima como en una película. Su felicidad y todo lo que era importante para ella estaba en peligro. Maldijo a Marcos y deseó no haberle dado nunca su amistad. Necesitaba sentirse deseada por su marido. Quizá nunca llegaría a amarla, pero al menos necesitaba saber que la deseaba.

–Vamos a la cama –dijo ella muy suavemente, sintiendo un gran desprecio por sí misma por tener que recurrir a jugar esa carta.

–No estoy de humor esta noche para esas cosas –afirmó

Alejandro con un tono cortante.

Jemima sintió como si un cuchillo la estuviera cortando en mil pedazos. Alejandro no perdía fácilmente los nervios. Casi hubiera preferido sus insultos a esa indiferencia.

–¿Por qué me pediste que te diera otra oportunidad si pensabas comportarte conmigo de esta manera? –le dijo ella en tono acusador.

–Nunca fue mi intención hacer de esto borrón y cuenta nueva, pero creo haberme portado bastante bien contigo dadas las circunstancias.

–¡No estoy de acuerdo! –exclamó Jemima furiosa, sorprendida ella misma por su impulsiva respuesta–. De hecho, creo que te estás comportando exactamente igual que la otra vez.

Alejandro la miró con gesto sombrío. Si ella era una gata salvaje dispuesta a la pelea, él era una espada afilada dispuesta a asestar, en el momento más inesperado, su golpe mortal.

–¿Así que crees que yo tengo la culpa de todo? –dijo él lleno de ironía.

–Sí, y creo que nunca cambiarás. Cuando finalmente te convenzas de que yo no tuve nunca una aventura con tu hermano, ¿de qué me echarás la culpa entonces? –dijo Jemima, conteniendo a duras penas su rabia–. Puede que nunca me perdones, Alejandro. Y probablemente yo tampoco, porque estoy empezando a pensar que he perdido contigo buena parte de mi juventud en una relación que nació muerta.

–No está muerta… –se apresuró a decir él.

–En este momento me parece más muerta que esos antepasados tuyos de los cuadros del vestíbulo –replicó Jemima–. No debería perder el tiempo hablando contigo. Debería pedir el divorcio y buscar a un hombre que realmente me quiera… no a un tipo ofuscado en destruir su vida y la mía por una aventura que nunca sucedió.

–Yo te quiero –exclamó Alejandro–. Y no aceptaré el divorcio.

–Ya. No puedes vivir conmigo pero tampoco vivir sin mí –dijo Jemima con voz temblorosa, luchando para controlar sus emociones–. Pero yo sí que puedo vivir sin ti. Ya lo he comprobado. Estuve viviendo tranquila y feliz en Charlbury St Helens hasta que llegaste tú.

–¡No eras tan feliz cuando no dudaste en dejarlo todo para volver conmigo y llevar una vida de lujo a mi lado! –exclamó él con una irónica sonrisa.

Jemima palideció de rabia ante esa indecente provocación.

–Si lo hice fue sólo por el bien de Alfie. Y no te atrevas a decirme nunca más una cosa así. Yo no soy una cazafortunas.

Un silencio tenso cayó como una losa sobre ellos. Jemima esperó con impaciencia su respuesta, temiéndose alguna nueva ironía. Pero él se limitó a mirarla con gesto adusto, como si ya le hubiera dicho bastante. Sin embargo, ella se negaba a aceptar el papel de la mujer adúltera. Era un callejón sin salida. Ninguno de los dos parecía ceder en su postura. Alejandro era muy orgulloso, pero podría avenirse a razones si ella se mostrase más condescendiente y humilde.

–Nunca te quise por tu dinero –continuó ella muy altiva y con una mirada de reproche–. Puede que cometiese algunos errores y gastase más dinero del debido después de casarnos, pero no fue por codicia y menos aún para robarte.

–Te creo –dijo él.

Jemima se quedó un instante sorprendida. Era la primera vez que Alejandro le daba una muestra de confianza.

–Siento mucho lo del dinero. Fui una estúpida –admitió ella.

Sí, se merecía ese calificativo, pero por razones distintas de las que él pensaba. Se había gastado miles y miles de euros, pero no se atrevía a decirle en qué.

–Fue en el momento más inoportuno. Acababa de ampliar el negocio y tenía empresas por medio mundo. Pero llegó la recesión y la crisis económica y tuve que luchar con todas mis fuerzas para que no se fuera todo a pique. Era el peor momento para que tú te pusieses a derrochar el dinero… Aunque yo también tuve la culpa por permitírtelo.

–¿Me estás diciendo que tenías problemas económicos hace un par de años, cuando aún vivíamos juntos? –dijo ella con cara de incredulidad–. ¿Y por qué no me lo dijiste?

–No quería preocuparte.

–Pero yo pensaba que eras rico –dijo ella muy espontánea sin pararse a pensar otra expresión menos infantil.

–Lo sé. Sabía que no tenías ni idea de lo que estaba pasando y no quería preocuparte –replicó Alejandro con amargura–. La verdad es que mi padre legó tanto dinero a mi madrastra y a Marcos, que he tenido que luchar denodadamente todo este tiempo para conseguir sacar el negocio a flote.

Jemima movió la cabeza lentamente hacia adelante y hacia atrás varias veces, como si empezase a comprender muchas cosas que antes había ignorado.

–No sabía nada. No podía ni imaginármelo. Tenías que

habérmelo dicho, Alejandro. No sólo no me dijiste nada, sino que me diste a entender que todo te iba muy bien con todo el dinero que me dabas y los regalos tan caros que me hacías. ¿Por qué diablos hiciste eso?

–Quería hacer que tu cuento de hadas en el castillo se hiciese realidad –respondió Alejandro con un gesto de tristeza y desencanto–. ¿Cómo iba a decirte que podía perderlo todo?

–Todas las horas que pasabas fuera de casa… te las pasabas trabajando, noche y día –exclamó ella luchando por contener las lágrimas–, para tratar de sacar adelante tus negocios.

–Sí, y al final el esfuerzo valió la pena. Al menos, desde el punto de vista económico. Conseguí nuevos contratos y al final el problema financiero se resolvió, pero para entonces ya era demasiado tarde, había perdido a mi esposa –dijo Alejandro con amargura.

Ella quiso darle un abrazo, pero a la vez darle una bofetada para no haberle confiado sus problemas. La había tratado como una niña frágil y asustadiza cuando ella no era así. Estaba consternada. Él se había pasado días y noches enteros trabajando duramente para sacar a flote sus negocios mientras ella salía de compras y por la noche se iba a bailar a las discotecas con Marcos.

–Alejandro... si me hubieras dicho la verdad, si hubieras compartido los malos momentos conmigo en vez de mantenerme ajena a ellos, las cosas habrían sido muy diferentes –dijo Jemima con la voz entrecortada y las lágrimas rodando por sus mejillas, con un gesto mitad de ternura, mitad de indignación–. Lo habría entendido. Habría sido más comprensiva.

Alejandro le pasó una mano por la espalda, la llevó adentro y le dio un pañuelo para que se secara las lágrimas.

–No estoy seguro de que eso hubiera cambiado las cosas. Eras muy joven e ingenua y además ya estabas embarazada y te sentías muy triste. No creo que hubieras soportado tanto estrés.

Estaba equivocado. Pero ella no quiso discutir más con él porque estaba demasiado emocionada para hacerlo. Sabía que había sido su orgullo, más que otra cosa, lo que le había impedido contárselo todo. Él era un hombre chapado a la antigua, de los que están convencidos de que su obligación principal como cabeza de familia es mantener a su mujer y a sus hijos. Había preferido mimarla dándole todos los caprichos que ella nunca había podido tener antes de conocerlo. Quiso decirle a voz en grito que lo que ella había deseado verdaderamente de él dos años antes era que hubiese estado más tiempo con ella en vez de hacerle tantos regalos.

–Yo no buscaba en ti un superhombre –dijo Jemima desolada, sin encontrar una palabra mejor, mientras se secaba las lágrimas–. Si hubieras confiado en mí, no habría pasado tanto tiempo con tu hermano. Me sentí abandonada. Pensé que estabas arrepentido de haberte casado conmigo, que te aburrías a mi lado y que por eso te pasabas tanto tiempo fuera.

–Nunca se me pasó por la cabeza decírtelo. Estaba a punto de perderlo todo, incluida nuestra casa, y sólo trataba de salvar al menos nuestro matrimonio.

–Bueno, eso sólo demuestra lo poco que me conoces. Yo soy honesta y fiel y habría estado a tu lado contra viento y marea –afirmó Jemima con orgullo.

–Pero en aquellos días yo pensaba que tú tenías mucho más en común con mi hermano que conmigo. Él siempre fue mucho más simpático y divertido que yo –exclamó Alejandro con un tono sombrío de resignación.

–Yo no era tan frívola y superficial –replicó ella, ya más segura de sí, con el pañuelo apretado entre las manos–. Pero no me diste la oportunidad de demostrártelo.

Ella quería que supiera al menos que lo había amado sinceramente, aunque quizá su amor no hubiera sido lo bastante fuerte como para soportar los reveses que su matrimonio había sufrido.

Lo miró con ternura y comprensión y se fue a la cama sin decir nada más.

Vio entonces que el teléfono móvil, que había dejado en la mesita, estaba parpadeando. Se acercó y vio que había una llamada perdida y dos mensajes de texto. Uno era de Beatriz, diciendo que le había dado su número de teléfono a su hermano Marcos, que esperaba que no le importase. El otro mensaje y la llamada perdida eran del propio Marcos. Se quedó consternada. ¿Cómo se había tomado el atrevimiento de ponerse en contacto con ella de nuevo?

Tenemos que hablar, es urgente, decía el mensaje.

Jemima borró el SMS con dedos temblorosos y volvió a dejar el teléfono en la mesita. Marcos era un irresponsable, pero ella, en las circunstancias actuales, no estaba dispuesta a correr el riesgo de volver a verlo, aunque tuviese algunas preguntas que hacerle. ¡Si Alejandro se enterase! ¡Era lo que faltaba, para terminar de echar más leña al fuego!

La puerta se abrió entonces por sorpresa. Ella se quedó helada al ver a Alejandro. Se bajó de la cama, se fue hacia él y lo abrazó con todas sus fuerzas, dejando la cabeza sobre su pecho. Él la besó

tiernamente.

–Pensé que ya no vendrías –dijo ella, con el corazón vibrante como las cuerdas de un violín.

–¡Dios mío! Estar separados no nos servirá de nada. Eso es algo que los dos sabemos, cariño –le recordó él–. Ya estuvimos durmiendo en habitaciones separadas cuando te quedaste embarazada de Alfie y eso sólo contribuyó a empeorar las cosas.

–Bueno, eso fue una decisión tuya, no mía –respondió ella con cierto descaro.

Alejandro frunció el ceño al tiempo que se quitaba la ropa.

–No fue decisión de nadie, fue una necesidad.

–¿Cómo que una necesidad? –exclamó Jemima.

–Desde el principio del embarazo, el doctor Santos temía que pudieras perder al niño. Fue muy franco conmigo. Me dijo que no eras una mujer muy fuerte y que todo apuntaba a que el bebé iba a ser bastante grande. A mí no me hacía feliz tener que pasar tantas noches sin poder estar contigo –dijo Alejandro atrayéndola hacia sí con el brazo–, pero no quería poner en riesgo tu vida ni la del bebé.

–¡Pero si no había ningún peligro!

–Yo sí lo creía. No olvides que mi propia madre murió a causa de las complicaciones del parto cuando yo nací. Comprenderás que no me lo tomara a la ligera.

Jemima se quedó pensando, extrañada de que su ginecólogo hubiera sido más sincero con Alejandro que con ella. ¿O quizá también lo había sido con ella pero no le había entendido bien? En aquellos días, su español no era muy bueno y podía ser que no hubiera comprendido del todo algunos de los consejos de su médico. En todo caso, nunca habría imaginado que Alejandro estuviese tan preocupado por ella.

–¿Tratas de decirme que dejaste de hacer el amor conmigo por consejo del doctor Santos?

–¿Por qué otra cosa si no? –respondió él abrazándola suavemente–. Yo dormía en otra habitación, no sólo porque no quería despertarte cuando volvía tarde del trabajo, sino porque sabía que no podría resistir estar en la cama contigo sin hacerte el amor.

–No tenía ni idea. Deberías habérmelo dicho.

–Yo estaba presente cuando el médico te advirtió que tenías que tener mucho cuidado si querías que tu embarazo se llevase a cabo felizmente. Ya habías tenido algunas hemorragias –le recordó él con gesto serio–. Reconozco que no te expliqué mi decisión de dormir en habitaciones separadas, pero tampoco había mucho decir. No

teníamos otra elección.

Ella apoyó la mejilla sobre su hombro desnudo, a modo de disculpa. Estaba consternada. Se sentía avergonzada de haber juzgado tan mal el comportamiento de Alejandro en el pasado. Ella había visto todo a través del prisma distorsionador de su desdicha y su inseguridad. Alejandro no se había cansado de ella, ni la había despreciado. A pesar del mal momento por el que estaba pasando, él lo había hecho todo por el bien de ambos, mientras que ella con su comportamiento sólo había contribuido a crearle más problemas. Se sintió avergonzada, pero a la vez reconfortada de ver lo mucho que había madurado desde entonces.

–Vamos a hacer un trato –le susurró él al oído–. Tú te mantienes alejada de Marcos, sin verlo ni hablarle, y yo te prometo que las cosas irán mucho mejor entre nosotros.

Jemima se quedó sorprendida de aquella proposición que parecía caída del cielo. Para ella, aquello no suponía ningún sacrificio.

–Está bien... si es eso es lo que quieres.

–No es que yo lo quiera, es que es así como tiene que ser –replicó Alejandro con voz de juez.

–No era mi intención discutir el acuerdo. De hecho no tengo el menor problema en cumplir con mi parte –dijo ella muy cordial.

La tensión que Alejandro había mantenido hasta entonces pareció relajarse con esas palabras. Le pasó la mano por el pelo a Jemima cariñosamente.

–Vamos a dormir –dijo él con voz grave–. Si no, estarás demasiado cansada para desayunar conmigo por la mañana. Saldré a primera hora para asistir a un consejo de administración en Sevilla.

Jemima sonrió al ver que él ya había hecho planes para desayunar con ella y recordó la pasión con que le hizo el amor esa tarde en la habitación de aquel hostal de la carretera. Pero allí, en sus brazos y en su habitación, se sentía mucho más a gusto y con más intimidad. Incluso después de la noticia de la llegada de Marcos, seguían aún juntos. El pacto que había hecho con Alejandro sonaba casi como un ultimátum, pero no le preocupaba, no tenía la menor intención de ver a su antiguo amigo y menos aún de permitir que volviese a destruir su matrimonio por segunda vez.

A la mañana siguiente, Alejandro esperó a que ella terminara de disfrutar de su desayuno en la terraza y a que Alfie bajara con Plácida. El niño pudo ver así despegar el helicóptero de su padre de la explanada del patio principal.

Jemima estaba aún sentada afuera, con un vestido ligero de algodón, cuando Beatriz se le acercó.

–¿Crees que hice mal dándole a Marcos tu número de móvil ayer por la noche? –dijo Beatriz, algo nerviosa–. Mi hermano me dijo que tenía muchas ganas de hablar contigo y yo no sabía qué hacer.

–Me temo que soy yo la que no quiere hablar con él –replicó Jemima en voz baja.

–Pero si Marcos y tú tuvieseis una conversación y luego tú aclarases las cosas con Alejandro, tal vez podría resolverse esa situación tan desagradable que empaña vuestra relación y por extensión la de toda la familia. Todo esto resulta muy incómodo para todos nosotros y, cuando se corra la voz de que Marcos está de nuevo en casa, puede que las cosas empeoren más aún. Nuestros familiares y vecinos empezarán a invitarle a sus casas. Nadie, fuera de estos muros, está al corriente de la disputa que existe entre mis dos hermanos.

–¿Cómo es posible? Imaginaba que tu madrastra se habría encargado de airear todos mis trapos sucios cuando me fui de esta casa –dijo Jemima con un gesto muy expresivo.

–Se cuidó mucho de hacerlo al saber que su hijo podría haber tenido una relación contigo. Doña Hortensia se siente muy orgullosa de la familia y trató de proteger el buen nombre de Marcos. No lo hizo por ti, desde luego –dijo Beatriz con tristeza–. Ella espera que ahora que ha vuelto a casa pueda encontrarle una buena esposa.

Jemima pareció quedarse de piedra al escuchar ese comentario.

–¡Pues ya puede esperar sentada! –replicó muy espontáneamente.

Luego miró a su cuñada y se sorprendió al ver su sonrisa irónica de complicidad. No era la primera vez que Jemima se preguntaba hasta qué punto Beatriz podría conocer la vida privada de su hermano menor. Pero guardó silencio. No podía creer que Beatriz supiera de Marcos algo que ni siquiera el propio Alejandro, con lo sagaz que era, había sospechado nunca. No era fácil hablar con Beatriz. Era muy reservada incluso con su propia familia. No le gustaba inmiscuirse en los asuntos de los demás ni meterse en ningún tipo de problemas, pero últimamente había demostrado coraje y entereza. Había ayudado a su madrastra a instalarse en su nueva casa, dentro de la hacienda de los Vázquez, y había aguantado estoicamente que doña Hortensia le hubiera tildado de ingrata y egoísta cuando le comunicó su intención de quedarse en el castillo con su hermano.

La verdad era que Jemima valoraba su amistad y hubiera

querido poder confiar en ella.

Echaba de menos la compañía de Flora, reconoció con tristeza. Se preguntó si su amiga podría tener la oportunidad de hacerle una visita en España aunque sólo fuera por unos días.

Jemima se pasó prácticamente toda la semana siguiente reorganizando las habitaciones con María, el ama de llaves. Eso la mantuvo ocupada, mientras Alejandro seguía atendiendo sus negocios en Sevilla. Estaba adaptando una habitación para que sirviera como comedor de diario. Un comedor más pequeño pero más acogedor que aquella gran sala, con aquellos muebles antiguos tan oscuros, reservada para los grandes banquetes que debieron celebrarse en tiempos pasados y que doña Hortensia consideraba un símbolo de la dignidad de la familia.

Jemima se preguntó si debería haber discutido aquellos cambios con Alejandro, pero luego se dijo que a él no le interesaban demasiado ese tipo de cosas y decidió seguir adelante con sus propias ideas.

Oyó entonces que María hablaba con alguien en el vestíbulo mientras ella estaba entretenida poniendo unas flores en la mesa de aquel salón, en un esfuerzo por darle un toque de ese esplendor feudal al que tan acostumbrados estaban los Vázquez.

–Jemima…

Jemima volvió los ojos hacia donde provenía aquella voz y se quedó pálida al ver en el umbral de la puerta a un hombre muy apuesto, alto, ancho de espaldas y con el pelo negro como el carbón. Era como una versión algo más joven de su hermano Alejandro, aunque no era tan alto ni tan atlético como él. Iba muy bien vestido. Tanto, que hubiera pasado fácilmente por un modelo de una revista de moda.

–¡Marcos! –exclamó ella sin salir de su sorpresa–. ¿Cómo tú por aquí? ¿No sabes que no quería verte?

–Eso no es muy amable por tu parte –dijo él en tono de reproche–. Después de todo, somos de la familia.

Capítulo 9

JEMIMA estaba resuelta a acabar con aquello, así que le dijo a María que podía retirarse, que ya se encargaría ella de terminarlo todo. Tan pronto salió el ama de llaves, Jemima cerró la puerta y, con la espalda apoyada en ella, miró a Marcos fijamente.

–No me puedo creer que tengas aún el descaro de mirarme a la cara –dijo con los ojos encendidos de rabia, soltando chispas de indignación.

–No entiendo por qué estás tan enfadada conmigo –replicó él, encogiéndose de hombros.

Al ver que el hermano de Alejandro quería hacerse el despistado, Jemima se puso tensa como un caballo de carreras a punto de dar la salida.

–No te hagas el tonto, sabes muy bien por qué estoy enojada. ¿Cómo pudiste permitir que Alejandro creyera que habíamos tenido una aventura?

–Bueno, tú ya te habías ido del país y tu matrimonio estaba roto. ¿Qué podía importarte ya lo que él pensase? –respondió él en tono de inocencia como si siguiese sin comprender nada.

–No te importaría a ti, pero a mí sí. ¿Tan poco aprecio sientes por tu hermano, que dejaste que creyera una cosa así?

–Está bien –dijo Marcos respirando hondamente–. Seré sincero contigo. No me importaba lo que pudiera pensar nadie con tal de tener una buena excusa para marcharme de casa e irme a vivir a Nueva York. Dario y yo necesitábamos un poco de intimidad en nuestras vidas. Y como, francamente, creía que entre Alejandro y tú yo ya no había nada, pensé que eso no le importaría a nadie.

–Tú no eres tan ingenuo como pretendes hacerme creer –respondió Jemima con los puños apretados a lo largo del cuerpo, a punto de perder la paciencia al no ver la menor muestra de arrepentimiento por parte de Marcos–. Podías haberte ido perfectamente a Nueva York con Dario o con quien hubieras querido, sin necesidad de humillar a tu hermano con esa sucia mentira.

–Yo no mentí –replicó él con un aire exasperante de condescendencia–. No tenía por qué. Alejandro estaba convencido

de que tú y yo habíamos tenido una aventura y yo simplemente me limité a no negarlo. Si él quería creer una cosa tan absurda, eso era asunto suyo, yo no tenía nada que ver en eso.

–¿Cómo que no? ¡Tú tenías mucho que ver! –exclamó Jemima–. No te importó a quién pudieras hacer daño. Usaste nuestra relación como una excusa para…

–Tu matrimonio estaba roto –insistió él de nuevo–. Y no sabía que estabas todavía embarazada.

–Yo tampoco lo sabía cuando me fui de España –admitió Jemima de mala gana.

–Naturalmente, habría obrado de otro modo si hubiera sabido que ibas a tener un niño. No hubiera dejado que mi hermano creyese esa historia tan estúpida. Pero no tenía ni idea.

–Bueno, ahora ya lo sabes y debes saber también que Alejandro y yo estamos juntos de nuevo, tratando de sacar adelante nuestro matrimonio –dijo ella muy serena–, y no resulta nada fácil mientras él siga creyendo que yo me he acostado contigo.

–A mi hermano siempre le han ido las cosas muy bien en la vida. Ha tenido mucha suerte en el colegio, en los negocios y con las mujeres –dijo Marcos sin poder ocultar su resentimiento–. Un poco de sufrimiento creo que no le vendrá nada mal para bajarle los humos.

Al oír esas palabras llenas de rencor, Jemima tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. Hubiera querido decirle a la cara todo lo que pensaba de él, pero pensó que sería contraproducente, su objetivo era solucionar las cosas y no estropearlas más de lo que estaban. Aún no podía comprender cómo no se había dado cuenta antes de la envidia que Marcos sentía hacia su hermano. Si lo hubiera sabido, nunca le habría dado su amistad ni le habría abierto su corazón como lo había hecho en el pasado. Él, con su conducta egoísta y cobarde, había tenido gran parte de la culpa de que ella hubiese decidido abandonar a su esposo.

No quiso volver a pensar en ello.

–Tienes que decirle a Alejandro la verdad.

–No puedo hacerlo –respondió Marcos negando a la vez con la cabeza.

–Bueno, tú verás –dijo Jemima, conteniendo su impulso de mostrase más agresiva con él–. Pero no esperarás que me quede cruzada de brazos. Si no se lo dices tú, lo haré yo.

La aparente calma de Marcos pareció desparecer en un segundo. Se acercó a ella muy airado.

–Te comprometiste a guardarme el secreto.

Jemima alzó la barbilla, en un gesto arrogante de desafío.

–Entonces no sabía el daño que ese secreto podía causar a mi matrimonio. Creo que ya ha llegado la hora de que te sinceres con tu familia. Puede que no seas lo que ellos esperaban de ti, pero en todas las familias hay secretos que, antes o después, acaban por salir a la luz. Y mucho peores.

–Para mi madre, no creo que haya una noticia peor que la de enterarse de que el gran amor de su hijo querido no es una mujer, sino un hombre –dijo Marcos con un gesto de amargura y desprecio–. ¿La has oído hablar alguna vez de los homosexuales?

Jemima hizo una mueca y movió la cabeza en señal de comprensión.

–Ella es una mujer mayor con prejuicios, pero podría cambiar si hablases con ella y le dieses la oportunidad de entender lo que realmente eres y comprendiese tus sentimientos.

–¿Estás bromeando? –exclamó Marcos, con las mejillas encendidas–. ¡Me echaría de casa y me quitaría la asignación!

–No sabía que recibieses una asignación de tu madre –dijo Jemima con un gesto de sorpresa.

–¿Crees que podría llevar la vida que llevo con el sueldo de empleado que tengo?

Jemima se puso tensa y se apartó unos pasos de la puerta en la que había permanecido apoyada hasta entonces.

–Mira Marcos, tus asuntos económicos no son de mi incumbencia. Ni tampoco lo que le digas o dejes de decirle a tu madre. Pero Alejandro sí lo es y espero que le digas que eres homosexual para que así se convenza de una vez de que tú y yo nunca hemos tenido una aventura.

Marcos le dirigió una mirada cargada de resentimiento.

–No pienso decirle nada. Alejandro despidió del trabajo al único homosexual que había en su empresa, ¿o acaso no te le contó?

–Sí, pero creo que el hombre en cuestión era uno de esos tipos pendencieros que van siempre provocando y buscando problemas. Ya había sido apercibido varias veces por su comportamiento con otros compañeros del trabajo, antes de que lo despidieran. No hay nada que me induzca a pensar que Alejandro pueda alimentar sentimientos homófobos, nunca le he visto una conducta de animadversión hacia una persona homosexual. Tampoco comparte el punto de vista religioso que tiene tu madre sobre ese asunto –dijo Jemima ahora muy calmada y serena–. Marcos, yo no te estoy obligando a hacerlo, sólo te digo que, si tú no se lo dices a tu hermano, se lo diré yo. No me siento obligada a guardar por más

tiempo un secreto que está amenazando con destruir mi felicidad y la de mi hijo.

–Eso es un chantaje –protestó Marcos muy enfadado.

–No te mereces ninguna explicación después de lo que le hiciste a Alejandro –replicó Jemima, con la cabeza en alto, en señal de desafío–. Yo no te debo nada.

Estaba claro que hablaba en serio y que no iba a dar marcha atrás en su decisión.

Marcos perdió los estribos. Le dirigió una mirada llena de odio y profirió contra ella algunos insultos. Luego, se fue hacia la puerta, la abrió con malos modos y se marchó del castillo sin despedirse de nadie, ante la atónita mirada del ama de llaves, que le miró asombrada desde el vestíbulo.

Jemima respiró profundamente y volvió a sus quehaceres, retocando el centro de flores que había estado preparando. Beatriz entró entonces y se quedó un instante admirando cómo estaba quedando la sala. Luego le dio su opinión a Jemima. Encontraba la estancia mucho más acogedora y confortable que antes y además sería mucho más cálida y agradable durante los fríos meses de invierno cuando se encendiese la chimenea. Tras unos minutos de charla con su cuñada, Jemima volvió a sentirse tan a gusto y relajada que llegó a pensar que aquella tensa y desagradable conversación que acababa de tener con Marcos había sido sólo producto de su imaginación.

Pero no podía dejar de pensar en lo que había sido su amistad. Acababa de conocer un dato que podía arrojar mucha luz sobre lo sucedido en el pasado. Marcos dependía económicamente de su madre y, a juzgar por las propias declaraciones de doña Hortensia, era razonable pensar que, si Marcos admitiese públicamente su condición de homosexual, se armaría tal revuelo, que su bolsillo podría verse afectado seriamente. ¿Sería ésa la razón por la que Marcos había ocultado siempre su inclinación sexual? ¿Simplemente por salvaguardar su estatus económico? Sea como fuese, lo que estaba claro, pensó Jemima, era que había sido demasiado ingenua y confiada con él.

Aquella amistad con su cuñado le había salido demasiado cara. Se había visto obligada a ocultar cada vez más cosas a su marido, al tiempo que Marcos la había utilizado para que le sirviese de pantalla y coartada acompañándole a aquellos lugares en los que le interesaba que le vieran en compañía de una mujer. Dario, su novio italiano, los había acompañado a menudo en sus salidas nocturnas. ¿Qué había sido de la sinceridad y franqueza de las que se sentía

tan orgullosa? Tenía que reconocer que, casi desde el principio de su matrimonio, le había ocultado cosas a su marido.

Aquellos pensamientos le hicieron recordar un pasado que quería olvidar. Era mejor no revolverlo. No iba a conseguir nada desenterrándolo. Alejandro se daría por satisfecho cuando ella le contase la verdad de lo que había hecho dos años antes con todo aquel dinero que había sacado de la cuenta conjunta que tenían en el banco. Pero un minuto después, la miraría con desprecio, deseando que no le hubiera dicho nada, y ella se vería una vez más como esa mujer que distaba mucho de ser la esposa que un hombre como Alejandro se merecía. Su matrimonio no podría soportar un segundo golpe de ese tipo.

–Marcos puede ser muy voluble –dijo Beatriz muy comedida al ver la cara de preocupación de Jemima.

–Sí –replicó ella escuetamente.

–Doña Hortensia le mimó demasiado cuando era niño.

El ama de llaves apareció entonces en la puerta llevando un mensaje de Alejandro. Había telefoneado para informar que pasaría la noche en el apartamento que tenía en Sevilla. Jemima se sintió desolada. En ese momento se dio cuenta de lo mucho que había estado esperando estar con él esa noche. Se sintió además un poco ofendida por el hecho de que no le hubiera llamado a ella para comunicárselo.

–Jemima... vete a Sevilla con mi hermano –le dijo Beatriz–. Si quieres estar con Alejandro, ¿por qué no vas? Yo cuidaré de Alfie, me encargaré de que se bañe y se vaya a la cama a sus horas. Por cierto, pienso ir esta tarde a ver a mi amiga Serafina y me gustaría llevarle conmigo, si no tienes inconveniente. Serafina tiene un niño de su misma edad y se lo pasará bien.

Jemima puso algunas objeciones, pero al final se rindió ante el deseo de su cuñada de entretener a su sobrino y de ir con él muy orgullosa a casa de su amiga.

Subió arriba para cambiarse. Estaba encantada con la idea de dar una sorpresa a Alejandro, nunca se había atrevido a hacer una cosa así, pero ahora se sentía más segura de sí misma. No había nada malo en ello, se dijo muy entusiasmada. Tan pronto Marcos hiciera lo que tenía que hacer, quedarían disipadas todas las sombras que su cuñado había proyectado sobre su matrimonio.

Estaba arreglándose en su dormitorio cuando sonó el teléfono. Le sorprendió mirándose en el espejo. Esta probándose un vestido color frambuesa con un escote drapeado que se ajustaba a la perfección a sus pechos, resaltando a la vez la estrechez de su

cintura y descubriendo generosamente buena parte de sus piernas.

Descolgó el auricular.

–Jem..., ¿eres tú? –dijo una voz de hombre al otro lado de la línea–. Una mujer me dijo que iba a pasarme contigo.

Jemima se quedó helada. Su cara se volvió blanca como la nieve. Sintió que le flaqueaban las piernas y estuvo a punto de caerse de no haber tenido la cama al lado. Había creído que nunca volvería a escuchar aquella voz, pero el destino parecía ser demasiado cruel para dejarla en paz, para dejarla olvidar de una vez sus recuerdos y errores del pasado.

–¿Cómo me has encontrado? –preguntó muy tensa.

–Tu prima, Ellie, vio una foto tuya en una revista y me la enseñó. Allí estaba mi pequeña Jem, con un vestido de noche, toda rodeada de gente encopetada de la alta sociedad como si fuera una más de ellos –dijo el hombre sonriendo–. Así que has vuelto con ese arrogante y poderoso conde español y ya ni te acuerdas de mí, ¿eh?

–¿Por qué tendría que hacerlo? –preguntó Jemima a su padre muy seria.

–La revista también decía que tenías un hijo. Ese niño es mi nieto y aún no he tenido la ocasión de verlo –se lamentó Stephen Grey–. Creo que debería hacerte una visita. Si apareciera ahora en tu vida después de tanto tiempo y dijera ciertas cosas, tendrías mucho que perder, Jem.

–No tengo dinero... no puedo darte nada –dijo ella muy encendida–. ¡Deja ya de amenazarme!

Jemima colgó bruscamente el teléfono sin esperar respuesta. No estaba dispuesta a permitir que aquella pesadilla volviese a empezar de nuevo. Y tampoco iba a dejarse intimidar por sus amenazas. Pero en el fondo, se preguntaba cuánto dinero necesitaría para comprar el silencio de su padre.

Stephen Grey era un hombre mezquino que había maltratado a su esposa y a su hija, tanto psicológica como físicamente, de palabra y obra, y la había echado a ella a la calle cuando apenas era una adolescente. Si ella había conseguido abrirse camino en la vida, no había sido precisamente gracias a Stephen Grey.

Él no tenía ningún derecho a pedirle dinero ni a amenazarla, pero sabía que volvería a telefonearla o, lo que era aún peor, a hacerle una visita como ya había hecho en una ocasión. Ella le había dado dinero hacía dos años para mantenerlo alejado y con la boca cerrada, pero esperaba no volver a cometer el mismo error.

Se veía en esa situación porque desde el principio de su relación con Alejandro le había dicho una mentira piadosa para ocultar la

cruda realidad. Él provenía de una familia noble y respetable y ella no veía razón alguna para sacar a la luz sus orígenes humildes. Sentía vergüenza de confesar a Alejandro que su padre había estado en la cárcel varias veces y que pegaba a su madre con demasiada frecuencia. Había llevado una vida miserable al lado de una madre alcohólica que se pasaba el día bebiendo como única válvula de escape para soportar al marido que le había tocado en suerte.

Al llegar a Sevilla, dejó el coche en el aparcamiento subterráneo del edificio donde se ubicaba la sede central de la empresa de Alejandro. Cuando llegó a la última planta, se enteró de que estaba en una reunión y pensó que quizá no había sido una buena idea presentarse así, sin avisar, para darle una sorpresa cuando estaba tan ocupado. Estaba a punto de sentarse a esperarle cómodamente en un sofá del hall de recepción cuando dos ejecutivos de la empresa pasaron a su lado y, al reconocerla, se pararon a hablar con ella.

En ese momento, Alejandro salió de la sala de reuniones. Acaba de conseguir un contrato muy favorable y se estaba despidiendo de sus colegas y abogados antes de descubrir a su esposa rodeada por un pequeño grupo de admiradores en el hall de recepción. Parecía atraer a los hombres con la fuerza de un imán, pequeño pero muy poderoso. La vio sonreír con sus ojos violeta tan seductores. Llevaba la chaqueta abierta, dejando adivinar las deliciosas curvas de su tentador cuerpo.

Alejandro la miró con un gesto de reproche contenido.

Jemima le dirigió una sonrisa a modo de saludo. Estaba espléndido con aquel traje tan elegante que llevaba, pero parecía, a primera vista, algo cansado.

–¿Estás muy ocupado, cariño? –le dijo ella.

–No creo que haya ningún hombre en todo el edificio que dijera que está ocupado si tú se lo preguntases –replicó él, saludando amistosamente a sus ejecutivos mientras ellos se alejaban discretamente para ir a atender sus asuntos–. Estás irresistible con ese vestido, querida.

Pero Jemima observó que sus halagos y su sonrisa no se correspondían con el gesto sombrío de su mirada. Su sexto sentido la avisó de que algo no iba bien. Él puso una mano en su espalda y le condujo hacia los ascensores, mientras ella le miraba detenidamente sintiendo un cosquilleo en su espalda que pronto se extendió por todo su cuerpo. Siempre le pasaba lo mismo cuando Alejandro estaba cerca de ella y la tocaba. Recordó el momento en que se había despertado esa misma mañana, poco después del

amanecer, y había sentido el calor y la virilidad de su cuerpo junto al suyo y cómo luego lo había sentido aún más íntimamente tras hacer el amor apasionadamente con él. Ella nunca había sido una persona muy madrugadora, pero Alejandro había logrado cambiar sus costumbres. Había algo especialmente sensual y excitante en despertarse y sentir junto a ella el cuerpo caliente y duro de un hombre por la mañana. El más leve toque de Alejandro despertaba su deseo y llenaba su mente de multitud de imágenes eróticas.

Cuando Jemima consiguió sustraerse a esos recuerdos, se dio cuenta de que estaba temblando y de que Alejandro había creado un silencio tenso e incómodo entre ellos que era preciso romper.

–¿Acabaste ya el trabajo por hoy? –le preguntó ella–. No quisiera haber interrumpido algo importante que estuvieras haciendo.

El ascensor siguió bajando hasta llegar al aparcamiento.

–No, ya estaba preparándome para salir –respondió él–. ¿Has dejado el coche aquí?

–Sí.

–¿Qué te ha traído a Sevilla? –preguntó Alejandro en el momento en que un coche se detuvo junto a ellos y salió su conductor para abrirles la puerta.

–Bueno… Tenía ganas de verte –replicó ella–. ¡De veras! –añadió al ver el gesto de extrañeza y de incredulidad de él.

–Dios mío, ¿no me digas que tienes algo importante que decirme? –exclamó Alejandro suavemente.

Jemima sintió un escalofrío por el cuerpo al oír esas palabras. ¿Por qué le habría hecho esa pregunta? ¿Sospecharía algo de ella? Trató de dominarse y aparentar serenidad.

–No, ¿qué tendría que decirte?

–Eso sólo tú puedes saberlo –replicó Alejandro con frialdad.

Jemima le miró resignada mientras el coche salía a la superficie. Si a él le gustaban las sutilezas, ella prefería en cambio ser más directa.

–Nunca he sido muy buena para las adivinanzas. ¿Me puedes decir qué está pasando?

Alejandro permaneció callado mirando a un punto invisible muy lejano, mientras ella contemplaba por la ventanilla del coche el bullicio de las calles atestadas de gente, esperando en vano una respuesta que no se produjo.

–Bueno, esto me enseñará una lección –dijo entonces Jemima–. No se te ocurra nunca ir a dar una sorpresa a tu marido al trabajo… Estás tan frío y distante conmigo, que me haces sentir como si

tuviera la peste –dijo ella en tono informal, tratando de quitar hierro a la situación y olvidar de paso el dolor y la indignación que había sentido con aquel recibimiento tan frío.

–¿Qué esperabas de mí exactamente? –le preguntó Alejandro con sus ojos dorados brillando como el fuego.

Jemima lo miró desconcertada sin saber qué decir. En ese momento, la limusina se detuvo al entrar en el centro de Sevilla. El conductor se bajó y les abrió la puerta. Se bajaron y caminaron por la zona peatonal. La casa de los Vázquez estaba en un edificio elegante y antiguo que conservaba el sabor histórico de la parte vieja de la ciudad.

Pasaron por una serie de calles muy estrechas del siglo XVIII y de patios adornados de forma primorosa con macetas y flores de todos los colores imaginables. Alejandro no podía ocultar su enfado y ella le miraba de reojo con el corazón en un puño.

Tras atravesar una gran puerta y pasar por una zona con el suelo adoquinado, llegaron a un edificio muy elegante.

–¿Por qué estás enfadado conmigo? –le preguntó ella finalmente.

–Porque eres una mentirosa. No puedo seguir casado con una mujer en la que no puedo confiar y que aprovecha para engañarme en cuanto la dejo sola.

Era sin duda una acusación muy grave y encajó aquellas palabras como si hubiera recibido un golpe en la boca del estómago. Entraron en un ascensor de estilo antiguo, de hierro forjado y puertas plegables de madera. ¿Así que era una mentirosa y él no podía confiar en ella? Las palabras de Alejandro suponían una seria amenaza a su matrimonio. Sólo había una explicación posible que pudiese justificar su comportamiento.

Entraron en la casa. Era muy amplia. Parecía ocupar el espacio de dos viviendas contiguas que se hubieran reformado para hacer una sola más espaciosa.

–Veo que ya sabes que he estado hablando con Marcos –dijo ella de repente– ¿Cómo te has enterado?

–Cuando te llamé por teléfono, María me dijo que estabas con él.

Alejandro se dirigió al gran salón. Las palmeras del patio de enfrente proyectaban en sus paredes unas sombras alargadas que parecían bailar al compás del movimiento de sus hojas, agitadas por la suave brisa de la tarde. Jemima se quedó sorprendida del tono de la decoración. Los colores oscuros a los que se había acostumbrado ya en el castillo, estaban aquí ausentes. Todo parecía teñido de tonos pastel muy suaves y llenos de luz.

–Marcos vino al castillo esta mañana para hablar conmigo –

replicó Jemima hecha un manojo de nervios–. Ayer por la noche, me llamó al móvil y me dejó luego un mensaje, pero yo no respondí a ninguno de ellos.

Alejandro la miró impasible mientras hablaba, con un gesto de desprecio en los labios.

–Otra cosa que tampoco me habías contado.

–Sé razonable –dijo Jemima a punto de perder la paciencia–. No quería que un mensaje estúpido y una llamada perdida de Marcos causasen más problemas en nuestro matrimonio.

–No puedo vivir contigo si no tengo confianza en ti –dijo él, mirándola de una forma que hizo que se le pusiera la carne de gallina–. Creía que las cosas empezaban a ir bien entre nosotros después del acuerdo al que habíamos llegado, pero ahora veo que estuviste con Marcos a pesar de la promesa que me hiciste.

Jemima estaba temblando, sentía náuseas en el estómago. Nunca se había sentido tan sola ni asustada como en ese momento. Podía sentir la fuerza y la determinación de Alejandro. Si él pensaba que lo correcto era separarse de ella, tomaría esa decisión sin vacilar, costase lo que costase. Por desgracia para ella, le había prometido no ver a Marcos y había roto su promesa. ¿Cómo podía defenderse ahora?

Pensó que no era el momento más adecuado para decirle que no estaba siendo razonable con ella. Marcos, como miembro de la familia, tenía derecho a entrar en el castillo cuando quisiese. No era fácil evitar su presencia en la casa. Alejandro no estaba siendo ecuánime ni justo, se dijo para sí. Parecía llevarse más bien por sus emociones. En todo caso, podía sentir la distancia y la barrera que él parecía haber levantado entre ellos. Ella estaba tan horrorizada con la sola idea del divorcio, que apenas podía pensar en nada. No podía soportar que Alejandro le diera la espalda. Había probado las mieles de la felicidad y estaba a punto de perderle de nuevo. Era algo muy cruel que no podía soportar.

Jemima se dio cuenta, tal vez demasiado tarde, de en qué se había equivocado. Había subestimado el daño que podía causarle a Alejandro creerla infiel. Y había cometido ese error tan grave porque, sabiéndose inocente, no había previsto la reacción de un hombre orgulloso y arrogante cuando se siente ofendido. Sí, se había comportado como una mujer sin experiencia. Pero había madurado y aprendía de prisa. Su felicidad, al lado de Alejandro, estaba en peligro y estaba dispuesta a defenderla por encima de todo, sacrificando para ello lo que fuese necesario.

–Nunca ha habido nada entre tu hermano y yo. Él te lo dirá

personalmente este fin de semana –dijo Jemima a su marido de repente, sin medir demasiado el alcance de sus palabras.

–¿De qué estás hablando? –exclamó él con el ceño fruncido.

–Marcos me dijo que nunca te confesó realmente que él y yo hubiéramos tenido una aventura, que se limitó simplemente a no negar tu acusación. Pero, este fin de semana, sabrás toda la verdad y comprenderás, sin ningún género de dudas, por qué es imposible que me haya podido acostar con él. Si Marcos no quiere decírtelo, tendré que hacerlo yo. Es el trato al que hemos llegado.

–¿Pero de qué demonios hablas? –exclamó Alejandro sin entender nada de todo aquel embrollo–. ¡Déjate de adivinanzas!

–Le di mi palabra a Marcos de darle la oportunidad de contártelo él personalmente antes de que me viera obligada a hacerlo yo.

–Si hay algo que yo deba saber, ¡te exijo que me lo digas ahora mismo! –exclamó Alejandro estallando de indignación.

Se produjo entre ellos un silencio tenso.

–Marcos es homosexual –confesó al fin Jemima casi en un susurro, consciente de la promesa que acababa de romper y lamentando en seguida haberlo hecho–. Como ves, está fuera de toda duda que haya podido haber ninguna intimidad entre nosotros.

–¿Estás inventando una patraña como ésa para tratar de encubrir tu infidelidad? –exclamó Alejandro fuera de sí–. Eso es mentira, no es más que una calumnia vil y despreciable contra mi hermano.

–Comprendo que te cueste creer lo que te acabo de decir, pero es la verdad, no estoy tratando de inventarme nada –dijo ella muy serena pero con firmeza.

–Mi hermano ha salido con mujeres muchas veces… desde que tenía dieciséis años. Si fuera homosexual, hace tiempo que me habría enterado –replicó Alejandro muy serio, con el rostro desencajado.

–Marcos ha hecho todo lo posible por ocultar su verdadera tendencia sexual. No se dio cuenta de que era homosexual hasta que estuvo en la universidad. Las chicas con las que salía fueron sólo una tapadera. ¿No te has preguntado alguna vez por qué no estuvo nunca con ninguna más de un par de semanas?

–Hay muchos jóvenes de su edad que no quieren mantener una relación seria y estable con una chica.

–Veo que no voy a llegar a ninguna parte contigo –dijo Jemima con una sonrisa de resignación–. Te estoy diciendo la verdad, y sin embargo no me crees. Marcos no quería que nadie lo supiera, y

menos aún tu madre y tú. Conociendo la forma de pensar de doña Hortensia, Marcos temía quedarse sin su asignación mensual si ella se enteraba.

–No vamos a seguir discutiendo este asunto eternamente. Para mí, está fuera de toda duda que mi hermano no puede ser homosexual –dijo Alejandro con un gesto de desdén–. Nunca hubiera creído que podrías caer tan bajo como para decirme una mentira así.

Jemima palideció por unos instantes, incapaz de poder convencerle de que le estaba diciendo la verdad. Decidió cambiar entonces de estrategia.

–Por lo que he creído entender, Marcos sigue aún con Dario Ortini –dijo ella con cierta cautela.

–Eso no tiene nada que ver. Estudiaron juntos. Son viejos amigos.

–No, son mucho más que eso –dijo Jemima moviendo la cabeza significativamente arriba y abajo–. Son pareja, Alejandro. Una pareja muy bien avenida. ¿No te resultó extraño que Dario se fuese también con él a Nueva York?

Alejandro hizo ademán de volver a rebatir su afirmación, pero se contuvo y permaneció callado con el ceño fruncido. Ella pudo seguir, a través de sus gestos y expresiones, lo que pasaba por su mente en cada momento, sus reflexiones, sus conjeturas, las relaciones que iba estableciendo con todo lo que ella le había dicho y su conclusión final.

Hubo un silencio incómodo. Él pareció cambiar de actitud, pasando gradualmente de la incredulidad al enfado y luego a una aceptación resignada de los hechos.

–Me cuesta creerlo. ¡Dario! ¿Quién lo iba a decir? Aunque en su caso no es tan extraño, después de todo… Aquella amistad tan estrecha y… Es evidente que mi hermano ha estado llevando una doble vida durante años… ¡Dios mío! ¿Por qué no me lo dijo? ¿Se pensaría que me iba a reír de él? ¡Como si a mí me importara eso! Él es mi hermano y lo será siempre. Pero ¿por qué diablos me haría creer que había tenido una relación contigo?

Jemima se apartó con la mano el pelo de la frente, algo sudorosa.

–Marcos tiene celos de ti. Te tiene envidia por todo lo que has logrado en la vida.

–Es cierto, siempre ha tratado de competir conmigo en todo lo que yo hacía –reconoció Alejandro.

–Lo que no acierto a entender es cómo pudo hacerte creer que

había tenido una aventura conmigo, pero bueno, eso es algo que tendrás que discutir con él más que conmigo.

–En este momento, lo que más necesito es un trago de algo fuerte, ¿quieres algo? –dijo Alejandro, dirigiéndose a grandes zancadas hacia el mueble de las bebidas.

Ella tomó la copa que él le ofreció y se la pasó por la cara, para refrescarse un poco, tras aquellos momentos tan acalorados. Contempló a Alejandro. Estaba tenso y pálido. Con lo moreno que era resaltaba más su palidez. Sin duda estaba librando una tremenda batalla interior.

–¿Estás bien? –le preguntó ella con gesto de preocupación.

–No –respondió él rotundamente–. Estoy destrozado. Mi hermano es homosexual y ni siquiera lo había sospechado.

–Es lo que pretendía Marcos. No quería que su familia lo supusiese.

–Cuando se entere mi madrastra, le dará algo –dijo Alejandro, pasándose la mano por su espléndido y abundante pelo negro y volviéndose luego hacia Jemima–. Pero creo que lo más importante, en este momento, es pasar revista a lo que he hecho contigo y con nuestro matrimonio. Te condené, te juzgué equivocadamente y me negué a aceptar tu palabra.

–Estoy muy contenta de que al final hayas sabido y aceptado la verdad. Puedo comprender que te resultase difícil creer que no había pasado nada entre Marcos y yo, teniendo en cuenta que él no quiso aclarártelo.

–Mi hermano te utilizó para vengarse de mí. Debería haber confiado más en ti –dijo Alejandro apurando su copa y dejándola en la mesa con un movimiento brusco–. Vamos a cenar a algún sitio.

Jemima se quedó sorprendida de su cambio de humor tan repentino, pero sabía que era algo muy típico de Alejandro. Era su manera de reivindicar su espacio y su libertad. Ella había roto, con su revelación, las barreras de aquel espacio y él necesitaba volver a poner en orden todas esas emociones y guardarlas en algún sitio donde ella no pudiera verlas.

Jemima se sintió frustrada viendo su negativa a compartir con ella sus pensamientos y emociones. Quiso arrojarse en sus brazos y decirle que lo amaba tanto como para perdonarlo, pero sintió que eso no le serviría de consuelo. Alejandro era muy orgulloso. Tenía un sentido muy estricto de la moral y las normas y, por desgracia para él, había quebrado sus propias normas. Tenía que resolver su conflicto interno haciendo uso de esos mismos principios y normas.

Cenaron cerca de allí, en un pequeño restaurante donde se

servía una buena comida y un buen vino. Alejandro había recobrado su seguridad en sí mismo y no hizo la menor mención a su hermano durante toda la cena. A la luz de las velas, buscó la mano de ella por encima de la mesa y la agarró con tanta fuerza que casi le hizo daño.

–No digas nada –dijo él en un susurro que más parecía una súplica que una orden–. Prefiero tu odio a tu compasión, cariño.

Viendo lo oportuno que sería cambiar de conversación, Jemima le preguntó cuándo había redecorado la casa.

–Poco después de marcharte tú de España. No podía resistir verla con el mismo aspecto que cuando tú estabas. Cada vez que atravesaba la puerta me parecía que iba a verte de nuevo esperándome allí como otras veces –dijo él, recalcando las palabras como si estuviera hablando de negocios.

–Y cuando entrabas en nuestra habitación del castillo, ¿qué pensabas?

–Lo mismo –dijo él, encogiéndose de hombros, como dando el asunto por zanjado.

Alejandro era más sensible de lo que se había imaginado. Y eso fue un descubrimiento que, lejos de complacerla, le creó un hondo pesar, porque le hizo ver lo mucho que él había debido de sufrir al creerse traicionado por ella. Marcos había golpeado en las raíces mismas del orgullo y el carácter posesivo de su hermano, así como en sus instintos de protección más arraigados para con su familia.

Un par de horas después, Jemima se desnudó y se metió sola en aquella cama de un metro cincuenta del dormitorio principal. Alejandro le había dicho que tenía un trabajo pendiente que terminar antes de volver a casa a la mañana siguiente. Se puso a dar vueltas en la cama. Tenía ganas de estar con él, no le importaba nada su orgullo ni todo lo que había pasado entre ellos, sólo quería sentir el calor de su cuerpo a su lado.

Finalmente, cayó en un estado de sopor del que se despertó bruscamente. Encendió la luz para ver la hora y comprobó que el otro lado de la cama seguía vacío. Eran las tres de la madrugada. No podía aguantar más. Apartó las sábanas a un lado y se dirigió de puntillas en busca de aquel marido que había preferido quedarse a trabajar a estar en la cama con su esposa.

Y, entonces, descubrió que Alejandro tenía aún el poder de sorprenderla.

Capítulo 10

JEMIMA supo que estaba borracho nada más verlo. Conocía muy bien aquellos signos desde que era niña. Los llevaba grabados en lo más profundo de su ser. Un hombre tambaleándose o tropezando con la mesa. Su propia madre hablando como si no supiera articular las palabras. Eran imágenes que aún la llenaban de miedo e inseguridad. El alcohol hacía que una persona perdiera el control de su voluntad y de su propia dignidad, por eso ella nunca había estado ebria y se sentía feliz de haberse casado con un hombre que tampoco tenía esas malsanas costumbres.

Pero, sin lugar a dudas, Alejandro tenía aspecto de estar bebido. Estaba allí en el cuarto de estar, iluminado sólo por la luz de la luna que se filtraba a través de la cortinas entreabiertas. Estaba descalzo, con los vaqueros desabrochados y la camisa abierta, dejando al desnudo su pecho musculoso y bronceado. Trató de incorporarse, al verla entrar, pero sólo consiguió tambalearse y perder el equilibrio. Afortunadamente, logró evitar la caída, apoyándose en la mesa que tenía al lado. Tenía el pelo revuelto y la barba de todo el día. La tenue luz de la sala daba a su cara desencajada un aspecto sombrío y sus ojos tenían un brillo salvaje desconocido para ella.

–¿Alejandro? –exclamó ella con un tono que parecía más una pregunta que un saludo.

–No puedo hablar ahora contigo –respondió él, tratando a duras penas de fijar sus ojos en ella.

–Pues vas a hacerlo, quieras o no. ¡Cualquier cosa es mejor que verte ahí sentado bebiendo solo! –replicó Jemima, abalanzándose sobre la botella que había sobre la mesa antes de que él pudiera alcanzarla de nuevo.

Por un instante, su rostro reflejó la frustración de verse privado de aquella botella. Luego se quedó como petrificado al comprender que había sido sorprendido en un estado más que lamentable y no sabiendo muy bien cómo salir airoso de aquella situación.

–Has estado bebiendo y quiero saber por qué –dijo Jemima.

–Ahora no… –contestó él, tratando de adecentarse lo mejor que pudo.

–Necesito saber por qué lo has hecho –insistió ella muy serena.

–¿Hace falta que te lo diga? ¡Lo he hecho todo mal en nuestro matrimonio! –exclamó él muy enfadado consigo mismo–. ¡Todo!

–Bueno, eso es algo que tendrás que aceptar –replicó ella encogiéndose de hombros.

–¿No sientes compasión?

–¿Por ti? ¿Con todo lo que me has hecho pasar? No te la mereces –replicó ella.

–Tienes la virtud de volverme loco de celos. Te vi en una ocasión hace tiempo con otro hombre y aún recuerdo cómo me sentí.

–¿Cuándo? –dijo ella con gesto de extrañeza.

–Fue bastante antes de que nos casáramos. Me habías dicho que, si yo seguía viendo a otras mujeres, tú también tenías derecho a salir con otro hombre.

Jemima alzó la cabeza, segura de sí misma, sin dejarse intimidar por esas palabras.

–Era lo justo, ¿no?

–Estabas en la calle y le sonreías de la misma manera que me sonreías a mí. Y él te tenía agarrada de la mano –recordó Alejandro con una mirada hostil pero a la vez temerosa–. No podía soportarlo. ¡Habría hecho cualquier cosa por apartarlo de tu vida! Sé que es algo irracional, pero no lo puedo evitar, es superior a mí. Soy celoso por naturaleza.

Jemima recordó cómo él aceptó salir sólo con ella y comenzaron desde entonces a tener una relación más seria. Sin embargo, lo que no sabía era que el demonio de los celos le siguiera corroyendo por dentro.

–Ya que quieres saber toda la verdad, te la diré. Me ponía furioso ver todo el tiempo que pasabas al principio con mi hermano. Yo trataba de ser comprensivo. Me pasaba muchas horas fuera de casa trabajando y sabía que tú te aburrías y no eras feliz. Marcos y tú os llevabais muy bien. Se os veía siempre tan juntos y sonrientes… Ni que decir tiene que eso me molestaba profundamente. Pensé que era un peligro para nuestro matrimonio, que podía perderte. Naturalmente empecé a sospechar que entre mi hermano y tú había algo más que una mera amistad platónica.

–¿A pesar de que estaba embarazada de Alfie y me pasé casi todo el embarazo entre vómitos y mareos? –dijo Jemima, tratando de hacerle ver lo infundados y disparatados que habían sido sus recelos en aquellas circunstancias.

–Tu amistad con Marcos empezó algunos meses antes de eso. Siempre te estaba buscando para salir contigo o para charlar y

contaros cosas.

–Supongo que fue una relación de conveniencia para los dos. Él me confesó su gran secreto y eso me hizo sentirme importante por ser la única a la que se lo había dicho –replicó ella con cierta tristeza–. Nunca me imaginé que pudieras sentirte celoso por eso. De hecho, nunca lo demostraste.

–Yo era demasiado orgulloso para mostrarte mi talón de Aquiles. Sin embargo, los celos me torturaban y me hicieron ver todas las cosas de nuestro matrimonio distorsionadas. Cada vez que te veía con Marcos, me daba la sensación de que te estabas riendo de mí.

–He de confesar que algo de eso había en mi actitud –dijo Jemima en un tono de voz un poco más alto del que ella hubiera querido–. Yo quería llamar tu atención. Pensé que, si veías lo mucho que le gustaba a Marcos estar conmigo, sentirías más ganas de pasar más tiempo a mi lado. Yo no sabía entonces que te pasabas tantas horas trabajando para tratar de sacar a flote tus negocios. Pensé que te aburrías conmigo.

–Sentí muchas cosas cuando nos casamos, pero nunca me aburrí a tu lado –dijo Alejandro con una mirada llena de sensualidad en sus hermosos ojos de miel.

A la luz del claro de luna, su piel bronceada cobraba tintes de plata y acentuaba cada uno de los rasgos varoniles de su cara como si fuera una escultura. Jemima suspiró profundamente contemplando aquella imponente belleza masculina. Amaba a Alejandro mucho más intensamente que cuando se casaron. Ahora le veía con sus defectos. No, no era perfecto, pero no importaba. Ella tampoco era perfecta. Lo que de verdad le importaba en ese momento era que él nunca había dejado de desearla, ni antes ni después de su matrimonio. Sobre los celos, siempre que no derivasen en algo patológico, ella se sentía capaz de convivir con ellos y de buscarles la válvula de escape conveniente.

–¿Por qué estabas bebiendo? –le preguntó ella con gesto preocupado.

–Te he defraudado –respondió Alejandro con gesto desolado–. Te he defraudado en todo lo que era más importante en nuestro matrimonio. Tú eras mi esposa y, en vez de apoyarte y confiar en ti, te acusé de acostarte con mi hermano. Y luego me distancié de ti.

–Pero ahora ya sabes la verdad.

–Sí y, como suele ocurrir con la mayoría de las verdades, ésa es una con la que tendré vivir el resto de mi vida –se quitó la camisa bruscamente y pasó junto a Jemima con paso vacilante, pero con la cabeza alta como si hubiera recobrado la sobriedad después de

haber tenido aquella conversación con ella–. Perdona, pero necesito una ducha.

Jemima se volvió a la cama y se quedó allí despierta esperándolo. Pero no fue a ducharse al cuarto de baño que había en el dormitorio ni se acostó con ella aquella noche.

A la mañana siguiente, sin embargo, volvió a ser el Alejandro de siempre. No había un solo rastro visible de sus excesos de la noche anterior, mostraba su vitalidad habitual, apareció muy bien vestido y peinado, y mantuvo una conversación cordial durante el desayuno. Había dispuesto todo lo necesario para que mandaran al castillo el coche con el que ella había ido a Sevilla, y en cuanto acabaron de desayunar, se dirigieron al aeródromo. Fue un vuelo muy corto. En menos de media hora se presentaron en casa.

Alfie llegó corriendo del jardín para saludar a sus padres y Alejandro lo levantó en alto y le dio un fuerte abrazo lleno de cariño. Jemima contempló la escena enternecida, pensando que ella también hubiera deseado recibir esa misma demostración de afecto. ¿Por qué el orgullo y la perfección eran cosas tan importantes para Alejandro? ¿Por qué ella podía aceptar sus propios defectos y él no podía hacer lo mismo con los suyos? Ella no había esperado un hombre perfecto y sin embargo se había casado con uno. Sólo había aspirado a tener un buen marido con el que, poco a poco, a lo largo del transcurso de su matrimonio, fueran limándose las asperezas normales en la convivencia de dos personas. De hecho, se sentía bastante satisfecha del punto al que habían llegado después de que él supiera de una vez la verdad sobre su supuesta aventura.

Pero, al día siguiente, recibió una segunda llamada telefónica de su padre. Estaba con Alejandro en ese momento y se disculpó para atenderla.

–Es normal que un padre espere que su hija la ayude cuando lo necesita –dijo Stephen Grey al otro lado de la línea con tono de víctima–. Hace muy poco que he salido de la cárcel, corren tiempos difíciles y…

–¿Has intentado encontrar trabajo? –le cortó Jemima sin dejarle terminar.

–Son tiempos muy difíciles –repitió él.

–Tú nunca has trabajado, ni has intentado llevar una vida decente. No pienso darte más dinero.

–¿Cómo puedes ser tan egoísta y descastada? Estás casada con un hombre muy rico. Puedes permitirte ser generosa con tu padre…

–No pienso pasarme el resto de mi vida sufriendo tus chantajes. Te he dicho y te repito ahora que no. No pienso darte un solo euro

más del dinero que mi marido se gana con su trabajo. Además, no es mío –afirmó Jemima muy seria, colgando acto seguido sin esperar a oír la retahíla de lamentaciones y exabruptos que empezaba ya a soltar su padre.

Estaba realmente acalorada y avergonzada. Recordó la primera vez que había cedido a sus amenazas, hacía ya casi tres años. Le había entregado imprudentemente el dinero que le había pedido y que ahora sabía lo mucho que Alejandro lo habría necesitado para sanear el mal estado de las cuentas en que se hallaban por entonces sus negocios. Pensó en la posibilidad de que las amenazas de su padre no fueran un simple farol y pudiera ir a la prensa a airear los trapos sucios de su relación. El historial delictivo de Stephen Grey y su negro pasado sólo podían llevar la vergüenza a la honorable familia de los Vázquez.

–¿Quién era? –preguntó Alejandro cuando se unió a su hijo y a él en la piscina.

Jemima llevaba un seductor bikini de color albaricoque muy ceñido que le sentaba de perlas.

–¡Oh!, nadie importante –respondió ella, encogiéndose de hombros para tratar de quitarle importancia al asunto, pero sintiendo una gran desazón por verse obligada a decirle una mentira, aunque sólo fuese una mentira a medias.

Le pareció ver que Alejandro la miraba con una intensidad mayor de la que ella hubiera deseado en ese momento. Afortunadamente, él no dijo nada y volvió de nuevo con Alfie, al que estaba enseñando a nadar. El niño estaba disfrutando mucho en la piscina. Cuando ella se acercó al borde para mirarlo, el niño la salpicó de agua y se echó a reír. Jemima sintió las gotas de agua fría como un bálsamo sobre una piel que le ardía de indignación por la conversación anterior con su padre. Se sentó, echó la cabeza atrás y se puso a admirar la bella panorámica de aquel valle exuberante rodeado de montañas nevadas. También había un horizonte en su matrimonio y un futuro nuevo y prometedor. No iba a dejar que se fuera todo a rodar sin luchar por él.

Alejandro dedicó toda la semana siguiente a estar con Alfie y con Jemima pero, a pesar de que volvió a dormir en la cama de matrimonio, no volvió a hacer el amor con ella. Salieron a cenar un par de veces. En la segunda, le hizo entrega de un fabuloso anillo de diamantes al terminar la cena.

–¿Qué significa esto? –preguntó ella admirando el brillo rutilante casi cegador de aquella espléndida joya que seguramente le habría costado un ojo de la cara.

–Eres mi esposa. Es natural que quiera hacerte regalos.

–Espero que no lo hayas hecho porque te sientas culpable –replicó Jemima algo incómoda con aquel regalo tan caro–. No necesitas hacer estas costas. Sabes que soy tuya.

–¿De veras? Eso es algo que prefiero no dar por sentado y ganarte día a día. Sé que te gustan las cosas bellas –dijo él, recalcando las palabras suavemente–. Y a mí me complace ofrecértelas.

–Tuve una infancia muy triste –dijo ella ligeramente ruborizada–, y supongo que todas estas cosas vienen, de alguna forma, a compensarme por lo que no puede tener entonces.

–Nunca me has hablado de tu infancia.

Jemima se puso tensa, pero se encogió de hombros y sonrió tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía.

–No hay mucho de qué hablar. En mi casa siempre andábamos en la miseria y mis padres no se llevan precisamente bien. Desde luego, no eran un matrimonio modelo.

–Me parece recordar que me dijiste que tu madre murió en un accidente de coche.

–Sí. Fue un trágico suceso –replicó ella rápidamente, tratando de que no profundizar en aquel asunto para no verse obligada a tener que decirle alguna mentira.

Después de una semana estresante, tenía los nervios a flor de piel. Estaba sumida en un mar de dudas. Veía su futuro con temor e incertidumbre. Su padre la había vuelto a llamar dos veces más. En la primera, ella estaba fuera y se libró de tener que hablar con él, pero en la segunda contestó al teléfono y tuvo que escuchar de nuevo sus lamentaciones. Estaba atravesando un mal momento económico, no tenía dinero, y le pedía que fuera generosa con él, amenazando con presentarse en España si no cedía a su chantaje.

Recordó la última vez que le había dado dinero a su padre. Stephen Grey había insistido en que fuese en billetes pequeños y usados. Aunque había jurado que nunca más volvería a ceder a aquel chantaje, sabía perfectamente el saldo de la cuenta corriente que tenía en el banco, y calculaba por cuánto tiempo podría aquel dinero comprar su tranquilidad si atendía a las exigencias de su padre.

Salieron del restaurante y entraron en el coche. Alejandro puso rumbo al castillo.

–He decidido hablar con Marcos este fin de semana –dijo Alejandro de repente–. Le he dado la oportunidad de que fuera él quien diera el primer paso, pero no creo que venga a hablar

conmigo por su propio pie.

–Dale un poco más de tiempo –sugirió Jemima.

–No puedo, cariño –respondió Alejandro, con gesto grave–. Tengo que hablar con él. Esta disputa ha llegado ya demasiado lejos. Por cierto, Beatriz ya lo sabía.

–Sí, ya lo sospechaba.

–Mi hermana sabía que Dario era homosexual y de ahí dedujo lo demás. Pero no se atrevió a decírselo a nadie por temor a ofenderlo. Ella es así. ¡Ojalá no hubiera tenido tantos miramientos! –dijo Alejandro con ironía, y añadió luego, mirando fijamente a Jemima–: Te veo algo nerviosa últimamente. ¿No será por lo de Marcos?

–¿Nerviosa, dices? –exclamó ella con la mirada gacha.

–Esta semana pasada me ha dado la impresión de que estuvieses preocupada por algo. Te puedo asegurar que no es mi intención armar ningún escándalo con mi hermano. Creo, además, que es demasiado tarde para eso.

Jemima, sorprendida de que él se hubiera dado cuenta de su nerviosismo, asintió con la cabeza tratando de aparentar indiferencia.

–Por el bien de la familia, trataré de controlarme y poner las cosas en su sitio, pero no creo que pueda perdonarlo nunca por lo que nos ha hecho.

–Déjale en paz. Es algo que pertenece al pasado. Lo hecho, hecho está, nadie lo va a cambiar –dijo Jemima justo cuando llegaron al castillo.

Ella se bajó del coche y Alejandro le pasó el brazo por el hombro, en un gesto de posesión, mientras subían las escaleras. Percibió el inconfundible perfume de su loción de afeitar y se sintió invadida de una sensación placentera que se propagó hasta las zonas más sensibles de su cuerpo. Por desgracia para ella, eso fue lo más cerca que estuvo de Alejandro esa noche. Minutos después los dos estaban en la cama, pero separados casi medio metro. Se preguntó por qué él mantenía aún aquella distancia. Ella también podía acortar aquel espacio, pero no quería correr ningún riesgo. No se sentía segura de sí misma con lo nerviosa que estaba. Últimamente, se pasaba media noche en vela esperando que, en cualquier momento, una simple llamada telefónica pudiera destruir la paz de su matrimonio.

Porque, en el fondo, su matrimonio iba bien y ella estaba dispuesta a aceptarlo así sin tratar de buscar problemas donde seguramente no los había. Realmente, su único problema era Stephen Grey. Pero si seguía haciéndole frente, acabaría

rindiéndose y dejándola en paz.

Alejandro nunca le había dicho que la amaba y probablemente nunca lo haría, pensó ella con tristeza. Bueno, así era la vida. No se podía tenerlo todo y ella había conseguido mucho más que la mayoría de las mujeres. Alejandro estaba haciendo un gran esfuerzo por hacerla feliz y además estaba demostrando ser un padre ejemplar. ¿Qué más podía pedir? Ella siempre lo había amado, sin embargo también había aprendido a sobrevivir sin él cuando su matrimonio fracasó. Pero ahora había madurado y sabía que ningún hombre podría hacerla tan feliz como Alejandro.

Durante la semana siguiente, Alejandro pareció comportarse como si quisiera ganar el premio al marido ideal. A pesar de que no le gustaban especialmente las discotecas, la llevó a bailar a un club de Sevilla y luego pasaron la noche allí, en el apartamento. Otro día, fueron de picnic con Alfie al lago del castillo. Ella se sintió más feliz que nunca en aquel lugar tan maravilloso, junto a las dos personas que más quería. Se mojó los pies en la orilla con Alfie riendo en sus brazos. Luego, por la noche, cenaron al fresco en la terraza. Una práctica que doña Hortensia había abolido por considerarla ordinaria e indigna de una familia de su categoría.

Marcos y Dario hicieron su presentación como pareja en una fiesta familiar celebrada en casa de un tío de Alejandro con motivo de su septuagésimo cumpleaños. Doña Hortensia se disculpó alegando sentirse indispuesta y se marchó temprano, mientras el resto de los invitados trataron de simular no haberse fijado en aquella pareja tan singular.

A Jemima se le acercó un miembro de la familia preguntándole si podría encargarse de las flores para la boda de un primo de Alejandro y poco después Marcos le informó de que iba a regresar a Nueva York con su pareja ese mismo fin de semana. Su madre se había tomado la noticia mejor de lo que él se había esperado. Se había disgustado, pero no le había retirado la asignación. También le dijo que estaba sorprendido de que su hermano mayor siguiese mostrándose tan frío y distante con él. Dario Ortini, que parecía muy sensible, dirigió una mirada avergonzada a Jemima, al oír las palabras de su compañero.

A la mañana siguiente, Jemima estaba tomando unas notas, con las ideas que se le habían ocurrido para los arreglos florales que le habían encargado cuando María entró en la sala muy nerviosa y casi asustada anunciando la llegada de una visita inesperada.

Jemima alzó la vista y vio con gran consternación a su padre entrando en el salón. Stephen Grey no era un hombre alto, pero sí

corpulento y todo un espectáculo, se dijo ella al verlo. Llevaba la cabeza rapada y unos pendientes en los lóbulos de las orejas. Y lucía una llamativa camisa rosa de rayas.

–¡Este lugar está perdido de la mano de Dios! ¡He tenido que dar al taxista una fortuna para conseguir llegar hasta aquí! –exclamó el hombre, mirando muy detenidamente, con cara de experto, los lujosos objetos que había en el salón, como tasando mentalmente lo que podrían darle por cada uno de ellos–. ¡Espero que este maldito viaje me haya valido la pena!

Jemima respiró profundamente tratando de controlar su indignación. Dio gracias de que Alejandro estuviera en ese momento fuera de casa y no regresara probablemente hasta muy tarde.

–¿Qué estás haciendo aquí? Te dije que me dejaras en paz.

–No tienes derecho a hablarme así –replicó Stephen en voz alta, con los ojos inyectados en sangre–. Soy tu padre, te he traído al mundo y te he criado, y merezco que me trates con el debido respeto.

Jemima palideció al oír esas palabras, pero no estaba dispuesta a dejarse intimidar por aquel hombre, aunque fuese mucho más fuerte que ella.

–Después de la forma en que nos trataste a mi madre y a mí, no te debo nada de nada –dijo ella sin poder ocultar su rabia–. Ahora soy feliz con mi esposo y mi hijo y no estoy dispuesta a dejar que me arruines la vida.

–¡Ah, ya! Tu elegante conde español… el esnob. No creo que quiera seguir manteniéndote cuando se entere de la clase de mujer que eres –dijo Stephen Grey, acercándose a la chimenea y tomando un pequeño retrato antiguo enmarcado en oro y perlas naturales.

–Haz el favor de dejar eso donde estaba –dijo Jemima muy asustada–. Es un objeto muy…

–Debe de valer su precio en oro en el mercado de antigüedades –replicó el hombre con cara de codicia–. Si no puedes darme dinero como la última vez, lo menos que puedes hacer por tu padre es hacer la vista gorda y dejar que me lleve alguna de estas baratijas para ir tirando.

–¡No! –exclamó Jemima acercándose a él–. No puedes llevártelo. ¡Devuélvelo inmediatamente! El hombre se metió el retrato en el bolsillo y miró a su hija con desprecio.

–No te metas en donde no te llaman. Si no me dejas llevarme algo, volveré una noche con mis compinches y nos llevaremos un buen botín.

–Si robáis en esta casa, se lo contaré todo a Alejandro.

–No te atreverás –dijo Stephen Grey con una sonrisa burlona–. Tú eres la que saldrías más perjudicada si tu marido se enterase de la familia de la que provienes.

–Sí, he cometido un gran error no contándoselo todo a Alejandro desde el principio. Ahora lo comprendo –admitió Jemima con tristeza–. Pero dame inmediatamente ese retrato o llamo ahora mismo a la policía.

–No creo que te atrevas –replicó él, desafiante.

Presa de pánico y sin saber bien qué hacer, Jemima se abalanzó sobre él tratando de quitarle del bolsillo el valioso retrato. Él la apartó bruscamente, dándole un puñetazo en el hombro. Jemima salió despedida hacia atrás y cayó al suelo golpeándose la cabeza con la pata de la mesa. Lanzó un grito de dolor y se quedó medio aturdida en el suelo, tocándose con la mano la nuca para ver si se había hecho sangre.

Se oyeron entonces afuera unos gritos en español e, instantes después, se abrió la puerta bruscamente y apareció Alejandro. Sin pararse en el hombre, se acercó corriendo a Jemima, la levantó con mucho cuidado del suelo y la dejó en el sofá.

–¿Te has hecho daño, cariño? –le preguntó con gesto preocupado.

–Este hombre es mi padre y me estaba amenazando –contestó Jemima sin pensárselo dos veces ni tratar de encubrirlo–. Ha robado un retrato. Se lo metió en el bolsillo y me golpeó cuando trataba de que me lo devolviera.

–Espere, tiene que escucharme… –comenzó diciendo Stephen en voz alta.

–Devuélvame primero el retrato –dijo Alejandro muy serio, extendiendo la mano hacia él con gesto autoritario.

Con cara de pocos amigos, el hombre sacó el objeto del bolsillo y se lo dio. Jemima, avergonzada y aún mareada por el golpe recibido, contempló cómo su marido volvía a dejar el retrato en su sitio. Su padre entonces se acercó a él y le dijo algo al oído. Una fracción de segundo después, Alejandro le propinó un puñetazo tremendo en la mandíbula que le hizo tambalearse con un grito de dolor. Acto seguido, Alejandro abrió la puerta y le dijo que saliese inmediatamente de la casa y no volviese más por allí si no quería que le llevase él mismo a la comisaría. Dos trabajadores de la viña que estaban esperando afuera, agarraron al hombre y, a un gesto de Alejandro, se lo llevaron a rastras.

–¿Cómo te enteraste de lo que estaba pasando? –le preguntó

Jemima temblorosa.

–Intimidó a María obligándola a dejarle pasar. Pero no le gustó su aspecto ni la forma de tratarla y pensó, con buen juicio, que podría crear algún problema. Así que me llamó en seguida al móvil. Yo estaba en la viña y vine inmediatamente.

–Supongo que ahora no me perdonarás que no te haya dicho la verdad –murmuró Jemima con voz temblorosa mientras Alejandro se sentaba a su lado para examinar la inflamación que tenía en la cabeza–. Pero, cuando nos conocimos, hacía ya mucho tiempo que no tenía ningún contacto con mi padre y preferí decirte que estaba muerto antes que contarte la verdad sobre él.

–Creo que ahora puedo comprender por qué lo hiciste –respondió él con un suspiro.

–Tiene un largo historial delictivo –le confesó Jemima.

Luego pasó a relatarle su triste infancia, la violencia de su padre y sus largas estancias en la cárcel, el alcoholismo de su madre y el ambiente tan hostil que reinaba en su casa.

–No me importa lo que hiciera tu familia, tú supiste encontrar un trabajo decente con el que ganarte la vida honradamente y ser independiente. Eso dice mucho de ti. Tú no eres responsable de lo que hicieran tus padres –dijo Alejandro con un tono lleno de comprensión–. No soy tan estúpido como para no haberme dado cuenta de que había cosas de las que no querías hablarme. Yo también tuve la culpa por no darles importancia y no ser lo bastante sincero contigo para que me abrieras tu corazón. Quise hacerte mi mujer con independencia de quién fuera o dejara de ser tu familia.

Jemima lo miró con los ojos llenos de lágrimas y sus emociones a flor de piel, tratando de olvidar las consecuencias del desagradable encuentro con su padre.

–¿Lo dices sinceramente?

–Nunca pasó por mi imaginación el separarme de ti. El día que te conocí fue el momento más importante de mi vida. ¿Te acuerdas de los fines de semana que pasamos juntos en la casa que alquilé cerca del hotel donde trabajabas? –preguntó Alejandro, mirándola con mucha atención hasta verla asentir con la cabeza–. Aquellos fines de semana fueron los más felices de mi vida. No hubiera podido dejarte nunca después de eso.

–Pero cuando empezamos a salir, me diste más de un plantón y te pasaste sin llamarme días enteros –se quejó ella.

–Me arrepiento de aquello, pero era mi forma de luchar contra mis sentimientos hacia ti. Te deseaba tanto, que tenía la sensación de estar perdiendo mi libertad. Entonces no estaba dispuesto a

empezar una relación estable. Había sufrido mucho viendo la obsesión de mi padre por su segunda esposa y estaba resuelto a no enamorarme nunca para no pasar por eso.

–Había además muchas diferencias que nos separaban.

–Pero comprendí muy pronto que esas diferencias, lejos de separarnos, nos complementaban. La primera vez que nos separamos, cuando estábamos saliendo, me di cuenta de lo mucho que te necesitaba y de lo importante que eras para mí –admitió Alejandro con gesto grave–. Nunca había conocido antes a ninguna mujer como tú. Me tenías fascinado.

–Pensé que... –Jemima respiró profundamente, dándose tiempo para encontrar las palabras adecuadas–. Pensé que sólo estabas interesado en mí por el sexo.

–Si sólo hubiera sido por el sexo, todo habría resultado más fácil –dijo Alejandro bromeando–. Comprendí entonces que eras mi alma gemela y que quería tenerte todos los días de mi vida y no sólo los fines de semana que podía viajar a Inglaterra. Cuando estabas lejos de mí, te echaba tanto de menos que llegué a la conclusión de que la única solución posible era que fueras mi esposa.

–Nunca me dijiste que sintieras eso por mí.

–Tienes razón, cariño. Yo estaba tratando de hacerme el duro para no exteriorizar mis sentimientos –confesó él con una sonrisa irónica–. Pero el caso es que dejé de salir con otras mujeres para poder tenerte para mí solo, y cuanto más tiempo pasaba a tu lado, más te deseaba. Fue culpa mía el que no te sintieras con la confianza suficiente para contarme esas cosas de tu familia.

–Bueno, la verdad es que, incluso antes de conocerte, cuando la gente me preguntaba por mis padres, solía decir que estaban muertos. Me resultaba más fácil que decirles la verdad –dijo Jemima–. Por eso cuando, hace dos años, mi padre me amenazó con ir a los periódicos a contarles todo, temí que te avergonzaras de mí y accedí a darle el dinero que me pidió.

–Yo nunca me avergonzaría de ti. Deja a tu padre que haga lo que quiera –respondió Alejandro con una total seguridad en sí mismo–. Y no te preocupes si al final lleva a cabo sus amenazas. ¿A quién le va a interesar que tu padre sea un presidiario? A mí, desde luego, me trae sin cuidado lo que pueda decir. Olvídate de él –dijo él, tomando sus manos entre las suyas y abrazándola tiernamente–. Lo único que lamento es que no me lo hayas dicho antes, yo habría sabido cómo tratarlo. Te habría evitado muchos sufrimientos. Tu padre es un matón de poca monta. Ya lo viste, en cuanto vio que no le tenía miedo, se arrugó como un cobarde.

–Debes odiarme por haberle dado todo aquel dinero –replicó Jemima, pálida y avergonzada.

–Fuiste una ingenua. Deberías haber confiado en mí y habérmelo dicho –dijo Alejandro con una expresión mitad de tristeza, mitad de comprensión–. Pero soy consciente de lo abandonada que te tenía en aquellos días y sé que no te inspiraba la confianza necesaria para sincerarte conmigo. Te viste sola y perdida y tu padre se aprovechó de ello.

–Ésa fue la otra razón por la que decidí separarme de ti y volver a Inglaterra –confesó Jemima–. No sólo porque sospecharas que tuviera una relación con Marcos, sino porque no veía otra forma de poner fin a las amenazas y exigencias de mi padre. Tenía la sensación de que recaía una maldición sobre nuestro matrimonio y que lo mejor que podía hacer era alejarme de ti.

–Lo mejor que podrías haber hecho habría sido confiar en mí. No habría dejado que nadie volviera a hacerte daño nunca más –afirmó Alejandro muy seguro de sí–. Pero reconozco que yo tuve la culpa de lo que pasó por no abrirte mi corazón y decirte lo que sentía por ti.

Jemima lo miró llena de ternura. Vio una expresión sombría en su hermoso rostro. Se acercó a él y le dio un beso. Por un instante, él se puso tenso, pero luego le devolvió el beso con tal pasión y fervor, que ella se quedó sin aliento por unos segundos. Sintió el corazón latiéndole de forma acelerada en el pecho. Apoyó la cara sobre el hombro de Alejandro y trató de recobrar el aliento.

–Estaba empezando a pensar que ya nunca más volverías a besarme.

–No quería correr riesgos.

–¿De qué demonios estás hablando? –exclamó ella, sorprendida.

–De nuestro acuerdo sobre los tres meses de prueba –respondió Alejandro muy serio–. Esta semana vence el plazo y me pareció verte un poco rara estos últimos días. Lo primero que pensé fue que te estabas preparando para marcharte y que estabas preocupada por la custodia de Alfie.

–Te prometo que ni me acordaba ya de eso –dijo Jemima con un gesto de extrañeza.

–¿Se te olvidó? –exclamó Alejandro con cara de incredulidad–. ¿Cómo pudiste olvidar una cosa así? A mí me ha estado atormentando todos estos meses. ¿Cómo pude ser tan estúpido como para aceptar un acuerdo así?

–¡Ah! ¿Así que fue por eso por lo que me llevaste a bailar? –exclamó Jemima con una sonrisa.

–He cometido tantos errores en nuestro matrimonio, que lo menos que podía hacer era esforzarme un poco para tratar de que las cosas fueran mejor entre nosotros –dijo Alejandro algo cohibido al ver la sonrisita de ella–. Tenía miedo de que hubieras decidido volverte a Inglaterra.

Jemima pasó la mano suavemente por la pechera de la camisa de Alejandro y sintió el latido de su corazón y el calor de su torso duro y musculoso.

–Alejandro, yo te querré siempre –le dijo ella abiertamente.

–¿Siempre? –repitió él como deseando volver a oírlo de nuevo.

–Siempre. Igual que en los cuentos de hadas. Soy muy ambiciosa, ¿no lo sabías? Te quiero para mí sola y para siempre.

–Tú eres lo único que yo quiero –dijo Alejandro visiblemente emocionado–. ¡No sabes cuánto te amo!

Jemima sintió que se le salía el corazón del pecho al oír a Alejandro diciéndole por primera vez que la amaba.

–¿Desde cuándo? –preguntó ella, aún algo incrédula.

–Casi desde el mismo día que te conocí, cariño. Sólo que no quería admitirlo, porque eso me hacía sentirme más indefenso –le confesó él abiertamente.

–Pero nunca me dijiste que me amabas.

–Era un poco parco en palabras –admitió Alejandro con tristeza–. Pero ¿por qué crees si no que me casé contigo? El sexo que compartíamos era magnífico, pero no me habría casado contigo si no hubiera sentido algo más importante por ti. Me quedé destrozado cuando me dejaste.

–Después de todo, tal vez fue lo mejor –dijo Jemima, suspirando y con sus ojos violeta brillando de emoción–. Necesitaba crecer y madurar como mujer. Era demasiado inmadura para ti.

–Sabía que eras demasiado joven para el matrimonio, pero yo no podía esperar más, necesitaba tenerte en mis brazos todos los días. Ni siquiera le di tiempo a mi madrastra para que organizase una boda por todo lo alto como ella hubiera querido.

–No me hablaste nunca de eso.

–¿Para qué? Contaba con impaciencia los días que podrían faltar para tenerte conmigo en España, y pensé que organizar una boda de ese estilo llevaría varios meses. Por eso me decidí por una ceremonia rápida en Inglaterra.

Jemima se mostró convencida de sus palabras y una brillante sonrisa iluminó su rostro.

–Sí, nos casamos algo precipitadamente.

–Pero con la mejor de las intenciones –quiso aclarar él–. No

vuelvas a abandonarme nunca más.

–No, no lo haré –dijo Jemima con una sonrisa, aunque la sombra de una sospecha pareció cruzarse de repente por su mente–. Por cierto, después de marcharme, ¿hubo otras mujeres?, ¿tuviste alguna aventura?

–No. Me prometí que te esperaría mientras siguiésemos casados legalmente. Pero, en todo caso, no quería estar con ninguna otra mujer, sólo te deseaba a ti.

–Tampoco hubo ningún hombre en mi vida –le dijo ella sin que él se lo preguntara.

Alejandro le tomó las mejillas con las dos manos y la miró fijamente.

–No vuelvas a dejarme.

–No pienso ir a ninguna parte –replicó ella y luego añadió con cierto rubor–: Excepto, si tú quieres, a nuestro dormitorio.

A Alejandro le llevó unos segundos comprender la invitación. Después se incorporó rápidamente y la tomó de la mano.

–Creo que debería llevarte a que te viera un médico esa herida de la cabeza.

–Fue un golpe sin importancia. Es sólo un pequeño chichón. Lo que realmente quiero…

–No hace falta que me lo digas, preciosa mía –dijo Alejandro muy entusiasmado con un brillo de oro en la mirada.

Y levantándola como una pluma, subió las escaleras con ella en los brazos mientras ella se aferraba a su pecho como si fuera un tesoro.

Pero Jemima tenía aún que perdonarle aquellas noches que se había pasado despierta preguntándose…

–Estaba preocupada. Temía que hubiera muerto la pasión que siempre…

–No tienes de qué preocuparte. Mi pasión sigue viva –dijo él, abriendo con un golpe de cadera la puerta del dormitorio y dejando suavemente a Jemima sobre la cama–. Te deseo a todas horas.

Alejandro la desnudó y luego se quitó él la ropa, dejándolo todo junto en un montón mientras la llenaba de besos. Sus manos buscaron con anhelo sus pechos henchidos, sus pezones y la húmeda calidez de sus muslos. Segundos después, la penetró y sintió una excitación extrema al percibir la intensidad de su respuesta. Cuando Jemima llegó al orgasmo, sintió dentro de sí como una explosión brillante de gozo. Se apartó luego a un lado, aún gimiendo de placer.

–No sé si es el momento más adecuado para decirte que, con las

prisas, se me olvidó usar preservativo, amor mío –dijo Alejandro arrastrando las palabras y con el pecho agitado tratando de recuperar la respiración perdida.

Jemima se quedó por un momento helada, pensando en las posibles consecuencias, pero en seguida le dirigió una brillante sonrisa llena de calidez y ternura.

–Creo que yo también lo olvidé.

–Me encantaría que tuviéramos otro bebé –dijo Alejandro con los ojos llenos de emoción, besándola y estrechándola contra su pecho para sentirla más suya–. Sí, me gustaría mucho.

–Bueno, si a la primera no lo logramos, podemos seguir intentándolo, ¿no te parece? –dijo Jemima con los ojos bailándole de alegría.

–Sí, así nos servirá además de excusa para pasar una segunda luna de miel. Iremos a la costa. Alfie disfrutará mucho en la playa –respondió Alejandro con cara de satisfacción.

–Te amo, Alejandro Navarro Vázquez –dijo Jemima, abrazándolo con todas sus fuerzas.

–No tanto como yo te amo a ti, amor mío. Alfie y tú sois lo que más quiero en este mundo. Sin ti no sería nada.

Flotando en una nube maravillosa de felicidad y desterradas de una vez todas sus preocupaciones y temores, Jemima lo besó tiernamente con todo su amor.

Un año después, Jemima dio a luz a su hija, Candice. Una niña preciosa de ojos azules y pelo negro, que hizo las delicias de sus padres y de su hermano.

Jemima había vendido para entonces su floristería de Charlbury St Helens. No había querido abrir una tienda similar en España, porque consideró que para que el negocio fuera rentable, tendría que montarla en Sevilla, y eso le quitaría mucho tiempo de estar con su familia. Además, las floristerías no eran tan buen negocio en España como en su país natal. Trabajaba como asesora floral en las bodas y banquetes elegantes y en las diversas fiestas y eventos que tenían lugar en su extenso círculo familiar. Todo eso, unido a su embarazo, la había mantenido ocupada todo el tiempo. Sus temores de que aquel embarazo fuera tan difícil como el primero resultaron infundados. Los últimos meses los pasó sin molestias y, llegado el momento, tuvo un parto sin ninguna complicación. Jemima vivía feliz, criando a sus hijos, haciendo de anfitriona de los invitados que Alejandro recibía en el castillo y colaborando activamente en las obras benéficas a favor de las mujeres maltratadas.

Flora iba a verla desde Inglaterra siempre que podía.

Beatriz conoció a un arquitecto en un bautizo familiar y se casó con él a los seis meses. Estaba esperando ya su primer hijo y se mostraba mucho más abierta y simpática que antes. De hecho era la mejor amiga que Jemima tenía en España.

Doña Hortensia era, de toda la familia, la que menos había cambiado. Aunque Marcos la visitaba con frecuencia, la relación entre madre e hijo seguía siendo bastante tensa. Por otro lado, el interés que tenía doña Hortensia por conservar sus vínculos con el castillo la había llevado a mostrarse mucho más amable con Jemima.

Alejandro y Marcos se habían reconciliado hasta cierto punto. Alejandro nunca pudo olvidar del todo lo que le hizo su hermano. Marcos prosperaba en la galería de arte de Nueva York. Parecía haber encontrado al fin su verdadera vocación y llevaba una carrera vertiginosa en aquel negocio. Los dos hermanos estaban muy unidos en el campo de los negocios.

Alfie estaba hecho todo un hombrecito y había empezado ya a ir al jardín de infancia, lo que había contribuido a mejorar su comprensión del español. Stephen Grey había vendido su historia sobre su hija y su yerno millonario a una revista sensacionalista británica, pero el reportaje no había despertado mucho interés en los lectores y había pasado casi desapercibido. Desde entonces, Jemima no había vuelto a saber nada más de su padre, aunque a Alejandro le había llegado la noticia de que había vuelto a ingresar en la cárcel.

Jemima estaba radiante y feliz, aunque siempre trataba de tener presente lo efímera que podía ser la felicidad, recordando lo cerca que había estado en el pasado de perder a Alejandro, que era el centro sobre el que giraba su vida. Ahora le contaba todo y él, a su vez, compartía con ella todas sus preocupaciones. Cuando él tenía que pasar todo el día trabajando en Sevilla, ella procuraba acompañarlo y se quedaban a dormir allí para poder estar más tiempo juntos. Así, con aquella confianza y respeto mutuos, habían llegado más unidos que nunca a cumplir su primer aniversario después de su reconciliación. Y se habían ido unos días a Inglaterra para celebrarlo.

Tres meses después de aquella celebración, Jemima estaba una noche en la casa de Sevilla, esperando impaciente la llegada de Alejandro del trabajo. Al oír el ruido de la cerradura, saltó de la cama y se fue corriendo hacia la puerta. Llevaba un camisón de seda negro.

Nada más entrar, Alejandro la miró de arriba abajo con una

sonrisa carismática.

–No sé cómo lo consigues, esposa mía, pero cada vez que vuelvo a casa me parece entrar en el paraíso –le dijo él con una voz apagada y sensual.

–¿Has cenado ya? –le preguntó ella ayudándole a quitarse la chaqueta y coqueteando luego con su corbata para aflojarle el nudo muy lentamente.

–Sí. Pedí algo de comer a la vista de lo que se estaba demorando la reunión.

Alejandro se sacó la camisa de los pantalones y se quitó los zapatos. Sabía que la asistenta se encontraría al día siguiente con un reguero de ropa tirada, desde el recibidor hasta el dormitorio, pero no le importó. No había nada que le hiciera más feliz que el que su esposa tomase la iniciativa. Se quitó la camisa y la tiró al suelo.

Jemima se quedó contemplando sin ningún pudor su torso musculoso y bronceado y lanzó un suspiro de admiración que le hizo sentirse el hombre más importante del mundo. En el umbral de la puerta del dormitorio, se quitó los pantalones y los tiró al suelo, y un metro después se paró para hacer lo propio con los calcetines.

–¡No sabes lo feliz que me siento de estar casado contigo! –exclamó Alejandro con la voz entrecortada, acercándose a la cama.

Jemima, observando a su atlético marido, comprendió que tampoco ella tenía nada de lo que quejarse. De hecho, se sentía cada vez más feliz en su matrimonio.

–Te amo tanto… cada día te amo más…

Él se inclinó hacia ella y la besó, y ella se estremeció de placer, recordando con satisfacción que era viernes y tenían toda la noche por delante para disfrutar juntos de su amor. Aunque adoraban a Alfie, preferían no despertarse al amanecer con el niño metido en la cama entre los dos.

–Te amo tanto que no tengo palabras de describir cuánto –le dijo Alejandro en un susurro.

–Yo tengo un montón de palabras –dijo ella.

–¡Calla! –replicó él, besándola otra vez en la boca. Ella se olvidó de lo que había estado hablando y se acopló contra su cuerpo duro y musculoso.

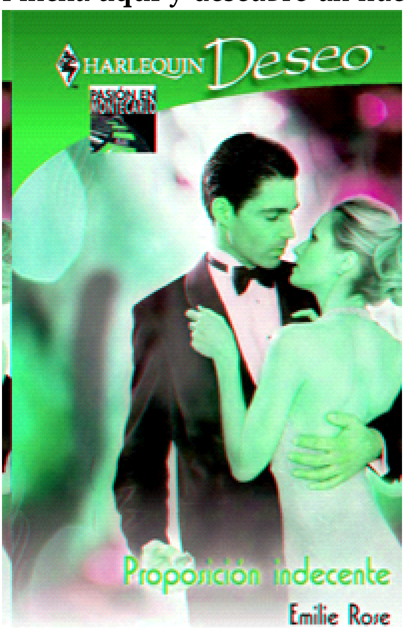
El silencio que siguió a continuación fue roto sólo por algunos jadeos, gemidos y suspiros. Los padres de Alfie y Candice estaban aprovechando para conocerse mejor y más a fondo después de haber pasado un día separados uno del otro.

Podrás conocer la historia de Flora en el segundo libro de la miniserie *Hijos de la pasión* titulado:

EL DESAFÍO DE UNA MUJER

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

Pincha **aquí** y descubre un nuevo romance.



www.harlequinibericaebooks.com